Eduardo Basombrío

El Espíritu Santo

formador de comunidades

Eduardo Basombrío

El Espíritu Santo: formador de comunidades

Editorial LUMEN
Viamonte 1674
1055 Buenos Aires
☎ 373-1414 (líneas rotativas) Fax (54-1) 375-0453
E-mail: magisterio@commet.com.ar
República Argentina

Colección **Renovación carismática**

Con las debidas licencias.

ISBN: 950-724-678-9

© 1997 by LUMEN
Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Todos los derechos reservados

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 13

CAPÍTULO I
LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO 19

1. El Espíritu Santo, formador de la Iglesia 21
2. El Espíritu Santo, formador del sublime conocimiento de nuestro Señor Jesucristo 27
3. Qué nos pasa sin el Espíritu 31
4. El Espíritu Santo obra nuestra transformación profunda 41
5. Temor al Espíritu de Dios 44
6. Guardarnos de nuestras palabras ofensivas al Espíritu Santo 45
7. Un pueblo renovado alabará a Yahveh 46
8. El Espíritu Santo, santificador de la Iglesia 52
9. El Espíritu provoca en nosotros un cambio profundo de vida ... 53
10. El Espíritu Santo es fuente de vida eterna 55
11. "Guía a la Iglesia a toda la verdad" 57
12. El Espíritu produce en nosotros una renovación constante 59
13. El valor trascendental de los carismas del Espíritu Santo 59
14. El Espíritu nos hace vivir la intensidad de la palabra divina 64
15. El "Gran Desconocido" y las consecuencias de este olvido 66
16. La profecía en los sacerdotes, hoy 72
17. Misión del sacerdote con respecto a los carismas, según el Concilio 78

CAPÍTULO II
VOCACIÓN DE LOS SEGLARES AL APOSTOLADO 83

18. Deberes y derechos proclamados por el Concilio 85
19. Un bien para toda la Iglesia y para toda la comunidad 93
20. Ayuda del clero a los laicos 96
21. Jesús es el mismo ayer, hoy y siempre 102
22. Formación del laico 103
23. Misión del Espíritu Santo 105

CAPÍTULO III
LA FORMACIÓN DE LAS COMUNIDADES POR EL ESPÍRITU SANTO 111

24. El *rol* de la autoridad y del Espíritu Santo en esta formación 113
25. Los "hombres naturales" 115
26. Dos tipos de seres humanos 117
27. Cómo hace el Espíritu a la Iglesia y a toda comunidad eclesial 119
28. Las comunidades "independientes" 121

CAPÍTULO IV
LA ENSEÑANZA DEL PAPA SOBRE LOS CARISMAS 125

29. Fundamentos de los carismas 127
30. Como actúan en las personas 128
31. Discernimiento de los carismas 135
32. La profecía tan olvidada 137
33. Lo que nos dice el Papa sobre la profecía 141
34. Amplitud de la profecía 143

CAPÍTULO V
LA GUÍA SUPREMA DEL HOMBRE 149

35. Guía indiscutible 151
36. Nos hace participar de la naturaleza divina 152
37. Importancia de dejarse guiar por el Espíritu Santo 155
38. La lógica divina de la fe 159
39. De la contemplación personal a la comunitaria 160
40. Respetar, por encima de todo, el plan de Dios 163
41. Más que un encuentro con Cristo 164
42. Contemplación en la acción 165

CAPÍTULO VI
LA AUTORIDAD CRISTIANA 167

43. La autoridad 169
44. El gozo de la verdadera autoridad 171

45. La obra de la autoridad es la obra del divino Pastor, cuando se obra con su mismo Espíritu 173
46. Los carismas en la comunidad 173

CAPÍTULO VII
EL ÚNICO MODELO DE IGLESIA, REVELADO EN LAS ESCRITURAS 181

47. Modelo de comunidad de carismas 183

CAPÍTULO VIII
LOS CARISMAS EN LOS MINISTERIOS APOSTÓLICOS .. 189

48. La fuerte experiencia de Pentecostés 191
49. Ejemplos prácticos 196

CONCLUSIÓN 203

Siglas utilizadas

LG. Constitución Dogmática sobre la Iglesia. Conc. Vat. II.

Dei V. Constitución sobre la divina revelación. Conc. Vat. II

SC. Constitución sobre la Sagrada Liturgia. Conc. Vat. II

GS. Constitución pastoral sobre la Iglesia. Conc. Vat. II

PO. Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros. Conc. Vaticano II.

OT. Decreto sobre la formación sacerdotal. Conc. Vat. II

AA. Decreto sobre el apostolado de los seglares. Conc. Vat. II

UR. Decreto sobre el Ecumenismo. Conc. Vat. II

AGD. Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia. Conc. Vaticano II.

EN. Evangelii Nuntiandi. Exhortación Apostólica de S. S. Pablo VI sobre la evangelización del mundo contemporáneo.

DV. Dominum et Vivificantem. Encíclica de S. S. Juan Pablo II sobre el Espíritu Santo.

ChL. Christifideles Laici. Exhortación Apostólica de S. S. Juan Pablo II sobre la vida y misión de los laicos en el mundo.

RM. Redemptoris Missio. Encíclica de S. S. Juan Pablo II sobre la permanente validez del mandato

Oss. Rom. L'Osservatore Romano

CT Exhortación apostólica sobre la catequesis de nuestro tiempo

Presentación

Ningún católico puede permanecer por más tiempo al margen de los acuerdos establecidos por el Concilio Vaticano II, que es la máxima autoridad de la Iglesia, cuando está aprobado por el Romano Pontífice, como lo está. No nos vamos a limitar en este trabajo a lo que nos dice el Concilio sobre el Espíritu Santo. Hablaremos también de la gran enseñanza de Juan Pablo II sobre este tema, sobre todo de su encíclica sobre el Espíritu Santo, a la que Él mismo ha llamado "necesario complemento del Concilio". Que este tema de ningún modo sea secundario o indiferente o que se quiera interpretar como obsesión de algunos laicos, lo ponen de manifiesto el Concilio Vaticano II y los papas que han sucedido al Concilio.

Las orientaciones y pedidos de los últimos papas con respecto a las aclaraciones sobre el espíritu del Concilio, que hacen "nuevamente presente al Espíritu Santo" y nos hablan de renovarnos en Él y de la utilidad de los carismas tan olvidados en la Iglesia, y menos practicados, son temas de trascendental importancia. ¿Para qué? ¡Nada menos que para "la mayor edificación de la Iglesia" (LG, 12)! ¿Puede haber un objetivo más importante que éste en el plan de Dios para su Iglesia? ¿Por qué, entonces, hemos intentado edificarla como a nosotros se nos antoja y no como lo quiere Dios? Se trata, pues, del olvido de la tercera Persona de la Santísima Trinidad, a la que le debemos, junto con el Padre y el Hijo, "una misma adoración y gloria". No se trata, entonces, de la ocurrencia de un trasnochado, ni de alguien que quiera hacer una Iglesia paralela, de un revolucionario o de un iluminado, sino de volver a poner las cosas en su lugar, aclaradas por el Concilio en sus acuerdos y por los papas en sus documentos, que configuran la autoridad máxima de la Iglesia, a la que todos los católicos debemos acatar por razones estrictas de fe; de tal manera que, si no lo hacemos, somos hijos rebeldes "por trazar planes que no son los de Dios" (Is 30, 1). Esto mismo lo advierte el Señor desde el Antiguo Testamento, y debemos acatar su Palabra de vida si no queremos permanecer muertos, aun dentro de la única Iglesia de Cristo.

El mismo Concilio Vaticano II nos dice que "debe considerarse nulo y sin valor, desde este momento, todo cuanto se haga contra estos acuerdos, por cualquier individuo o cualquier autoridad, conscientemente o por ignorancia" (*Breve* de clausura del Concilio. Pablo VI). Por des-

gracia, vemos que no pocas cosas se hacen contra estos acuerdos, o peor aun, ni siquiera se tienen en cuenta en no pocas parroquias.

En primer lugar, no puede quedar oculto por más tiempo el esfuerzo que han realizado el Concilio y los papas para restablecer la doctrina sobre el Espíritu Santo, al cual "no todos, tanto clero como laicos, le han sido fieles" (GS, 43). Observemos que el mismo Magisterio está llamando la atención a todos los católicos que no hayan sido fieles al Espíritu Santo, ya sea por olvido de su Persona, por desprecio práctico de sus carismas, o por ignorancia de lo que se nos ha revelado de Él desde el Antiguo Testamento. Tanto es así, que Juan Pablo II ha presentado a la consideración de todos los católicos su bellísima encíclica sobre el Espíritu Santo. Allí nos dice que el Concilio Vaticano II "ha hecho sentir la necesidad de una nueva profundización de la doctrina sobre el Espíritu Santo" (DV, 2). Ya Pablo VI nos había dicho: "A la cristología y especialmente a la eclesiología del Concilio, debe suceder un estudio nuevo y un culto nuevo al Espíritu Santo, justamente como necesario complemento de la doctrina conciliar" (Audiencia del 6-6-73). Es lo que tratamos de hacer en este trabajo, pero, por encima de todo, tratando de desarrollar el *rol* del Espíritu Santo, como formador de la Iglesia y de cada comunidad eclesial, por pequeña que sea. Si estamos convencidos de que la unidad de una parroquia o de cualquier otra cosa en la Iglesia "la hacemos nosotros" y tildamos de "idealistas" a quienes están proclamando el poder del Espíritu de unión para hacernos realmente uno, conforme al plan del Padre y a lo que se nos ha revelado, en la práctica, en la realidad cotidiana de nuestras vidas y, además de esta torpeza, no tenemos en cuenta ni pensamos en la acción del Espíritu Santo, estamos señalando precisamente la clave, la raíz más profunda del por qué falta tanto esta unidad en las parroquias: estamos convencidos que la hacemos nosotros sin el Espíritu Santo, cuando la realidad de fe nos señala que la hace el Espíritu Santo, en primerísimo lugar, en su *rol* de Espíritu de unión, y la hacemos nosotros en íntima unión con Él, pues el Señor necesita nuestra colaboración para llevar a cabo sus planes. La consecuencia más hermosa y práctica de este "hacerse en nosotros según la Palabra de Dios", al modo sabio de María, es conocer y vivir el carisma del "nosotros comunitario", como carisma del Espíritu, del cual ya nos hablaban los santos Padres, que comprendieron mejor que nosotros el significado y el origen de esta unión, como verdadero pregusto del Reino definitivo.

Pablo VI, en su exhortación apostólica sobre la evangelización del mundo contemporáneo, nos impulsa a "estudiar profundamente la naturaleza y la forma de la acción del Espíritu Santo en la evangelización de hoy día" (EN, 75). Es lo que tratamos de hacer.

En segundo lugar, esta misma "naturaleza y acción del Espíritu Santo en la evangelización de hoy día" se va perfilando cada vez con mayor nitidez a través de las enseñanzas papales, en que se va manifestando la relación entre la acción del Espíritu Santo, las comunidades eclesiales a las que el mismo Espíritu crea y guía y la acción apostólica en el Espíritu. No podemos ignorar que "somos ministros no de la letra sino del Espíritu", de tal manera que san Pablo llama a este ministerio "glorioso" (2 Co 3, 8) y por añadidura es el mensaje que los ángeles ansían contemplar, o sea, "la predicación en el Espíritu Santo" (1 P 1, 12). El Espíritu Santo realiza esta obra insustituible y maravillosa a través de los dones, frutos y carismas, indivisiblemente unidos. Tiene la enorme relevancia de que pertenecen al plan de Dios para nuestra salvación y santificación.

Esta vuelta a las fuentes originales del Evangelio, como es todo Concilio, supone una profunda renovación en el Espíritu Santo por parte de todos los católicos sin excepción, tanto en el clero como entre los laicos, para permanecer abiertos a su acción inefable en nosotros, sin lo cual, en el plan de Dios, ni siquiera tendríamos la vida plena en Cristo Jesús (Rm 8, 9), ni podríamos ser liberados de hecho de la ley del pecado y de la muerte (cf. Rm 8, 2) y ni siquiera seríamos hijos de Dios (cf. Rm 8, 14). La omisión de esta entrega, sin condiciones y según nuestra fe, al Espíritu Santo, es el pecado que no se perdona en este mundo ni en el otro. El mismo Papa nos dice que "la blasfemia contra el Espíritu Santo no consiste en el hecho de ofender con palabras al Espíritu Santo; consiste, por el contrario, en el rechazo de aceptar la salvación que Dios ofrece al hombre por el Espíritu Santo". Ningún otro riesgo en la Iglesia se puede comparar a éste. Lo debemos tener muy en cuenta. La omisión del Espíritu Santo, como una cuestión de hecho, en nuestras actitudes, en nuestras explicaciones de los planes de Dios, en los carismas con los cuales se edifica la Iglesia, no puede darse sin graves perjuicios para la Iglesia. Basta pensar que toda división, así sea interna como externa, se produce por esta omisión del Espíritu de la Verdad, de la Unión y del Amor. Esta acción del Espíritu Santo se extiende a todas las comunidades, en toda la Iglesia y, de un modo especial, en la evangelización.

La autoridad máxima de la Iglesia nos está interpelando y solicitando cosas muy concretas, como es la fuerte experiencia de Pentecostés, también olvidada por muchos de sus miembros, generalmente mal tratada, tanto que se la ha confundido con el sacramento de la confirmación, como aparece en algunos libros de texto que se usan en los seminarios y casas de religiosos. También los papas nos solicitan el conocimiento y desarrollo de los carismas, así como la profundización de la doctrina sobre el Espíritu Santo, que es nada menos que "Señor y dador de vida", de toda vida, de tal manera que sin Él estaríamos muertos. Debemos, entonces, una respuesta responsable y adulta, en armonía con el Magisterio y con lo que se nos ha revelado.

Si tan sólo entendiéramos que, si no somos guiados por el Espíritu Santo, indefectiblemente lo somos por el espíritu del error, advertiríamos la necesidad absoluta que tenemos de ser guiados por Él. Cristo, hombre perfectísimo como ninguno, fue guiado por el Espíritu Santo. Nosotros, que somos lo que somos, ¡lo necesitamos mucho más que el mismísimo Cristo!

Nos dice san Pablo que "el hombre natural es incapaz de entender las cosas que son del Espíritu de Dios, pues para Él son todas una necedad" (1 Co 2, 14). Si creemos que el Espíritu de Dios está de más o que es "innecesario" en nuestra unión práctica y concreta como hijos de Dios en una misma familia, que es la Iglesia y cada comunidad de esa Iglesia; que no le debemos ni le ofrecemos la misma adoración y gloria que al Padre y a Cristo; que es secundario, de algún modo, o que es algo que "no entendemos" o no le damos de hecho cabida en la intimidad de nuestra fe, entonces es precisamente cuando pensamos como hombres naturales, aun dentro de la Iglesia, con lo cual estamos manifestando, con sobrada evidencia, que en lugar de ser hombres de fe, como creemos serlo, nos estamos volviendo, sin darnos cuenta siquiera, hombres naturales, pues lo decimos: "no entendemos las cosas que son del Espíritu de Dios".

Es necesario, entonces, un profundo autoexamen y revisión de cómo es nuestra fe, para no caer en este abismo sutil que no deja de hacer estragos en la Iglesia y nos priva de la maravillosa manifestación del Señor en nuestra intimidad, a través precisamente de los carismas que nos hacen, además, contemplativos de la obra de Dios, en nosotros y en los otros. No podemos, como católicos, permanecer ajenos al Espíritu de

Dios; exactamente como no podemos permanecer ajenos a Cristo y al Padre. Por el dogma principal de nuestra fe "les debemos una misma adoración y gloria". Lo profesamos en el credo. Entonces debemos descubrir su inmensa riqueza, tal como está revelada sobradamente en las Escrituras, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, en el Magisterio de la Iglesia y en la Tradición. Debemos saber todo lo que Él realiza en nosotros para nuestra salvación y santificación.

Es suficiente, con lo que nos ha dicho Jesús acerca del pecado contra el Espíritu Santo, para terminar de una vez con las críticas infundadas, injustas y hasta, algunas veces, contrarias a la fe, cuando se habla del Espíritu Santo; cuando de alguna manera, por más sutil que sea, se desprecian con tanta petulancia sus carismas; cuando se confunde el carisma de sanación con un "curanderismo católico", o se dice simplemente que es un "chiste" sobre un don perfecto que procede de lo alto, como todo don perfecto (St 1, 17): "Cualquier palabra dicha contra el hijo del hombre será perdonada, pero cualquier palabra contra el Espíritu Santo no será perdonada ni este mundo ni en el otro" (Mt 12, 32). ¿Acaso lo hemos olvidado?

Cuando hablamos del Espíritu Santo y sus carismas, de la fuerte experiencia de Pentecostés, de la renovación en el Espíritu Santo que la Iglesia pide a todos sin excepción alguna y que, además, hallamos en la raíz de nuestro bautismo sacramental, cuidemos nuestras palabras y abrámonos generosa y totalmente a su acción siempre fructífera y admirable. Tampoco dudemos en ser como Cristo, pues para eso llevamos el nombre de cristianos. Él es el ungido por el Espíritu. Él contiene la plenitud del Espíritu, la plenitud de sus dones, frutos y carismas. Ha sido guiado por Él toda su vida en este mundo. Nosotros debemos ser, entonces, guiados por el mismo Espíritu. De otra manera, no podemos ser como Cristo. Sin el Espíritu Santo, ni siquiera merecemos el título de cristianos. No le pertenecemos siquiera a Cristo (cf. Rm 8, 9).

* * *

Había terminado de escribir este trabajo, cuando llegó a mis manos una enseñanza catequística del papa Juan Pablo II, dada en Roma, en la audiencia del 24-6-92 y que fuera publicada en *L'Osservatore Romano* del día 26-6-92. Al leer con tanto gozo la explicación que hacía el Papa sobre los carismas, en función de la Iglesia, de cada persona y de cada

comunidad, me vi obligado a intercalar este texto en el capítulo IV, haciendo un comentario de su importante enseñanza. La renovación en el Espíritu Santo y la doctrina sobre los carismas cuentan ya con un documento que lleva toda la autoridad papal, si es que faltaba algo a este precioso tema de los carismas, que forma parte esencial de los planes de Dios para su Iglesia, para nuestra santificación, para los ministerios de la Iglesia, para la evangelización como el Señor la quiere y para hallar el sentido jerárquico y profético de una comunidad eclesial cualquiera. En la Iglesia, todo tiene coherencia doctrinal basada en la Tradición, la Escritura y el Magisterio bajo la única acción del Espíritu Santo, como nos dice el Concilio (cf. Dei V., 10). Los carismas, como no podía ser menos, gozan de las tres fuentes y de la acción plena del Espíritu Santo en la Iglesia, en cada uno de nosotros y en las comunidades eclesiales. Más aun, son dones perfectos del Espíritu que proceden de lo alto y edifican la Iglesia, con todo lo que ello significa en la práctica. Descubrir o redescubrir al Espíritu Santo es hallarse en el alma de toda comunidad y de la Iglesia universal.

E. B.

CAPÍTULO I

La obra del Espíritu Santo

1. El Espíritu Santo, formador de la Iglesia

La existencia oficial de la Iglesia edificada por Cristo en la roca de Pedro (cf. Mt 16, 18-19), a quien le dio autoridad "para confirmar a sus hermanos" (Lc 22, 32) y apacentar a su único rebaño (Jn 21, 15-17), se hace efectiva oficialmente el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo desciende sobre la primera comunidad cristiana: los Apóstoles, los discípulos y las mujeres que los acompañaban.

La primera comunidad cristiana, para serlo, necesitó del Espíritu Santo. Por eso mismo, toda comunidad cristiana, para serlo, necesita al Espíritu Santo. Bien claramente nos dice el Concilio Vaticano II en su constitución pastoral sobre la Iglesia: "La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el Reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación, para comunicarla a todos" (GS, 1). Todo esto se hace por voluntad del Padre y según su plan "maravilloso" (Is 28, 29).

Mientras "no había Espíritu Santo", no había Iglesia, y los Apóstoles, así como los discípulos, no estaban aún capacitados para entender siquiera a Cristo en su revelación: "Es emblemático el caso de los Apóstoles, quienes durante la vida pública del Maestro, no obstante su amor por Él y la generosidad de la respuesta a su llamada, se mostraron incapaces de comprender sus palabras y fueron reacios a seguirle en el camino del sufrimiento y de la humillación. El Espíritu los transformará en testigos valientes de Cristo y preclaros anunciadores de su Palabra" (RM, 87).

Este hecho histórico y real nos da la pauta de la gran transformación que obra el Espíritu Santo en los corazones de los que creen a Jesús. Este hecho de trascendental importancia para la vida de la Iglesia y de las comunidades eclesiales no puede pasar desapercibido y, mucho menos esconderse. Sería muy grave para la Iglesia no tenerlo siempre en cuenta. Tan importante y necesario es este cambio obrado por el Espíritu Santo, llamado *metanoia*, o sea, la verdadera conversión, y que supone un cambio total de mentalidad, de criterios y de vida que nos ha sido profetizado desde el Antiguo Testamento: "Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo (el Espíritu Santo), quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros (el Espíritu Santo) y haré que os conduzcáis según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas" (Ez 36, 26-27).

Mientras nuestra mente y nuestro corazón sean nuestra mente y nuestros sentimientos, no habremos logrado aún nuestro "cambio de mente", o sea, la transformación necesaria (*metanoia*), porque todo nuestro ser será guiado por sus propios criterios y sentimientos, pero jamás por el Espíritu de Dios. No basta un cambio de mente, porque el ser humano ha sido creado integralmente y con otras capacidades más que su sola "mente". Por eso, el primer mandamiento nos habla de amar a Dios "con toda la mente", pero también "con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas", es decir, con el hombre integral, tal como ha sido creado por Dios. No separemos, entonces, en nosotros lo que Dios ha unido, en nosotros, tan íntimamente. Él viene a ocupar enteramente nuestro corazón y nuestra mente, para constituirse en Espíritu de nuestro espíritu. El cristiano es una persona humana llena de Espíritu Santo. Pero no como un concepto sin vida, sino como una vivencia llena de frutos y realizaciones, según la voluntad de Dios.

La razón de no haber Espíritu Santo "todavía", como lo expresa san Juan en su Evangelio, la da el mismo Juan: "Pues Jesús no había sido *glorificado aún*" (*Jn 7, 39*). *La glorificación de Jesús, después de su* muerte, Resurrección y Ascención a los Cielos, por parte de su Padre, está descrita por Lucas en los Hechos (cf. Hch 2, 33). Entonces se cumple otra profecía, la de Joel: "Después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne" (Jl 3, 1). Pedro utiliza este texto para explicar el misterio de Pentecostés, que es el nacimiento oficial de la Iglesia y sigue siendo la raíz permanente del nacimiento de cada comunidad eclesial: Si el Espíritu Santo no viene a esa comunidad, si no se lo tiene en cuenta, si no se lo nombra siquiera, si no se lo pide, como nos mandó hacer Jesús (Lc 11, 13), tendremos un conjunto de personas, pero no una comunidad eclesial que proceda del Espíritu Santo.

No es lo mismo recibir al Espíritu Santo que "saberlo acoger", como nos dice el Papa. Nosotros lo hemos recibido desde el bautismo sacramental, pero ¿lo hemos sabido acoger o sigue siendo para nosotros el "gran desconocido"? Tengamos en cuenta que este bautismo sacramental es de "regeneración", pues Dios, en su plan, intenta volver a regenerarnos, o sea, a nacer de nuevo del Espíritu Santo y, además, para conservar y hacer crecer esa regeneración divina, el bautismo también es de "renovación del Espíritu Santo" (Tt 3, 5) y ciertamente renovación "carismática", por cuanto el Espíritu Santo nos trae, además del crecimiento de las virtudes teologales, los siete dones, los frutos y los carismas, como dones perfectos que proceden de lo alto y con los cuales, indivisiblemente unidos, se nos hace posible la perfecta imitación de Cristo, en lo que le es posible al ser humano, y edificar la Iglesia. Por eso mismo, la Palabra de Dios nos dice que estamos "en la ley del Espíritu Santo que nos da la vida en Cristo Jesús". Esta vida, objetivo primario de todo cristiano, se hace absolutamente imposible sin el Espíritu Santo. ¡Es Palabra de Dios! Son los planes del Padre, que no debemos contrariar, so pena de perdernos por nuestros laberintos y callejones sin salida. Es la salvación que Dios nos ofrece por medio del Espíritu Santo y cuyo rechazo constituye el pecado contra el Espíritu Santo, no perdonado en este mundo ni en el otro. Es "el pecado del mundo", el rechazo de la salvación obrada por Jesucristo y realizada, en cada uno de nosotros, por el Espíritu Santo: "Habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios" (1 Co 6, 11). Por algo el Papa nos dice con todo fundamento en las Escrituras que "la victoria del cristiano consiste en saber acoger el Don" (del Espíritu Santo) (DV, 55).

Vuelvo a repetir, porque es de suma importancia: no es lo mismo recibir al Espíritu Santo en los sacramentos, ni siquiera en la consagración episcopal, sino que hay que estar abiertos a su acción permanente en cada uno de nosotros, pues eso es "saber acoger el Don". Suponer lo contrario, sería como creer que los sacramentos y los ritos litúrgicos obran mágicamente. Nada hay tan contrario a todos los dones de Dios, sin excepción, que suponen la colaboración consciente y adulta del ser humano. El Espíritu Santo se da "al que cree", al que tiene "hambre y sed de Dios", al que quiere ser "adorador en espíritu y en verdad", a "los pequeños", a los que están bien dispuestos, para lo cual tampoco es necesario ningún cargo de importancia, sino la disponibilidad de sus corazones, como la tenían los gentiles en la casa de Cornelio: ellos también reciben al Espíritu Santo, "como ellos", los apóstoles, el día de Pentecostés, nada más que porque Dios nos está diciendo a todos sin excepción, con paterno amor: "Hijo mío dame tu corazón y que tus ojos hallen deleite en mis caminos" (Pr 23, 26). La apariencia de nada es suficiente ante el Creador: "Si no escucháis y tomáis a pecho dar gloria a mi Nombre, dice Yahveh Sebaot, yo lanzaré sobre vosotros la maldición y maldeciré vuestra bendición" (Ml 2, 2). El pacto de amor que Dios ha establecido con nosotros no es un pacto unilateral, impuesto en nosotros por arte de magia. Se necesita un "tú" y un "yo" que dicen "sí". No estar vi-

viendo esta realidad significa estar en la infidelidad. Nuestro corazón estará donde están nuestros tesoros, aun siendo lo que seamos y ocupemos el cargo que sea en la Iglesia. Si no lo hacemos a Él nuestro tesoro más preciado, viviremos una vida doble que no nos puede llevar a buen término y puede prostituir todo lo que Dios nos ha dado, pues estaremos ocupados en acariciar nuestros tesoros, en lugar de estar ocupados en las cosas de Dios.

El Espíritu Santo había actuado en el Antiguo Testamento. También había actuado en muchos personajes del Antiguo Testamento, así como del Nuevo, antes de que Jesús nos diera el Espíritu Santo "sin medida" y "sobre toda carne". Incluso Jesús había soplado sobre los Apóstoles, para que recibieran el Espíritu Santo, pero esta efusión era necesaria principalmente, en orden al sacramento de la reconciliación, que Jesús había terminado de establecer con ellos. La Iglesia, como tal, nacería oficialmente el día de Pentecostés, y con ella, indivisiblemente unida, la evangelización con el poder del Espíritu Santo.

Tan importante era que Jesús partiera, que sin esa partida no habría Espíritu Santo. Juan Pablo II nos dice con mucha claridad: "No se puede dar testimonio de Cristo sin reflejar su imagen, la cual se hace viva en nosotros por la gracia y por la obra del Espíritu Santo" (RM, 87). Como lo hemos visto, Él es el único que puede darnos "la vida en Cristo Jesús" y "hacernos a su imagen, cada día más gloriosos" (2 Co 3, 18).

¿Cómo hace el Espíritu Santo esta obra tan maravillosa? Lo hace a través de los siete dones, en los cuales algunas veces nos quedamos estancados; de los frutos, que hace que Jesús nos reconozca como suyos, y, por los carismas, con los cuales podemos realizar una gran gama de actividades "en el Espíritu", y con su poder, como cumplir con los preceptos e incluso los mandatos del Señor Jesús en el sentido de sanar enfermos, expulsar demonios y resucitar a los muertos, en medio de nuestra evangelización. Pablo VI nos dice que "gracias a los carismas del Espíritu Santo y al mandato de la Iglesia, sois verdaderos evangelizadores" (EN, 74). No podemos amarrarnos entonces sólo al mandato, como lo hacemos tantas veces, por ignorancia del valor de los carismas. ¡No seríamos verdaderos evangelizadores! ¡Nos lo dice la misma Iglesia! Ellos nos permiten, además, ejercitar el *rol* profético, que es cimiento de la Iglesia, junto y no separado, al cimiento apostólico (cf. Ef 2, 20). En los carismas, tenemos la fuente inagotable de los ministerios apostólicos de

toda clase, como nos enseña Juan Pablo II ("Iglesia: Comunidad de Carismas", Oss. Rom. del 26-6-92). La misma profecía contribuye a la eficacia de todos estos ministerios. Nos sorprenderíamos de todas las actividades que se cubren con los carismas, pero sobre ellos se nos ha dicho algo importante en las Escrituras: "No quiero, hermanos, que permanezcáis en la ignorancia de ellos" (1 Co 12, 1). Duele en la Iglesia verificar con cuánta petulancia, a veces, hablamos despectivamente de ellos, con cuánta suficiencia y hasta con cuanta ignorancia. Hasta los hemos despreciado y creído poco menos que "inútiles", "poco frecuentes" "excepcionales", "para algunos místicos", "de poca significación para la Iglesia", "extravagancias de algunos grupos religiosos". Algunas de estas palabras se han oído públicamente en boca de algunas autoridades de la Iglesia y en los debates del Concilio Vaticano II, cuando se trató el tema de los carismas. Ello mismo nos pone de manifiesto cómo esta mentalidad peyorativa de los carismas subsiste en algunos católicos que hoy deben deponer sus criterios completamente errados, para aceptar lo que les dice el Concilio, las Escrituras y la Tradición de la Iglesia. Si alguno, quienquiera que sea, siguiera pensando de este modo, totalmente ajeno a las Escrituras, el mismo Concilio, que es la autoridad máxima de la Iglesia, les dice que no pueden estar en contra de estos acuerdos y ello no lo puede hacer "persona ni autoridad alguna, conscientemente o por ignorancia" (*Breve* de clausura del Concilio Vaticano II, de Pablo VI).

Los dones, frutos y carismas representan la personalidad de Cristo y hacen nuestra personalidad cristiana: "Así como fue Él en este mundo, así debemos ser nosotros también" (I Jn 4, 17). En Jesús, vemos la plenitud de los dones, frutos y carismas, la unción del Espíritu Santo, su guía permanente. Nosotros "debemos ser como Él fue en este mundo", sin avergonzarnos de lo que Él hizo y debemos hacer nosotros: todo, sin omitir nada, sin caer en el silencio vergonzoso del Evangelio. Jesús sabía que algunos se iban a escandalizar de Él mismo, aun dentro de su Iglesia, precisamente por algunos de sus mandatos relacionados con su misión de Mesías, como hacer ver a los ciegos, andar a los cojos, limpiar a los leprosos, hacer oír a los sordos, resucitar a los muertos y anunciar a los pobres el Evangelio. Cuando finaliza esta explicación a los discípulos de Juan el Bautista, es cuando exclama; "¡Y, dichoso el que no se escandalizare de mí!" (Mt 11, 6): "Debemos ser como Él fue en este mundo." Si comenzamos a omitir cosas como éstas, entonces ya no seremos como Él fue en este mundo. Pero se nos pide que seamos como Él fue.

Tampoco podemos reducir lo que ha dicho Jesús a un simbolismo cerrado y absoluto, pues los Evangelios son el testimonio de que Jesús hacía todas estas cosas, y el libro de los Hechos es el testimonio vivo de que los Apóstoles, discípulos, diáconos y demás cristianos, hacían estas mismas cosas que Jesús, en obediencia a Él, por una sencilla razón de fe: ¡Tenían Espíritu Santo! Es doloroso no dar crédito a millones de católicos que dan testimonio de estas cosas que jamás han sido anuladas en la Iglesia, a no ser por nuestra poca fe y que, no pocas veces son humillados por ser obedientes a Cristo. Es doloroso verificar el escándalo en algunos, justo en el momento de cumplirse una profecía, como la que dice: "Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños y vuestros jóvenes verán visiones" (Jl 3, l). Como algunos no tienen estas visiones, a pesar de sus estudios teológicos y toda una larguísima preparación, las niegan en los que las tienen, y con ello niegan también las profecías y se escandalizan de este modo de lo que nos ha sido revelado.

Qué pena da en la Iglesia, cuando no se cree que Dios hable a los fieles de cualquier condición, de mil maneras. El carisma de profecía supone precisamente la escucha atenta de Dios: "Habla, Señor, que tu siervo escucha", pero como estamos más acostumbrados a decirle al Señor: "Escucha, Señor, que tu siervo habla", no escuchamos esa Palabra divina que resuena en nuestra intimidad como un trueno, con un convencimiento impresionante y una claridad asombrosa. Hay discernimiento de espíritus para saber si es de Dios o no lo es, y este no es más que otro carisma absolutamente necesario, especialmente cuando se manejan los carismas. El Espíritu nunca nos va a hacer oír algo que contradiga el depósito de la fe. Pero, en cambio, nos hace oír muchas cosas que están en el depósito, pero para dar vida y permanente actualidad a esa misma palabra revelada, con lo cual se enriquece verdaderamente la Iglesia y no corre peligro de permanecer fosilizada. Qué pena da cuando en la Iglesia se sigue viviendo en la ignorancia de los carismas, porque la misma Iglesia es una comunidad de carismas, nos ha dicho Juan Pablo II. Qué pena da en la Iglesia el poco uso de los carismas del Espíritu Santo, porque con ellos y no con nuestras ocurrencias, se edifica la Iglesia, según el plan de Dios. Qué pena da en la Iglesia cuando creemos que la serpiente a la que llamamos "secularismo" es más poderosa que el poder que Dios nos ha dado. Le echamos la culpa a esta serpiente, como Adán y Eva en el Paraíso terrenal, en lugar de reconocer nuestras culpas. ¿No

es verdad que necesitamos hacer en la Iglesia un verdadero examen de conciencia para no andar cubriendo nuestras vergüenzas, como Adán y Eva, sino, por el contrario, para movernos con la plena libertad de los hijos de Dios, con el poder del Espíritu Santo que todo lo puede?

2. El Espíritu Santo, formador del sublime conocimiento de nuestro Señor Jesucristo

El conocimiento que todos los cristianos debemos tener de Cristo indudablemente no es aquel que procede de "la carne y de la sangre", como el que tuvieron los Apóstoles antes de que hubiera Espíritu Santo, a pesar de su mejor buena voluntad, como lo ha destacado el papa Juan Pablo II, sino aquel otro sublime conocimiento que procede de lo alto. En efecto, no es lo mismo conocer a Cristo desde nuestra razón únicamente, que conocerlo "desde el Espíritu Santo" como debemos conocer todo lo que hay en la Iglesia, pues se nos ha revelado que "se nos ha dado el Espíritu de Dios para conocer todas las gracias que Dios nos ha otorgado" y este don es opuesto a aquel otro conocimiento que procede incluso del espíritu del error, del espíritu "del mundo" (1 Co 2, 12). No debemos pensar que el conocimiento meramente "natural", que la Escritura llama "carne y sangre", puede ser ajeno a nosotros, pues cuantas veces no entendemos las cosas que son del Espíritu de Dios, obramos como "hombres naturales" (1 Co 2, 14). Así obró el mismo Pedro, cuando contradijo al Señor y no entendió lo que Jesús decía, que era nada menos que la voluntad de su Padre. A Pedro le dijo: "¡Apártate de mí, Satanás! Escándalo eres para mí, porque tienes pensamientos que son de los hombres pero no los de Dios" (Mt 16, 23). Se nos ha revelado que "nosotros tenemos la mente de Cristo"' (1 Co 2, 16). Así es cómo debe ser en todo cristiano, para merecer tal nombre y llevarlo con dignidad. Seguir pensando por cuenta propia es algo que ni Jesús mismo hace, porque Él repite la doctrina del Padre y sólo dice lo que ha escuchado. Nosotros, que debemos ser como Cristo, "como él ha sido en este mundo", debemos hacer lo mismo. Si no lo hacemos, escandalizamos a Cristo, aunque estamos pensando que le hacemos un favor, como lo pensó Pedro. Es muy delicada esta postura delante de Dios. Nos maravillamos de ver cuántas veces obramos por criterios propios, que no están revelados, que son meras suposiciones nuestras o vulgares prejui-

cios, con los cuales, no pocas veces, esclavizamos a nuestros hermanos y a comunidades o movimientos enteros, en lugar de estar apoyándonos en la Palabra y en el poder de Dios. Para eso, el Verbo no sólo se hizo carne en Cristo, para que se nos descubrieran los pensamientos y los caminos del Padre, ocultos a los hombres (Is 55, 8-9), sino que también nos envió su Espíritu Santo, para "recordar todo lo que Jesús nos dijo", "para enseñarnos todo", "para llevarnos a la verdad completa". Y esta verdad completa la hemos de entender, no como una nueva revelación, sino como la permanente vivencia de la Palabra revelada que el Espíritu Santo vuelve a actualizar en concreto, cualquiera que sea la circunstancia y el tiempo de nuestra vida en la Tierra. El *rol* del Espíritu Santo es hacernos presente a Cristo, no como un bellísimo concepto solamente, sino como una realidad vivida. Él nos hace entender lo que está revelado: "Jesús es el mismo ayer, hoy y siempre." Nos hace vivir su presencia adorable y llena de significado, mucho más preciosa que la que tuvieron los Apóstoles frente a la realidad de Cristo viviente entre ellos. Pues a Cristo lo entendieron, lo conocieron vivamente, a través del Espíritu Santo. De este modo, Cristo cumple con su promesa de permanecer con nosotros "todos los días hasta el fin del mundo". No sólo a través de los sacramentos sino también a través de la presencia carismática de Jesús. A ese mismo Jesús que fue gozado por los Apóstoles, después de Pentecostés, lo gozamos hoy del mismo modo, en virtud de los carismas del Espíritu Santo, que nos muestran aquella "manifestación" prometida por Cristo a todos los que lo aman (Jn 14, 21). Ninguna manifestación de Jesús y de las cosas del Cielo pueden darse directamente en este mundo, o "cara a cara", pues esta visión está reservada para la otra vida. Sin embargo, Dios, al hacernos a su imagen y semejanza, lo hizo así para comunicarse con el hombre. Pero el modo de comunicarse Dios con los hombres en este mundo es a través de los carismas del Espíritu Santo. Ellos nos hacen presente a Cristo a quien podemos "ver", "escuchar" y, hasta en cierto sentido, "palpar" a través de los carismas.

Este encuentro personal con Jesús ha sido reclamado por el Papa a todos los católicos, pues dice que la mayoría de ellos carece de esta experiencia. Tan importante es este encuentro personal, de persona a persona, que la Escritura nos da un bello ejemplo de este encuentro, tal como podía ser revelado en el Antiguo Testamento. Es en el libro de Job, cuando el santo nos dice algo que todos hemos vivido de alguna manera, y Dios quiera que no lo vivamos más sino que se dé lo que le sucedió al santo Job: "Yo sólo te conocía de oídas, pero ahora te han visto mis ojos" (Jb 42, 5). Job ha tenido una experiencia fundamental con su Dios, distinta enteramente a aquel conocerlo "sólo de oídas", como la mayoría de nosotros. Hoy, en pleno siglo XX, conozco la historia de una persona que vivió una experiencia muy parecida a la de Job. Abandonada por su esposo en la pobreza, con un hijo que no podía hablar ni oírla, contrajo un cáncer terminal que la conduciría a la muerte en poco tiempo. Aquella mujer desesperada se arrojó al suelo y con su puño golpeaba inútilmente la tierra, mientras decía: "¡Señor, mira lo que has hecho con mi vida! ¿Quién podrá cuidar de mi hijo? ¡Señor, me has arruinado la vida!" Pero en ese momento escuchó una voz en su corazón que le decía con infinita dulzura: "Hija mía ¡al fin estás hablando conmigo!" ¡Era la primera vez que hablaba directamente a Dios! ¡Era la primera vez que se dirigía muy seriamente a Dios y en las peores circunstancias de su vida! Se dio cuenta de que hasta ahora le había hablado a las estampitas, a las imágenes y no a las Personas divinas. El Señor, que es el mismo ayer, hoy y siempre, sanó a esta mujer y ella llegó a ser un gran apóstol del Señor. ¡Oh Dios, cuánto nos cuesta dirigirnos seriamente a las Personas divinas, por razones de fe y en fe! Nos quedamos en lo externo, en los ritos, en las materias y en las formas, pero ¡no con las Personas divinas! Y, para ello, necesitamos el aprendizaje de la fe. Este aprendizaje es del todo imposible sin el Espíritu Santo. Porque el que nos hace escuchar esta voz viva de Cristo es Él; el que nos hace verlo del modo que sea; el que nos muestra las manifestaciones del Cielo, en las que muchos todavía no creen, es el Espíritu Santo. Y este conocimiento de Cristo es infinitamente superior a todo conocimiento que podamos tener nosotros a través de nuestra razón y de nuestra intelectualidad e incluso a través de un libro. No estamos despreciando la razón, pero la estamos ubicando en el lugar que le corresponde, como sierva de la fe. Pues la razón humana jamás puede ser comparada con un don perfecto que procede de Dios, porque entre nosotros y Dios hay una distancia que según el mismo Señor "es como la que existe entre el cielo y la tierra" (Is 55, 8-9). A veces, no lo queremos reconocer, y entonces caemos en la adoración de la razón, haciendo de ella un becerro de oro, la única fuente de toda sabiduría y conocimiento, pero nos equivocamos de medio a medio. Es lo que constituye el escándalo del mismo Jesús: nada más que "por tener pensamientos que no son los de Dios". Es una lección que deberíamos haber aprendido y es urgente que lo hagamos,

porque nuestro Dios no será el Dios omnipotente, lleno de amor y de sabiduría eternas, sino el ídolo de nuestra razón, a la que le hemos hecho un becerro de oro y le sacrificamos la misma fe. Muchas actitudes concretas de muchos cristianos no son más que esta aberración y adoración indebida a la razón. Si la palabra revelada no pasa por la razón humana es desechada, con la precisión de un cálculo matemático. No es otra cosa que el barro diciéndole a su alfarero: "Tú no sabes." Ya nos previno el Señor: "No seas sabio a tus propios ojos" (Pr 3, 7), pero no le hacemos caso. Con la razón y sin fe, nos hemos dividido; con la razón intepretamos las Escrituras de manera contradictoria y como se nos da la gana; con ella hemos inciado las guerras religiosas que son totalmente ajenas al Evangelio; con ella hemos caído en errores garrafales; hemos sido injustos, violentos; en nombre de la razón nos dividimos y nos peleamos a muerte y todo ello por estar siempre ausente, en nuestra vida, el Espíritu de unión, de amor y de la verdad, que es la razón suprema. La razón humana nos separa, porque no es la verdad eterna. La fe nos une a todos en el Espíritu de unión, único que puede lograrla en este mundo. Por la razón no podemos llegar a la manifestación concreta de Dios en este mundo por los carismas, y le negaremos la razón a los que la tienen, porque han creído, haciéndonos injustos con ellos.

El Espíritu Santo no sólo nos da el sublime conocimiento de nuestro Señor Jesucristo a través de las virtudes teologales, de los sacramentos, de la Liturgia, incluso a través de nuestros estudios, sino también a través de los carismas que nos acompañan a todas partes y en todas nuestras horas, cosa que ni los sacramentos ni la Liturgia pueden hacerlo, pues tienen sus tiempos fijos. La vivencia de Dios no es lo mismo que el conocimiento conceptual de Dios. Éste no es suficiente. Aquél no sólo nos da conocimiento sino también la presencia viva de Dios, como sólo es posible en este mundo.

Al Espíritu Santo lo llamamos, en el credo, "Señor y dador de vida". Él, no sólo nos da el conocimiento de Jesús, sino también la vida en Él, pues vivimos "la nueva ley del Espíritu que nos da la vida en Cristo Jesús". No podemos decir que vivimos en Cristo Jesús, por más entusiasmados que estemos por Él, porque sin el Espíritu ni siquiera le perteneceríamos a Cristo (cf. Rm 8, 9) ¡Por esto mismo la Iglesia lo llama Espíritu vivificante! "Los buscadores de inteligencia no conocieron el camino de la sabiduría ni tuvieron memoria de sus senderos" (Ba 3, 23). Y eso

es, porque "Yahveh es el que da la sabiduría" (Pr 2, 6). Como un don perfecto que procede de lo alto. Por lo tanto, no se trata de la perfección que el hombre pueda adquirir con su sabiduría meramente humana: "Aunque uno sea perfecto entre los hijos de los hombres (como tantos presumen), si le falta la sabiduría que de ti procede, en nada será tenido" (Sb 9, 6). Para Dios ¿cómo es que se enderezan los caminos de los moradores de la Tierra? ¿Cómo aprendieron los hombres lo que agrada verdaderamente a Dios? ¿Por qué dice la Escritura "y gracias a la sabiduría se salvaron"? (Sb 9, 18) Porque nadie puede conocer la voluntad de Dios, si Él no nos da la sabiduría y no nos hubiese enviado de lo alto al Espíritu Santo (cf. Sb 9, 17). No es la explicación de un hombre, es la explicación que da Dios mismo en su Revelación. Bien haremos en acogerla y renunciar a nosotros mismos, no para quedar vacíos, precisamente, pues ya lo estamos, sino para llenarnos de la presencia asombrosa y vivificante de Dios y poder ser uno con la Trinidad de Personas.

3. Qué nos pasa sin el Espíritu

Lo mismo que un cuerpo sin alma es un cadáver, un cristiano sin Espíritu Santo, también está espiritualmente muerto. Cuando recibimos una rica herencia, no nos basta haberla recibido, incluso ante escribano público y con todas las de la ley, si luego la archivamos y no la usamos para nada. La herencia que hemos recibido, desde el bautismo sacramental en adelante, no son sólo ritos y formas, con las cuales a veces nos quedamos. Tampoco el concepto de que se nos concede "una gracia propia de ese sacramento" es suficiente, si no vivimos concretamente a las Personas divinas. Ellas siempre están por encima de toda otra cosa, por más santa que sea. Lo esencial de los sacramentos es la vivencia que nos dan de las personas divinas a través de ellos. Pero para que ello sea una realidad, debemos tener plena conciencia de esa gracia sacramental que hemos recibido. Si permanece en abstracto como "gracia especial" o "propia del sacramento", no nos sirve en la vida práctica de fe. Esa gracia propia del sacramento es la que nos relaciona más íntimamente con las Personas divinas, cada sacramento de diverso modo. Es a estas Personas a las cuales me debo abrir enteramente sin omitir a ninguna, pues la Santísima Trinidad es el dogma más importante de la Iglesia y la revelación más importante que nos ha hecho Jesucristo, nuestro

Señor. Si este trato íntimo, personal, carismático, sacramental y litúrgico con el Señor de la Vida no es una realidad diaria que llena todos nuestros vacíos tan peligrosos de nuestra vida diaria, seguiríamos permaneciendo en el abstracto. Pero el cristianismo no es una trasmisión de conceptos e ideas sino, sobre todo, una transmisión de vida, de la vida plena que Jesús nos trajo a este mundo. Si no la vivimos, si nuestro cristianismo no llega a su plenitud de vida prometida por Jesús, corremos el riesgo de la apostasía, de la debilitación de nuestra fe, de desvíos peligrosos. Así sucede que muchos hermanos separados, que están en sectas tan descabelladas, hablan muy mal de la Iglesia católica. Lo hacen porque nunca, en realidad, la han conocido y jamás han llegado a esa plenitud de vida que Cristo nos prometiera. Esto ha sucedido por muchos motivos: por falta de fe, por falta de colaboración con la gracia, por falta de apertura a las Personas divinas; tal vez, por quedarse con conceptos e ideas sin vivencia alguna de lo tremendo que es nuestro Señor; tal vez, porque nadie les ha enseñado lo que es más importante en la Iglesia: las Personas divinas y la íntima comunicación con ellas a través no sólo de los sacramentos sino de una manera más viva aun, a través de los carismas, que vienen a ser como la sal que le da sabor a toda la riqueza contenida en la Iglesia. Por eso decía san Juan, hablando de los anticristos: "Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros" (1 Jn 2, 19. Aun recibiendo todos los sacramentos, hay algunos católicos que "no son de los nuestros", es decir, no viven la realidad de la herencia recibida. La tienen archivada. La ignoran. No la usan. ¿Por qué tantos católicos se han ido de nuestras filas, aun con todos los sacramentos o muchos encima? Por falta de esta vivencia con las Personas divinas, pues el que las conoce y está relacionado íntimamente con ellas, jamás se aparta de la Iglesia. Les ha faltado lo principal: la vivencia, la comunicación con las Personas divinas, la vivencia de los carismas, sin los cuales no han sabido edificarse ellos mismos. Bastaría comprender lo que se nos da en el bautismo Sacramental para tener esta vivencia, pero en lugar de pensar en términos de relación con las Personas divinas, pensamos de otra manera, y no llegamos al objetivo esencial de todo sacramento, que es establecer una relación profunda con las Personas divinas. La verdad revelada es que a nada de eso podemos llegar sin el Espíritu Santo. Porque Él es fuente de toda vida espiritual, que abarca la integralidad del hombre. Él es "la fuente de aguas vivas" de donde brota permanentemente, en renovación constante y creciente, la vida eterna que vamos conociendo y experimentando cada vez más. Al mismo tiempo, nos dice Jesús que el que cree en Él es "como una fuente de agua que salta hasta la vida eterna". Es la fe viva del cristiano que ha sabido unir el Cielo con la Tierra. La razón de ello es que el Espíritu Santo "reposa sobre nosotros", como nos dice san Pedro (1 P 4, 14), y "mora en nosotros para siempre", nos dice Jesús (Jn 14, 16). El es "principio vital de la Iglesia", nos dice Juan Pablo II. Si lo es de la Iglesia, lo es de cada uno de nosotros, pues todos y cada uno somos Iglesia. De los sacramentos podemos sacar toda su riqueza, a través de la Persona del Espíritu Santo y, jamás sin Él. Lo hemos recibido desde el bautismo sacramental, pero parece que algunos no advirtieron que en esa herencia de vida eterna se nos estaba dando a las tres Personas divinas; que estábamos siendo regenerados por el poder del Espíritu Santo y que se nos estaba dando la gracia incomparable de la renovación permanente en el Espíritu Santo (cf. Tt 3, 5). Pero ¿qué espera Dios de nosotros? ¿Acaso que recibamos los sacramentos como fórmulas sin vida, como si acaso fueran actos mágicos, que lo hacen todo y nosotros nada? ¡De ninguna manera! Desde el bautismo, comenzamos a vivir la gran aventura de la fe que consiste en creer a Jesús. Si no buscamos en serio a las Personas divinas, perdemos todo el sentido propio de los sacramentos. Muy significativo es el hecho de aquellos gentiles que en la casa de Cornelio reciben al Espíritu Santo aun antes de los sacramentos. Ese hecho revelado (cf. Hch 19, 44 y ss.), nos pone de manifiesto claramente cómo el Señor aprecia sobremanera la fe: creer a Jesús y la buena disponibilidad de las personas: tener hambre y sed de Dios, pues sólo el que tiene sed, bebe, y el que tiene hambre, come. Los demás pasan de largo: los hartos, los saciados, los que se sienten cómodos, incluso por haber recibido los sacramentos, cayendo en una falsa seguridad que ningún sacramento les da.

Los judíos y otras personas se habían reunido y estaban con los Apóstoles el día de Pentecostés y escucharon el discurso de Pedro, que fue la primera proclamación viva del Evangelio con el poder del Espíritu Santo. Fijémonos en los elementos que aquí se dan para tomarlos en cuenta en nuestra formación de comunidades, como lo puede ser una parroquia o cualquier otra agrupación, y proceder de la misma manera, porque se trata del plan de Dios en plena ejecución:

1) Las personas, congregadas por el ruido impetuoso del viento que

había soplado, por la alabanza clamorosa de los que recibieron el Espíritu Santo y, por darse el hecho prodigioso de que cada uno los escuchaba en su propia lengua, todos carismas del Espíritu Santo en orden a la edificación de la Iglesia e instrumentos de la evangelización, escuchan la proclamación del Evangelio con el poder del Espíritu Santo.

Esto mismo se repite en nuestros días con los llamados retiros tipo cenáculo. Es el pedido tantas veces reiterado del papa Juan Pablo II, para que todos los católicos sin excepción, y en todos los niveles, logren esta experiencia: la misma que vivieron los Apóstoles, la que vivieron los gentiles, la que viven millones de católicos en la actualidad, reunidos como en aquella oportunidad y reviviendo esta proclamación viva del Evangelio, pero con la presencia y el poder del Espíritu Santo, que sigue haciendo maravillas a través de sus carismas y congregando a tanta gente, a veces, como en aquella oportunidad y, a veces, más que en aquella oportunidad.

"Escuchar" es el primer mandamiento de la Ley: "Escucha, pueblo de Israel". Escuchar la Palabra de Dios es comenzar a vivir y a cambiar. Los gentiles la quisieron escuchar y Dios les regaló al Espíritu Santo. Y éste no es un episodio que "ya no se da más". Se vuelve a repetir cuando se prepara a las personas adultas para el bautismo y la confirmación, cuando son preparadas, despertando en ellas el ansia de escuchar a Dios, de entregarse a Él, de conocerlo y vivirlo. Somos testigos de las maravillas que hace el Espíritu Santo con ellas, pues ellas mismas sienten su presencia a través de sus carismas, que hacen presente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, de una manera que ayuda enormemente a la fe y al seguimiento de los consejos evangélicos, no de tres solamente sino de todos los consejos evangélicos.

2) Precisamente, al oír esta proclamación, le preguntan a Pedro y a los demás Apóstoles: "Al oír esto, dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los otros apóstoles: ¿Qué hemos de hacer hermanos? (Hch 2, 37). ¡Hermosa pregunta! ¿Quién les ha compungido el corazón? ¿Quién los mueve a buscar la salvación? "El Agente principal de la evangelización", como lo llama Pablo VI (EN, 75). El mismo Papa nos explica a todos, que el Espíritu Santo no sólo pone palabras en nuestra boca, como lo hizo con Pedro, sino que "predispone también el alma del que escucha, para hacerla abierta y acogedora de la Buena Nueva y del reino anunciado" (id). De este modo concreto, vivo, real, que podemos verificar, si comprendemos el plan de Dios para evangelizar, el Espíritu Santo es el Agente principal de la evangelización. Es la experiencia fundamental de la evangelización. Si carecemos de ella, fácilmente estaremos haciendo planes por nuestra cuenta, sin tener presente éste de Dios que es "maravilloso", como Él mismo lo ha llamado (cf. Is 28, 29). Todo esto se relaciona con los Hechos de los Apóstoles, con lo que estamos tratando, con lo que ha sido revelado para todos los cristianos. Cuando predicamos debemos notar la acción inefable del Espíritu Santo, debemos tomar conciencia de cómo Él pone palabras en nuestra boca: las justas, las necesarias, las que nosotros ignoramos, pero Él conoce para el eterno bien de las personas a las que se habla y proclama la Buena Nueva. Si nos sentimos solos en la evangelización y no notamos la presencia del Espíritu Santo, es señal de que estamos predicando sin su poder; pero de este modo no lo debemos hacer: ¡No es el plan de Dios!

3) La primera palabra de Pedro es "convertíos". Es la primera palabra que Jesús utiliza en su vida pública, al anunciar la Buena Nueva. Y esta actitud tiene una importancia fundamental para entender muchas deficiencias en el catecismo, que es la instrucción que se sigue a la conversión. No se puede enseñar al que todavía está muerto a la fe y sin convertirse. No se trata, si se da este caso, que lamentablemente es muy frecuente, sino del "hombre natural" que "no entiende las cosas que son del Espíritu de Dios". Falta la conversión. Falta la primera proclamación del Evangelio, con el poder del Espíritu Santo. El mismo Papa nos habla de esta manera en *Catechesi tradendae*. Es una exhortación apostólica al episcopado, al clero y a los fieles de toda la Iglesia sobre la catequesis en nuestro tiempo: "La peculiaridad de la catequesis, distinta del anuncio primero del Evangelio que ha suscitado la conversión... (CT, 19). Aquí, el Papa nos habla de la distinción necesaria entre "kerigma", que es el anuncio primero de la Buena Nueva que implica la conversión, y "catequesis" que es la enseñanza sistemática de la doctrina revelada. Profundizando el tema, el Papa nos dice: "Pero, en la práctica catequética, este orden ejemplar debe tener en cuenta el hecho de que, a veces, la primera evangelización no ha tenido lugar. Cierto número de niños, bautizados en su infancia, llega a la catequesis parroquial sin haber recibido ninguna iniciación en la fe y sin tener todavía adhesión alguna explícita y personal a Jesucristo, sino solamente la capacidad de creer puesta en ellos por el bautismo y la presencia del Espíritu Santo"... "Los prejuicios de un ambiente familiar poco cristiano o el espíritu positivista

de la educación crean rápidamente algunas reticencias" (íd). Cuando se llega así a la catequesis, ciertamente falta aquella disponibilidad del corazón de que hemos hablado y a la que el Señor le da tanta importancia. La fe que pueda haber en estos casos es muy débil y no basta haber recibido el bautismo, porque nada se da por arte de magia en la Iglesia, sino que cuanto se da en ella surge de la gracia divina y la cooperación del ser humano. Cuando esta cooperación no es adulta, responsable y consciente, la gracia pierde sus efectos; se interrumpe el diálogo entre Dios y su creatura y ésta sigue por sus propios caminos, sin enterarse de lo que realmente importa en el Reino de los Cielos y sin ninguna experiencia de Dios. De este modo, "la capacidad de creer puesta en ellos por el bautismo y la presencia del Espíritu Santo" puede ser sofocada con extraordinaria facilidad, y es lo que ningún cristiano debe hacer: "sofocar al Espíritu Santo", "apagar su luz".

Por lo tanto, y tengamos en cuenta que esta conclusión es de suma importancia, la comunidad eclesial, que "está formada por personas que reunidas en Cristo son guiadas por el Espíritu Santo", debe comenzar desde la fuerte experiencia de Pentecostés, para lograr la permanente conversión de las personas, sin lo cual el Evangelio se hace imposible y la catequesis se torna inútil en aquellos que les falta conversión y la primera proclamación que supone una adhesión personal a Cristo, para hacerlo Señor de sus vidas.

La catequesis, ante esta realidad diaria y tan común, debe contar con la proclamación en algún momento. Porque la doctrina cristiana no es solamente una serie de conocimientos sino sobre todo la vivencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, a la que debemos llegar todos los cristianos.

Cuando el Concilio se queja de tantos que no han sido fieles al Espíritu Santo (cf. GS, 43), podemos verificar que mientras estemos lejos del Espíritu de Dios, estamos muy lejos de esa meta que es el objetivo primordial del plan de Dios. La razón teológica de todo esto es que "no se nos dio el espíritu del mundo sino el Espíritu de Dios para conocer todas las gracias que Dios nos ha otorgado" (1 Co 2, 12). Mentimos cuando decimos que "ya conocemos todo lo necesario", cuando nos falta el Espíritu Santo en nuestra vida, como "guía supremo y luz de nuestro espíritu", como lo proclama el papa Juan Pablo II, en su encíclica sobre el Espíritu Santo (cf. DV, 6).

4) Después de la conversión, pedida a los judíos y a los gentiles que allí había, Pedro les dice que "cada uno se haga bautizar en el nombre de Jesucristo". Luego añade lo fundamental que se sigue del bautismo sacramental: "Recibiréis el don del Espíritu Santo". Es lo que enseña el primer Papa de la Iglesia, lleno de Espíritu Santo: la íntima relación del bautismo sacramental con la vivencia del Espíritu de Dios. Lo importante es recibir a las Personas divinas, porque con el Espíritu Santo, que es "Señor y dador de vida", se recibe también el conocimiento y la vivencia del Padre y del Hijo, en lo cual consiste la vida eterna, como nos reveló Jesús (cf. Jn 17, 3). Nos ha dicho el papa Juan Pablo II que "la victoria del cristiano consiste en saber acoger el don del Espíritu Santo" (DV, 55). "Victoria" significa perseverancia, crecimiento, santidad, renovación constante. Éstos son los que conocen las profundidades de Dios, porque el Espíritu Santo las sondea y las revela a nosotros en la oración, a través de los carismas.

Vemos cómo, en la primitiva Iglesia, se enseñaba la importancia del Espíritu Santo. Pedro les da al Espíritu, Pablo también y Juan dice a su comunidad: "Vosotros estáis ungidos por el Espíritu Santo" (1 Jn 2, 20) y les enseña que "esta unción que han recibido permanece en ellos y no necesitan que nadie les enseñe. Sino que como su unción les enseña acerca de todas las cosas (son palabras de Jesús) y es verdadera y no mentirosa, debían permanecer en Él, según su enseñanza (cf. 1 Jn 2, 27); es decir, y atendamos bien: la que se da en la intimidad de los corazones y hace que la Buena Noticia no sea un informe sino el traspaso de una profunda vivencia. Es lo que Pablo ha llamado "el glorioso ministerio del Espíritu Santo".

Ante estas verdades reveladas y actuadas por los Apóstoles en aquella Iglesia, que es modelo de Iglesia revelada en las Escrituras, podemos deducir con absoluta evidencia, cómo el incio de cualquier Iglesia local, de cualquier parroquia, de cualquier institución eclesial, grupo o movimiento, debe partir ineludiblemente de la presencia poderosa del Espíritu Santo. No nos podemos quedar con el conocimiento de Cristo ni del Padre que procede de la carne y la sangre. Eso no les ha servido a los Apóstoles, antes de recibir al Espíritu Santo, ni nos sirve a nosotros, si el Espíritu Santo no va por delante, dándonos la fuerza y la sabiduría para ir por el camino de la verdad, señalado por Cristo y hecho vivencia por el Espíritu Santo, para llegar a la vida.

Me impresiona, como católico, el olvido tremendo y práctico que hay del Espíritu Santo en muchos miembros de la Iglesia. ¡Hasta he presenciado gestos de fastidio al hablar de Él! Si no bebemos gratis de esa agua de vida, nos secaremos como sarmiento sin fruto. Ya sabemos qué pasa con estos sarmientos. En cambio, ¡cómo se enriquecería la Iglesia entera, si tuviéramos en cuenta los planes de Dios! Al dejar a un lado al Espíritu Santo, aunque hablemos de Él o simplemente lo nombremos, como si eso fuera todo, ello nos indica hasta qué punto andamos lejos de los planes de Dios. Todo esto nos pasa al "no tener Espíritu Santo". Es el riesgo más grave de todos cuantos se puedan dar en la Iglesia, porque es el pecado que más se aproxima al que no se perdona en este mundo ni en el otro.

El don del Espíritu Santo lo tienen plenamente, entonces, los que lo saben acoger con aquella simplicidad de los Apóstoles y de los gentiles de la casa de Cornelio. De este modo, la persona humana se abre a su acción santificadora, que no es otro concepto ni otra idea bonita, sino la realidad en el plan de Dios: el Espíritu Santo nos santifica. Por eso lo llamamos "Espíritu santificante". ¡El Espíritu Santo hace santos! El Espíritu Santo, además, continúa la obra redentora de Cristo. Por eso sin Él la Redención que Cristo nos mereció en la cruz se hace imposible. Precisamente la blasfemia contra el Espíritu Santo consiste, como nos dice el Papa, en rechazar la salvación que Dios nos ofrece por el Espíritu Santo" (DV, 46).

5) Pedro les hace notar algo de suma importancia para todos los cristianos. Este texto debería acabar con esa pretensión malsana de que "esto ya no se da más", incluyendo irresponsablemente el misterio de Pentecostés, que todos debemos vivir: "La Promesa es para vosotros, para vuestros hijos, para los que están lejos, para cuantos llamare el Señor Dios nuestro" (Hch 2, 39). Cada uno de nosotros debe decirse: "La Promesa es para mí, hoy y siempre, en todo lugar, en cada circunstancia", y me la apropio. Más aún, eso mismo es "la vida de la Iglesia", como nos dice el papa Juan Pablo II.

El Espíritu Santo aparece así no como una devoción que uno puede tomar o dejar, sino como la Persona divina que nos da todo lo que el hombre necesita para acercarse a Dios y llenarse de Él. Sin Él no lo puedo realizar. Caería en un torpe voluntarismo pelagiano, que roba a Dios su gloria, su obra maestra, que es hacernos a nosotros "criaturas nuevas", "hombres enteramente nuevos" y seguiríamos siendo los hombres de siempre, vacíos de Dios, "hombres naturales" que no entienden las cosas que son del Espíritu de Dios y se escandalizan en el momento de vivirse las profecías y las promesas del Señor; en el momento de alabar a Dios como se nos ha revelado; en el momento de recibir el Espíritu Santo como el día de Pentecostés; en el momento de practicarse el carisma recibido; en el momento de nuestras profecías que edifican la Iglesia; en el momento de estar edificándose la Iglesia como Dios quiere; en el momento de elevar nuestras manos al cielo por las maravillas que Dios hace en nosotros; en el momento de vivir la alegría, como fruto del Espíritu Santo y la cual "nadie nos podrá arrebatar". Así es "el hombre natural". La peor desgracia que puede tener un cristiano, un católico, es seguir siendo hombre natural, aun estando en la Iglesia. El discernimiento de ello nos lo ha dado la misma Escritura: son los que no entienden las cosas que son del Espíritu de Dios y les resulta "necedad" o "extravagancia", como se ha dicho. Porque las cosas del Espíritu se han de entender "espiritualmente", es decir, desde el Espíritu Santo, como debemos entender todo lo que se da en la Iglesia, como está revelado (cf. 1 Co 2, 12).

Caemos en plena rebeldía cuando no seguimos los planes de Dios ni los queremos conocer, ni le damos lugar al Espíritu Santo, ni queremos la fuerte vivencia de Pentecostés, por creer que "ya tenemos al Espíritu Santo", ni queremos saber nada con los carismas ni con eso de sanar enfermos y expulsar demonios, ni estamos de acuerdo con la Escritura, cuando nos dice que las características del apóstol son entre otras cosas "prodigios y milagros" (2 Co 12, 12), o no estamos de acuerdo con el Concilio, cuando dice que se han de "descubrir con sentido de fe, reconocer con gozo y fomentar con diligencia los múltiples carismas de los laicos" (PO, 9), ni estamos de acuerdo con que los laicos tengan múltiples carismas o negamos el cimiento profético de todos los miembros de la Iglesia que sirve sobremanera para edificarla, tanto como el cimiento de los Apóstoles, que es el carisma jerárquico, ni creemos al Papa Pablo VI cuando nos dice que "gracias a los carismas del Espíritu Santo y al mandato de la Iglesia somos verdaderos evangelizadores" (EN, 74), sino que nos escandalizamos de los carismas cuando se practican y no los sabemos discernir, porque tampoco reconocemos en el discernimiento un carisma del mismo Espíritu, sino que lo reducimos a lo que yo puedo juzgar con mi esfuerzo personal en mis estudios. El resultado es que negamos sistemáticamente los carismas del Espíritu Santo, apagamos su luz

y lo sofocamos. Nos dice el Concilio que eso ni siquiera la jerarquía lo puede hacer (cf. LG, 12).

Ciertamente, de este modo, no estaríamos pensando como piensa la Iglesia, sino según nuestro criterio que no es cimiento de nada, a no ser cimiento de destrucción y división, además de constituir el escándalo mayor de nuestro Señor Jesucristo (cf. Mt 16, 23). En efecto, cuantas veces pensamos por nosotros mismos, sin tener presente lo que se nos ha revelado desde lo alto, somos escándalo para Cristo, pues hacemos inútil su Palabra. Entonces no estamos haciendo la voluntad del Padre, que constituye una enseñanza profundísima que Cristo nos ha legado, y esto es gravísimo, como puede entenderse fácilmente.

Todavía hay muchos que no han comprendido la riqueza insondable que se esconde en los múltiples carismas del Espíritu Santo. Hablamos mucho de sus riesgos, pero muchos miembros de la Iglesia no hablan con el mismo ardor y celo, casi nada, de su naturaleza y acción de ellos para la edificación de la Iglesia, con lo cual se aumenta el riesgo de que sean mal utilizados, por ignorancia. En cambio, el papa Juan Pablo II, a quien vemos seguir una lógica perfecta de la fe, nos ha hablado hermosísimamente de ellos en su catequesis "Iglesia: Comunidad de carismas", que analizaremos más adelante.

La coherencia de la fe nos exige no separar lo que Dios ha unido. De este modo, no podemos separar lo que el Espíritu Santo nos ha traído, como son los dones, frutos y carismas. Tampoco podemos separar el mandato de los carismas con los cuales debemos evangelizar. Hemos hablado muchísimo de los siete dones del Espíritu Santo, casi con exclusividad. Hablamos menos de los frutos y casi nada de los carismas y, de este modo práctico, no hacemos otra cosa que separar lo que Dios ha unido tan íntimamente. Tener en cuenta solamente los carismas es tan malo como tener en cuenta solamente los siete dones o solamente los frutos. Los tres se complementan en el plan de Dios y siempre van juntos y no separados. Los carismas, separados de los frutos y los dones del Espíritu Santo, han merecido la condena de Cristo (cf. Mt 7, 22-23), lo mismo que separar lo que Dios ha unido, que no sólo se refiere al matrimonio cristiano. Lo cierto es que no podemos despreciar un modo de edificar la Iglesia que ha sido elegido en el plan de Dios y es voluntad divina. ¿Acaso no nos dice el Señor desde el Antiguo Testamento: "¡Ay de los hijos rebeldes por trazar planes que no son los míos?" (Is 30, 1).

Todos estamos bautizados y muchos con otros sacramentos, pero aún sin la vivencia fuerte de Pentecostés en nuestros corazones, o sea, sin aquel bautismo en Espíritu Santo y fuego que Jesús concede a los que se abren a su Espíritu por tener hambre y sed de Dios, o sea, conforme con su Palabra. Y ello se puede lograr por la simple fidelidad al Espíritu, en forma personal, como se ha dado en tantos santos de la Iglesia, pero también en forma comunitaria. Personalmente me agrada más esta última, porque tiene un profundo sentido eclesial y sabemos que "allí donde dos o más estén reunidos en mi nombre, yo estaré en medio de ellos. Entonces, pedirán lo que quieran y les será cocedido". ¡Cuánto más entonces, si comunitariamente, como el día de Pentecostés, le pedimos al Padre, por Cristo, al Espíritu Santo!

El plan de Dios ha sido así descrito por Dios: "Es maravilloso y conduce a un gran acierto" (Is 28, 29). El plan de los hombres, por el contrario, es simplemente "desastroso" y "conduce a un gran desacierto". Lo deberíamos haber aprendido.

4. El Espíritu Santo obra nuestra transformación profunda

El mismo que "sondea las profundidades de Dios", sondea las nuestras. Nadie sabe tanto de nosotros como Él. Es nuestro santificador por excelencia, pero no siempre lo tenemos en cuenta. Somos nacidos del Espíritu Santo, pero a veces no tenemos en cuenta nuestro nacimiento sobrenatural. Porque al Reino no nacemos "ni de la carne ni de la sangre ni por voluntad del hombre" sino del Espíritu Santo. Jesús nos da una descripción muy interesante de cómo es un nacido del Espíritu Santo: "El viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que nace del Espíritu" (Jn 3, 8). El viento, que es el mismo Espíritu Santo, sopla donde quiere. Nos dice el papa Juan Pablo II que obra "con una libertad soberana que a veces asombra". La inspiración del Espíritu Santo es sutil, delicada, pero "escuchas su voz", nos dice Jesús. Escuchar la voz del Espíritu Santo en nuestra intimidad es un don de Dios que debemos pedir, porque son muchos los bienes que se siguen de esta escucha atenta. No debe extrañarnos a nadie, en la Iglesia, que podamos escuchar la voz de Dios en nuestra intimidad. Lo dice Jesús: "Escuchas su voz", pero nos advierte

que tiene cierta sutileza que es necesario discernir para no equivocarnos. A resolver este problema, que es serio, acude el discernimiento, como carisma. Este don nos lleva por los senderos seguros del Espíritu Santo. Con este discernimiento actúan los pastores de la Iglesia para enseñar a su pueblo o canalizar los carismas, nunca para suprimirlos sistemáticamente, porque estaríamos haciendo añicos el plan de Dios para edificar su Iglesia.

No hemos de rechazar los carismas del Espíritu por esta sutileza o dificultad aparente que encierran esas palabras: "no se sabe de dónde viene ni adónde va", como si se diera una indefinición, a la cual no estamos acostumbrados, inclinados como estamos a tenerlo todo seguro, asegurado y esquematizado. La verdadera inspiración del Espíritu Santo no sigue la lógica del criterio humano sino la lógica que es propia de la fe. Una persona verdaderamente guiada por el Espíritu de Dios nos parece que se mueve dentro de un desorden aparente, pero es que el orden de Dios para nosotros resulta desorden, y tantas veces nuestro pretendido orden no es más que falta de fe. Todavía no comprendemos mucho que digamos que la verdadera libertad de los hijos de Dios que se fundamenta en la libertad con que el Espíritu Santo obra en nosotros y en el mundo: lo hace con una libertad "soberana", y es lógico que sea objeto de nuestro asombro. Si el Espíritu de Dios se mueve con esta formidable libertad, propia de Dios, entonces los hijos de Dios, que son guiados por el Espíritu Santo, participan de esa misma libertad. Por ello se ha dicho que "allí donde está el Espíritu Santo, allí está la libertad" (2 Co 3,17).

¡Cuántas veces hubiéramos desaconsejado a los que son guiados por el Espíritu Santo, como son todos los santos, realizar la obra que ellos realizaron movidos por Él, como lo fue Cristo. El mismo Cristo desorienta muchas veces nuestros propios criterios y los criterios de los Apóstoles que se equivocan de continuo, antes de recibir el Espíritu Santo, por no tener los pensamientos de Dios. Nada de esto debiera resultarnos extraño en la Iglesia, pero ¡cuántos se escandalizan, cuando uno es guiado por el Espíritu de Dios! Vuelvo a repetir: como lo fueron todos los santos. Y, en este mismo sentido, ¡cuántos se han escandalizado de los santos en la Iglesia! La fe tiene razones que la razón no alcanza a comprender. No estamos despreciando la razón. La fe nos lleva a la perfección de la razón, porque le acerca datos de vida eterna, que la razón no

puede deducir por sí sola. Ésta es la necesidad absoluta que tenemos de Dios, en todas nuestras cosas, en orden al Reino de los Cielos y su comprensión.

Si entre un hombre común, que no cree en Dios, y un hombre "nuevo", lleno de Dios, no existiera ninguna diferencia, entonces no daríamos ningún testimonio de la obra de Dios en nosotros. Eso es lo que pasa a muchos que nos ven de afuera: ¡no ven la diferencia! Pero, profesando la fe en Cristo, como lo hacemos, somos escándalo para ellos, precisamente porque, cuando no vivimos la plenitud de nuestro cristianismo, no notan la diferencia, es decir, algo por lo cual valga la pena interesarse por las cosas de Dios.

Con mucha facilidad creemos que somos testigos de Cristo. Pero en el plan de Dios un cristiano es testigo de Cristo cuando es bautizado en Espíritu Santo y fuego: "Seréis bautizados en Espíritu dentro de pocos días" (Hch 1, 5), con referencia directa al misterio de Pentecostés. Pero ¿cuál será el resultado de ser bautizados en Espíritu? Que recibirán el Espíritu Santo y "seréis mis testigos" (Hch 1, 8). La condición suprema de ser testigos de Cristo no es ciertamente nuestro criterio, sino recibir el Espíritu Santo en la gracia de Pentecostés que se repite sin cesar en la Iglesia hasta el fin de los tiempos. Todavía hay muchos que no han captado la riqueza tremenda de esta gracia pentecostal y siguen pensando que están tan entusiasmados por Cristo que no necesitan particularmente al Espíritu Santo. Pero están viviendo fuera del dogma principal de la Iglesia católica y fuera de los planes de Dios que bien claramente nos dice que "el que no tiene el Espíritu de Cristo no le pertenece" (Rm 8, 9).

En la Iglesia católica no puede darse ninguna formación profunda sin un conocimiento claro del *rol* que es atribuido a cada Persona de la Trinidad, por lo cual podemos conocer mejor los planes de Dios y obrar conforme a la voluntad del Padre, como del Hijo, por el Espíritu Santo. Si es un grave pecado separar lo que Dios ha unido ¿qué clase de pecado es separar a la mismísima Trinidad de Personas, eligiendo a nuestro antojo la que más nos interesa? Nada puede ser explicado en la Iglesia, en profundidad, si no es a través de las tres Personas divinas. Que no se meta entonces en nuestros estudios el olvido del Espíritu Santo, de la gracia de Pentecostés, del *rol* del Espíritu Santo en nuestra vida de fe, en nuestro crecimiento, en nuestra santificación, en la edificación de la Iglesia por los carismas del mismo Espíritu Santo y finalmente el olvido

de los carismas, de cuya ignorancia debemos salir, como se nos ha revelado (cf. 1 Co 12, 1). No en vano Juan Pablo II nos dice que "conviene escrutar las vías misteriosas del Espíritu y dejarse guiar por Él hasta la verdad completa" (RM, 87), aunque "sólo escuchemos su voz" y no sepamos de dónde viene ni adónde va, aunque sabemos que el objetivo final de su acción en nosotros es llevarnos precisamente a la verdad completa de todo cuanto nos ha sido revelado.

5. Temor al Espíritu de Dios

No podemos repetir, en la Iglesia, aquella frase llena de ignorancia de las Escrituras, de la Tradición y del Magisterio, cuando se pregunta: "¿No es más seguro dejarse guiar por el Magisterio que por el Espíritu Santo?" Con esta pregunta pretendemos adular al Magisterio, pero estamos ignorando que el mismo Magisterio nos está pidiendo que nos dejemos guiar por el Espíritu Santo, como lo hemos visto. Las Personas divinas, cualquiera de ellas, son más que cualquier otra cosa en la Iglesia y les debemos la misma adoración y gloria. Por esto mismo, Juan Pablo II no duda en decirnos que "nosotros, mucho más que los apóstoles, tenemos necesidad de ser transformados y guiados por el Espíritu Santo" (RM, 92). Es que sin Él, sin su guía, no hay transformación posible. Él lo hace a través de todos los dones que nos trae, como son son los dones, frutos y carismas que nos dan la semblanza de Cristo. Él mismo fue guiado por el Espíritu Santo y con la plenitud de los dones, frutos y carismas, como lo vemos en los Evangelios. Aquella falsa postura aduladora no se da sin graves consecuencias para la edificación de la Iglesia. Tan sólo al pensar que una sola palabra contra el Espíritu Santo no será perdonada en este mundo ni en el otro, cabe preguntarnos si acaso estos modos de pensar no sean palabras contra el Espíritu Santo. ¡Dios quiera que le demos al Espíritu Santo la misma importancia que Jesús le dio! Muchos todavía no se la damos. No nos hemos acercado a la fuente a beber gratis de sus aguas. Pero no pensemos ni por un instante que el Espíritu Santo está de más en la Iglesia. Sin Él, no hay Iglesia, ni podría edificarse como el Señor quiere. Sin Él, no hay santidad. Sin Él, no habría quién nos condujera a la verdad completa y nos enseñara todo. Sin Él, todo muere.

El Espíritu Santo es quien nos hace presente a Cristo otra vez, de un

modo más excelente aun que cuando los Apóstoles estaban frente a Él, porque "todavía no había Espíritu Santo". Lo hace a través de sus múltiples carismas que obran incluso en los sacramentos y fuera de ellos, diariamente, en todos los momentos de nuestra vida, cuando más lo necesitamos. No temamos, entonces, esta presencia real y amorosa del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en nuestra vida concreta. No temamos tener un encuentro personal con Cristo. No temamos escuchar la voz de Cristo a través de los carismas del Espíritu Santo. A la misma Sagrada Escritura no la podemos leer sin el Espíritu de la verdad que nos conduce a la verdad completa de lo que estamos leyendo. No temamos ver sus múltiples manifestaciones y, sobre todo, escuchar su voz profética que va abriéndonos caminos, aconsejándonos, alentándonos, ilustrándonos, mostrándonos el modo de hacerlo, advirtiéndonos de determinadas circunstancias, etc. ¡Para esto mismo nos hizo a su imagen y semejanza! ¡Para comunicarse íntimamente con nosotros! En este mundo, no sólo por los sacramentos sino también y, de otra manera, por los carismas del Espíritu Santo y, en el Cielo, cara a cara. Los carismas, a veces tan despreciados, son como el anticipo de la vida eterna, comenzando por aquel carisma que los santos Padres han llamado "el nosotros comunitario", en el que se vive en profundidad la íntima unión de los hijos de Dios que forman una comunidad, unidos por un mismo Espíritu, en la unión con Cristo, para la gloria del Padre de todos. ¡Perdona, oh Dios, todo lo que hemos dicho y hecho contra tu Espíritu Santo! "¿Adónde iré yo lejos de tu Espíritu?" (Sal 139, 7). Es la pregunta que todo católico debe hacerse para reparar todo lo que hemos hecho y dicho de Él y de sus dones.

6. Guardarnos de nuestras palabras ofensivas al Espíritu Santo

Toda vez que hablamos mal del Espíritu Santo, como lo hemos visto en el número anterior, ciertamente que andamos "sin el Espíritu", aunque tengamos todos los sacramentos encima. Se puede decir con toda certeza que hay muchos miembros de la Iglesia que aún no lo conocen. Ignoran la doctrina sobre Él. Carecen de su bendita experiencia y la de sus carismas que más íntimamente nos comunican con las cosas del Cielo. Nos falta aquel "lo conoceréis, porque habitará en vosotros para

siempre", pues, a pesar de haberlo recibido desde el bautismo, es como si no habitara en nosotros, por no habernos abierto aún al don que se nos ha dado en el bautismo sacramental.

Cuando en una parroquia, en una institución, en un movimiento, en una organización no se ven frutos, ni ánimo apostólico, ni ingenio para hacer apostolado ni valentía en dar testimonio ni se utilizan los carismas personales, son señales de estar sin el Espíritu Santo. Falta el Espíritu Santo y se nota. Falta el fuego del Espíritu Santo. Él es nada menos que Alma de la Iglesia, del Cuerpo Místico de Cristo. Por lo tanto, Alma de cada célula de ese mismo Cuerpo. Es Alma de la Cabeza, así como es Alma de cada célula que somos todos nosotros. ¡Bendito sea Dios que nos ha dado su Espíritu para hacernos posibles todas las cosas que se han revelado y cumplidas todas las promesas de Dios en nosotros y sobre todo el ser una sola cosa con Él!

De más está preguntarnos quién debe ser el Alma de una comunidad eclesial, de una Institución, de un movimiento cualquiera. Si Él no es el Alma ¡en vano estamos edificando la casa!

7. Un pueblo renovado alabará a Yahveh

Hay dos maneras de alabar a Dios: una es formal, como la lectura de una alabanza, el recitado de las horas canónicas, ya sea personal o comunitariamente. La segunda manera es la alabanza libre y alborozada, que brota espontáneamente del corazón de la persona que está fascinada con la realidad de Dios. La primera no era la más común, al inicio de la Iglesia. Ni siquiera existía el Breviario. Es de suponer que, tanto en privado como comunitariamente, se leyera algún salmo, pero la forma más común de alabar a Dios era desde el corazón de las personas. Eso lo notamos en los mismos escritos, cuando el mismo escritor sagrado se pone a alabar a Dios libremente. El mismo Salmista es un profeta como pocos que se dehace en alabanza a su Señor. Sería muy difícil pensar que el Salmista se copió de otras alabanzas escritas. Cuando uno descubre a Dios en su vida diaria y se convierte a Él, ve y experimenta todo el bien que Dios le ha hecho, le hace y le seguirá haciendo, irrumpe en gritos de alabanza. Es el efecto que ha producido la grandeza de Dios en el creyente, en aquel que tiene hambre y sed de Dios. San Pablo enseña en

sus comunidades que "canten y salmodien en su corazón al Señor, dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo" (Ef 5, 19-20). Este detalle, tan repetido en las cartas de Pablo, pasa desapercibido para muchos, tal como si esas palabras jamás hubieran sido escritas, y ello también es signo de no estar guiados por el Espíritu Santo. A los colosenses les dice: "Cantad agradecidos a Dios en vuestros corazones con salmos, himnos y cánticos inspirados" (Col 3, 16). A Timoteo: "Quiero que los hombres oren en todo lugar, elevando hacia el cielo unas manos piadosas (que en algunas parroquias lo prohiben), sin iras ni discusiones" (1 Tm 2, 8). Los judíos alababan a Dios con entusiasmo: "con la danza, con tamboril y cítara salmodien para Él" Sal 150, 3). A nosotros nos resulta una metáfora, porque no estamos acostumbrados a alabar a Dios comunitariamente, como lo pedía san Pablo a sus comunidades. Pero es una gracia nada despreciable reunirse los hermanos para alabar a Dios y darle gracias por sus misericordias. Hay una cita de los salmos que son una réplica de los grupos de oración que hoy brotan por todas partes del mundo en la Iglesia: "Reyes de la tierra y pueblos todos, príncipes y todos los jueces de la tierra, jóvenes y doncellas también, viejos junto con los niños, alaben el nombre de Yahveh" (Sal 148, 11-13).

Hoy, estos grupos de oración son reconocidos por el papa Juan Pablo II. En su encíclica sobre el Espíritu Santo, nos dice lo siguiente: "En estos años va aumentando el número de personas que, en movimientos o grupos cada vez más extendidos, dan la primacía a la oración y en ella buscan la renovación de la vida espiritual" (DV, 65). Éste es el hecho verificado por el Papa. ¿Qué se sigue de esto? "Éste es un síntoma significativo y consolador, ya que esta experiencia ha favorecido realmente la renovación de la oración entre los fieles que han sido ayudados a considerar mejor al Espíritu Santo, que suscita en los corazones un profundo anhelo de santidad" (DV, 65). Estos grupos comunitarios de oración carismática, en los que se reparten con tanta generosidad los carismas del Espíritu Santo y otras gracias nada despreciables, los vemos por todas partes, reuniendo a todo el pueblo de Dios: hombres, mujeres, profesionales, trabajadores, amas de casa, niños, ancianos, gobernantes y toda clase de personas, unidas por la acción inefable del Espíritu Santo, que nos hace presente a Cristo, en medio de la asamblea, con una fuerza poco común. El secreto de todo esto lo expresa el mismo papa Juan Pablo, cuando nos dice: "La oración por obra del Espíritu Santo llega a ser

la expresión cada vez más madura del hombre nuevo que, por medio de ella, participa de la naturaleza divina" (íd).

Los párrocos y los líderes de las instituciones y movimientos, así como los de las casas de religiosos, anhelan la unión plena de sus comunidades. Estos grupos bendecidos por el Papa y por lo que significa la oración carismática comunitaria en sí misma, son algo para tener en cuenta y llevar a cabo en las parroquias, en las casas de religiosos, en los movimientos e instituciones eclesiales. La comunidad en fe se realiza por obra y gracia del Espíritu Santo. No conviene perder tiempo en buscar otros métodos menos indicados y a veces tan ajenos al Evangelio, como sería pensar que un bingo o un "asado comunitario" tiene más poder de unión que el mismo Espíritu Santo. Los lugares donde se le da cabida a esta oración comunitaria espontánea, en la que se alaba a Dios, se enriquecen sobremanera. Esto lo expresa también el Papa, cuando dice claramente: "En virtud de estos carismas, la vida de la comunidad (ya sea la parroquia, una institución, un movimiento, una casa religiosa) está llena de riqueza espiritual y de servicios de todo género. Y la diversidad es necesaria para una riqueza espiritual más amplia: cada uno presta una contribución personal que los demás no ofrecen"... "En el único cuerpo que formamos, cada uno debe desempeñar su propio papel según el carisma recibido (a los cuales todos los católicos deben permanecer abiertos, para recibirlos en abundancia). Nadie puede pretender recibir todos los carismas ni debe envidiar los carismas de los demás. Hay que respetar y valorar el carisma de cada uno en orden al bien del cuerpo entero" (Iglesia: Comunidad de Carismas, Oss. Rom. 26-6-92). Se nos ha revelado que la Iglesia se edifica con los carismas de que habla el Papa. Por lo tanto, no es una actitud muy sabia pretender edificar nuestra Iglesia, nuestra comunidad, nuestra parroquia, nuestra institución, nuestro movimiento sin los carismas. Aquí es donde debemos ahondar un poco más, porque es la Revelación y la enseñanza del Magisterio las que nos están pidiendo estas cosas, señalándonos con gran claridad el camino para formar nuestras comunidades como Dios quiere y no como lo queremos nosotros. Si hacemos lo que Él nos dice, que es el consejo permanente de María, no dejaremos de ver pescas milagrosas ni dejaremos de edificar la Iglesia como quiere Dios.

¿Por qué el Salmista alaba tanto a Dios? Porque "mi alma es como una tierra que tiene sed de ti" (Sal 143, 6). Sin verdadera sed de Dios,

la alabanza no puede surgir espontánea. El Salmista eleva gozoso sus manos a Dios: "Valga ante ti mi oración como incienso, y el alzar de mis manos como oblación de la tarde" (Sal 141, 2). "Por las noches alzad las manos hacia el santuario y bendecid a Yahveh" (Sal 134, 2). El Salmista, que también es profeta, nos dice, inspirado por el mismo Espíritu Santo: "Se escribirá esto para la edad futura y un pueblo renovado alabará a Yahveh" (Sal 102, 19). La edad futura es la que estamos viviendo. Si alguien quiere ver los signos de los tiempos, profetizados en el Antiguo Testamento, podrá advertir que este signo se está dando en todo el mundo. Pero ¿por qué el Salmista dice que alabará a Dios un pueblo renovado? Es el pueblo total de la Iglesia de Dios, renovado constantemente por el Espíritu Santo, en rigor de verdad desde su bautismo sacramental, que es "de renovación en el Espíritu Santo" (Tt 3, 5), que no se estanca, sino que crece, porque ha entendido la Palabra de Dios que nos dice que "el hombre nuevo se renueva de día en día" (2 Co 4, 16). El "hombre viejo", el "hombre natural", se conforma con lo que tiene y se acomoda a sus propios juicios, de tal manera que se torna rígido y se hace incapaz de conocer las cosas que son de Dios, como está revelado. "Mas los justos se alegran y exultan ante la faz de Dios y saltan de alegría" (Sal 68, 4). El mismo Señor, por el Salmista, nos manda lo siguiente: "Haced que se oiga la voz de su alabanza" (Sal 66, 8), como ya se oye en muchos templos renovados por el Espíritu Santo, a pesar de la oposición a estas manifestaciones, sin tener en cuenta lo que recomienda el Concilio para las celebraciones litúrgicas, especialmente para la Eucaristía. El Concilio nos dice textualmente: "Se fomentarán las aclamaciones del pueblo, las respuestas, la salmodia, las antífonas, los cantos y también las acciones o gestos y posturas corporales" (SC, 30). Cuando comprendemos que el amor de Dios es mejor que la vida, como dice el salmo, entonces es cuando "nuestros labios glorifican al Señor libremente y así queremos bendecir a Dios en nuestra vida y levantar nuestras manos en su nombre" (cf. Sal 63, 4-5).

La alabanza es un tesoro de incalculable valor. La experiencia nos dicta que, después de una alabanza intensa al Señor, el Espíritu Santo derrama sus carismas en la comunidad eclesial que lo alaba, sin dejar de estar ausente la profecía, a la que debemos aspirar especialmente, porque es la que mejor nos manifiesta la voluntad de Dios para casos muy concretos que no pueden estar escritos en parte alguna.

Lamentablemente no siempre se comprende esta alabanza libre y alborozada, e incluso para algunos es motivo de escándalo y otros no la entienden, como pensar que el Espíritu Santo sea incapaz de poner en los labios de una persona, por más humilde que sea, textos bíblicos que ella ignora o armonizar en ella variados textos. No conocemos el poder del Espíritu Santo. Nos hemos acostumbrado a anunciar el Evangelio con solamente la palabra. Pero es lo que no debemos hacer: "Os fue predicado el evangelio no sólo con palabras sino también con poder (con el poder de Dios manifestado en los carismas del Espíritu Santo) y con el Espíritu Santo, con plena persuasión" (1 Tes 1, 5). Por esto que está revelado, Pablo VI nos dice que, gracias a los carismas del Espíritu Santo y al mandato de la Iglesia, somos verdaderos evangelizadores" (EN, 74). Pero seguimos predicando sólo con palabras, siendo así que "no está en la palabrería el Reino de Dios, sino en poder" (1 Co 4, 20).

Si tan sólo pensáramos en el *rol* del Espíritu Santo en nuestras vidas, dentro de la providencia de Dios, en la Iglesia y en cada uno de nuestros hermanos en la fe, entonces estallaríamos en un canto permanente de alabanza, que es el eco de aquella alabanza jubilosa, libre y espontánea del Antiguo Testamento y del Nuevo. En el Antiguo, por ver, con los ojos de la fe, lo que había de suceder y, en el Nuevo, por ver realizado lo que estaba profetizado en el Antiguo. Pero, si aquellos reaccionaron así tan sólo por lo que había de suceder y no lo vieron, por más que lo desearon ¡cuánto más nosotros debemos el sacrificio de esta alabanza, al que realizó esa proeza, Cristo Jesús, quien nos envió al Espíritu Santo, con quien recibimos la misma gloria de Dios!

No podemos ignorar, por tanto, el plan "maravilloso" de Dios. Tampoco convendría refugiarse en una solemnidad aparatosa, de la cual el mismo Señor se harta, pues "no tolera falsedad y solemnidad" (Is 1, 13). Tampoco debemos caer en lo que señala el profeta Joel: "¿No ha sido arrancada de la Casa de nuestro Dios la alegría y el júbilo?" (Jl 1, 16) Tenemos muchos problemas, a veces, para admitir la alegría. Pero ésta es un fruto del Espíritu Santo y, como tal, un don perfecto que procede de lo alto, sobre el cual sería temerario pronunciarnos en contra. ¿No podría llegar a ser una palabra contra el Espíritu Santo? Además, nos dice Jesús, que esta alegría "jamás nos será arrebatada". Las mismas bienaventuranzas que se hunden en el abismo del dolor humano, se constituyen en bienaventuranza porque el fin de ese dolor es la alegría. ¿Por qué

no exteriorizar y comunicar y compartir ese fuego del Espíritu Santo que arde en nuestros corazones y que Cristo mismo quiere verlo arder y no apagado ni cubierto por las cenizas de nuestra dureza de corazón? Un fuego que nos quema por dentro, que nos da el gusto y la inteligencia de las cosas de Dios, según Dios y no según los hombres ni la ciencia de los hombres.

La misma Escritura nos da una razón poderosa para alabar a Dios en todo momento: "Alabaréis el nombre de Yahveh vuestro Dios que hizo con vosotros maravillas" (Jl 2, 26). No lo haremos hasta que no veamos y experimentemos esas "maravillas" que Dios hace en nosotros. Debemos estar abiertos a la moción del Espíritu Santo que nos convoca a la oración, a la alabanza gozosa y a a la acción, sin separar lo que Dios ha unido. La contemplación en la acción es el carisma propio del laico y de muchos religiosos y sacerdotes.

Cuando nos ponemos a distancia de la oración, sin reconocer su valor y su fuerza, nos ponemos lejos de Dios y, si lejos de Dios, muy lejos de su Espíritu y, si andamos sin Espíritu, estamos lejos del Padre y del Hijo, aunque creamos lo contrario, y muy lejos de los carismas. Sin carismas, o anémicos de carismas, no podemos edificar la Iglesia, a pesar de todos nuestros esfuerzos, pues serán inútiles: "Si Yahveh no construye la casa, en vano se afanan los constructores" (Sal 127, 1). Si la comunidad eclesial no la hace el Espíritu Santo, en vano se afanan los párrocos, los líderes, los rectores y todos sus dirigentes. ¿Cómo se debe colaborar entonces? Haciendo lo que Dios nos está pidiendo por sí mismo y por medio de su Vicario en la Tierra, como lo estamos viendo en este trabajo, que sólo pretende repetir la doctrina del Padre.

Cuando el Señor nos dice que seamos fervientes y nos convirtamos, porque Él mismo está a la puerta y llama, nos promete que, si oímos su voz y le abrimos las puertas, Él mismo entrará en nuestra casa y cenará con nosotros y nosotros con Él (Ap 4, 19-20). Pero ¿cómo vamos a escuchar su voz, si comenzamos dudando de que la podamos escuchar? ¿Cómo la vamos a escuchar, si no estamos en oración? ¿Cómo vamos a abrirle la puerta, si no queremos estar a su escucha? No nos suceda, pues, que cuando venga el novio no tengamos nuestras lámparas cargadas de aceite. Lo más grave, entonces, de esta displicencia que nos puede traer tantos problemas, es que perdemos esta maravillosa cena con el Señor de la Vida, que no es otra cosa que la viva y santificadora co-

municación que quiere establecer Dios con nosotros. Él, en su plan, lo hace por el Espíritu Santo por los sacramentos y por sus preciosos carismas. No puede ser que mientras nosotros despreciamos la oración, con tanta ignorancia de las Escrituras y de la voluntad de Dios, el Señor la aprecie grandemente y hasta pone la alabanza en nuestra boca, por el Espíritu Santo que acude a nuestra torpeza para orar. Los cristianos debemos tener la mente de Cristo (cf. 1 Co 2, 16) y dejar de pensar contrariamente a como Él piensa.

8. El Espíritu Santo santificador de la Iglesia

Nos conviene tener el pleno convencimiento de que todo cuanto es referido a la Iglesia, también se refiere a nosotros. Cada uno de nosotros es Iglesia, en cuanto que es célula viva del Cuerpo de Cristo. La constitución dogmática sobre la Iglesia nos resume algo de lo que el Espíritu hace en ella: la santifica indefinidamente y ello significa también que es nuestro santificador (cf. LG, 4). Ello es porque "hemos sido elegidos, según el plan del Padre, con la acción santificadora del Espíritu, para obedecer a Jescuristo y ser rociados de su sangre" (1 P 1, 2). La obediencia total a Cristo nos habla bien a las claras de si somos o no somos guiados por el Espíritu Santo: se trata, nada menos, que de un discernimiento revelado por Dios mismo y que bien haremos en tener en cuenta. Además son dos funciones fundamentales para nuestra vida de fe: santificamos por el Espíritu Santo, en obediencia a Cristo, a su Evangelio, a su Palabra revelada, a sus mandatos, a sus consejos. El mismo Evangelio es predicado "en el Espíritu Santo, enviado desde el cielo; mensaje que los ángeles ansían contemplar" (1 P 1, 12). ¿Qué contemplación nos debe llenar más de asombro, si no es esta misma contemplación de los ángeles? En efecto, la contemplación de los ángeles se refiere a la evangelización "con el poder del Espíritu Santo" (Rm 15, 19). El mismo Espíritu nos lleva a la contemplación de los ángeles, cuando vivimos en la obediencia a Cristo.

9. El Espíritu provoca en nosotros un cambio profundo de vida

¿Quién no desea cambios profundos y fundamentales de vida? Estamos hablando de la vida de fe, del acercamiento personal a Dios, de hacerlo la máxima realidad de nuestras vidas, de poder llegar a la contemplación, de santificarnos de verdad. Pues bien, Juan Pablo II nos dice: "Los apóstoles viven una profunda experiencia que los transforma: Pentecostés" (RM, 24). Cuando estamos lagrimeando por no poder trasformar la parroquia o la institución, o la comunidad, o al movimiento, es porque hemos olvidado por completo el poder transformador del Espíritu Santo. Entonces es cuando comenzamos a querer transformar todo por nuestros propios medios y según nuestras capacidades, pero nos equivocamos. Dios mismo, en su plan maravilloso, lo hace siempre por el Espíritu Santo. El Señor se ha encargado de hablarnos de este profundo poder de trasformación del Espíritu Santo, a través de la profecía de Ezequiel sobre los huesos secos. Ella refleja de una manera dramática este poder de trasformación, de tal manera que no podemos tener duda alguna de hasta qué punto el Espíritu Santo nos cambia. "¿Podrán vivir estos huesos?", le pregunta Yahveh a Ezequiel. Nosotros, tal vez, hubiéramos respondido: "Señor ¿a quién se le ocurre tal cosa?" Pero el profeta, que conocía algo de Yahveh, su Dios, le responde sabiamente: "Señor, tú lo sabrás." Es que para Dios nada hay imposible. Es una verdad que tiene que entrar en nuestro corazón. Lo importante de esta profecía alegórica de Ezequiel es cómo son trasformados esos huesos y cómo recuperan la vida. Ello solamente es posible cuando "el Espíritu de los cuatro vientos" (el Espíritu Santo) sopla sobre ellos. El otro detalle importante de este texto es que Yahveh manda al profeta que él mismo pida, en el nombre de Yahveh, que el Espíritu sople sobre ellos. ¡Dios quiere resucitar a los muertos de siempre por medio de los hombres, sus profetas! Y en este precioso sentido es que Jesús nos manda a todos los cristianos que resucitemos a los muertos de siempre, haciendo que sobre ellos sople el Espíritu Santo. Y es tan grande y tan cierto este portento maravilloso, que a veces el mismo Dios, para mostrar a los hombres que nada es imposible para Él, resucita a un muerto físicamente, como lo han hecho Jesús, san Pedro, san Pablo, y como lo han hecho algunos santos canonizados y otros que no han sido canonizados. La conversión del ser humano responde a esta realidad de los huesos secos, mucho más asombrosa que la resurrección de una persona físicamente muerta.

Estas cosas las podemos verificar fácilmente en los retiros tipo cenáculo; en la evangelización, cuando se hace con el poder del Espíritu Santo; cuando pedimos con la misma fe de Ezequiel que sople el Espíritu de los cuatro vientos sobre los huesos secos. Así ha obrado el Espíritu Santo sobre cada uno de nosotros, desde que recibimos el sacramento del bautismo, y lo hace cuantas veces morimos y volvemos a resucitar en el sacramento de la reconciliación.

En estas experiencias podemos verificar hasta qué punto el Espíritu Santo es Espíritu vivificante. Ésta es una de las atribuciones más íntimas que se le ha dado al Espíritu Santo, en el plan de Dios.

El mismo Ezequiel nos profetiza también que Dios, en su plan, "nos dará un solo corazón", es decir, no un corazón dividido y diversificado en tantos tesoros que queremos conservar a toda costa, como lo tenemos. El pondrá en ellos un "Espíritu nuevo". Más aún: "Quitará de vuestra carne el corazón de piedra y os dará un corazón de carne", o sea, nos arrancará el corazón que, por ser tan doble, se hace de piedra y nos dará un corazón, como lo pensó Dios desde un principio: de carne, *como el de su Hijo Jesucristo. ¿Cuál es la finalidad de esta obra maravillo*sa de Dios en nuestra intimidad? Lo que nosotros somos incapaces de hacer, como incapaces son los huesos secos de darse vida a sí mismos: "Para que caminemos según sus preceptos, observemos sus normas y las pongamos en práctica y así seamos un pueblo y Él nuestro Dios" (cf. Ez 11, 19-20).

Este mismo Espíritu que se nos da, "ha sido derramado en toda carne", desde el momento en que Jesucristo ha sido glorificado por el Padre, después de su muerte, Resurrección y Ascención a los Cielos (cf. Hch 2, 33) y que es la promesa "para vosotros, para vuestros hijos, para los que están lejos, para cuantos llamare el Señor Dios nuestro" (Hch 2, 39). El profeta Joel añade a esto algo que hoy, a fines del siglo XX, lo estamos verificando con gozo: "Vuestros hijos e hijas profetizarán. Vuestros ancianos soñarán sueños y vuestros jóvenes verán visiones" (Jl 3, 1-2). Todos estos son algunos de los carismas del Espíritu Santo. ¡Por favor, no los confundamos torpemente con "simbolismos" a los que quiere reducirlos siempre nuestro intelecto! No tenemos, pues, que escandalizarnos cuando estas profecías se están cumpliendo ni creer que "no es nuestro", pues está revelado por Dios, está profetizado y las profecías son para que se cumplan y la Palabra de Dios revelada, para ser creída

y no criticada. Hacemos muy mal, entonces, cuando se acerca un fiel y nos dice que tiene el carisma de profecía y lo rechazamos como abeja de otra colmena, sin hacer el menor discernimiento de los carismas ni tener en cuenta estas mismas cosas que no son ocurrencias de un trasnochado sino Palabra de Dios. Éste es el mismo Espíritu Santo que recibimos en la fuerte experiencia de Pentecostés, para ser sus testigos y revitalizar el sacramento del bautismo y la confirmación, no con nuestra actitud personal únicamente sino, principalmente, por la fuerza del Espíritu, "la Fuerza que viene de lo alto", como definió Jesús al Espíritu Santo, la Fuerza perfecta, que ninguno de nosotros tenemos, pues todo lo que es fuerza en nosotros es limitado, débil, quebrantado por el pecado original. Si pretendiéramos basarnos en nuestras propias fuerzas estaríamos cayendo en el pelagianismo más torpe y, sin duda alguna, estaríamos viviendo una doble vida en continua contradicción con lo que profesamos y creemos. Es que encarnar en nosotros el Evangelio mismo es obra del Espíritu Santo en nosotros y no nuestra obra.

Dios llama a todos los cristianos, a todos los hombres y mujeres de este mundo y lo que debemos hacer es escuchar su voz.

10. El Espíritu Santo es fuente de vida eterna

El Espíritu de Dios es aquel "río de agua viva", profetizado, que correrá del seno de aquél que crea a Jesús. ¿Creemos a Jesús? Si verdaderamente le creemos, ¿cómo es posible que algunos todavía no sientan correr por sus venas estas aguas vivas del Espíritu Santo, como un río, como un torrente, como una fuente surgente?

A la samaritana le explicará que "el que beba agua siempre tendrá sed", y ello era muy bien entendido en el desierto. Jesús está hablando del agua que, si se bebe, sigue produciendo una indigencia, una necesidad de beber más y estar pendiente de ella. "Pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás", nos aclara Jesús por medio de las palabras dirigidas a la samaritana; porque el agua que Él nos da se convierte en nosotros en fuente de agua que brota para vida eterna (cf. Jn 4, 13-14). ¡Qué preciosa imagen esta de la fuente de agua instalada en cada uno de nosotros: "El morará en vosotros para siempre", nos ha dicho del Espíritu Santo, y Él mismo se constituye en esta fuente. De este modo, toda indigencia del alma y del cuerpo se colma con esta fuen-

te viva del Espíritu Santo. Es el tesoro que el Padre y el Hijo nos han regalado. Debemos saber descubrir esta fuente en nosotros mismos. El mundo de los equívocos y engaños ofrece poderes extraordinarios que son como luces de bengala, que hechizan a muchos y matan a todos los que van por estos caminos que no son los de Dios. Dios, en cambio, nos revela que nos da un poder que no tiene nada que ver con los poderes engañosos del enemigo. Ciertamente, el que conoce este poder del Espíritu Santo no se deja embaucar por ningún otro poder, así le prometan ser un superhombre, un adivino, un vidente del futuro, un obrador de prodigios, fuera del poder de Dios; así le prometan falsos poderes mentales que, si se hacen realidad, es para daño de las personas y jamás para bien alguno. Con este poder tenemos "poder sobre todo otro poder del enemigo" (Lc 10, 19) y además, "nada nos podrá hacer daño" (íd). ¡Cuántos católicos han caído en las redes de otros poderes deleznables por no conocer a tiempo el poder que Dios nos ha dado en el Espíritu Santo!

El Espíritu Santo es con todas las letras "Señor y dador de vida". Así lo profesamos todos los católicos en el credo. Es "Señor", porque es la tercera Persona divina, a quien le debemos junto al Padre y al Hijo "una misma adoración y gloria" (credo), y dador de vida, porque es Él, en el maravilloso plan de Dios, el que nos da el conocimiento del Padre y del Hijo, en lo cual precisamente, como Dios nos lo ha revelado, consiste la vida eterna (cf. Jn 17, 7). San Pablo nos explica admirablemente cómo el Espíritu Santo "sondea las profundidades de Dios" y "las revela a nosotros" (cf. 1 Co 2, 10). Es precisamente lo que debemos anunciar: la experiencia maravillosa de lo que "ni ojo vio ni oído oyó ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios tiene reservado para los que le aman" (1 Co 2, 9), y es la razón por la cual debemos hablar a los hombres "con palabras aprendidas del Espíritu Santo" (1 Co 2, 13), pues "no se nos dio el espíritu del mundo (para cometer esas torpezas de que hemos hablado) sino el Espíritu que es de Dios para conocer todas las gracias que Dios nos ha otorgado" (1 Co 2, 12).

Vayamos tomando nota de en cuántas cosas nos instruye el Espíritu Santo y todas las riquezas que perdemos o hacemos a un lado cuando no nos interesamos por Él. Realmente el Espíritu Santo es la Persona a la que se atribuye el *rol* de darnos la verdadera vida eterna, del mismo modo como hemos nacido de Él: un nacimiento que no podemos ignorar porque es la maravilla del hueso seco que, sin chance de vida alguna, la recobra abundante, por el poder del Espíritu Santo, un poder que ningún mago posee.

11. "Guía a la Iglesia a toda la verdad"

Si el Espíritu Santo, como nos dice el Concilio Vaticano II, "guía a la Iglesia a toda la verdad" (LG, 4) de aquí se sigue que no la guía otra persona que no sea el Espíritu Santo, salvo el Vicario de Cristo, que también es guiado, a su vez, por el mismo Espíritu. Por lo tanto, es el mismo Espíritu que guía a todo cristiano: "La unción que de Él habéis recibido permanece en vosotros y no necesitáis que nadie os enseñe". En la Biblia de Jerusalén hallamos una explicación exacta: "Los cristianos son instruidos por los apóstoles, pero la predicación externa sólo penetra en las almas por la gracia del Espíritu Santo" (Com. 1 Jn 2, 27). A esto precisamente se refiere aquel "no necesitan que nadie les enseñe", de san Juan. Además, los Apóstoles deben ser los "ministros de la Nueva Alianza". ¿Quiénes son estos ministros? Los que "no son de la letra, sino del Espíritu". Pues la letra mata, mas el Espíritu vivifica" (2 Co 3, 6). De este modo, se resume toda la Tradición, porque efectivamente todos tenemos acceso al Padre, por medio de Cristo, en un mismo Espíritu. Así comprendemos la acción inefable de las tres Personas divinas en nuestra intimidad. El Espíritu guía a la Iglesia a toda la verdad. ¿Cómo podemos pensar entonces que no sea seguro dejarse guiar por el Espíritu Santo? Él nos lleva nada menos que a la verdad completa, a través de la oración, la contemplación y los carismas, que no son dones para privilegiados de la Iglesia sino para todo el Pueblo de Dios. Nadie nos puede llevar a la verdad, si no es el Espíritu Santo.

También "la unifica en comunión y ministerio", porque es Espíritu de unión. La unión jamás la vamos a lograr en una comunidad eclesial, si no es por el Espíritu Santo. Pero debe quedarnos bien claro que la unión está en el amor y la diversidad de los ministerios, en los carismas. De ninguna manera "la unificación en ministerio" significa que todos tengamos el mismo ministerio, o que tengamos que marchar todos por un mismo lugar, sino que la fuente de los carismas que provocan la diversidad de ministerios "de toda clase", como nos dice el papa Juan Pablo II, es el mismo y único Espíritu Santo.

"La provee con diversos dones jerárquicos y carismáticos." La mis-

ma jerarquía es un don carismático y corren para ella el mismo discernimiento que para los carismas en general. Además, el gobierno de la Iglesia depende, en el plan de Dios, de estos carismas jerárquicos, pero también de los que podríamos llamar "carismas pastorales" que están en relación directa con la evangelización, en su sentido más amplio. La jerarquía edifica la Iglesia, pero los otros dones carismáticos, en el plan de Dios, también edifican a la Iglesia, aunque sea de otra manera. Se trata del cimiento apostólico y profético de la Iglesia (cf. Ef 2, 20). Todos estos carismas y cimientos, unidos y no separados, edifican la Iglesia, en el plan de Dios. Cuando los separamos, nos desviamos del plan de Dios.

"La embellece con sus frutos." Se trata de aquellos preciosos frutos del Espíritu Santo (cf. Ga 5, 22-23), por los cuales seremos reconocidos como cristianos, según el discernimiento que nos ha dado Jesús.

"Con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia." Por ello mismo, la Iglesia no puede ser, en momento alguno, un fósil ni agua estancada y, mucho menos, árbol marchito. El que no se renueva en el Espíritu Santo, según el plan de Dios, según nuestro bautismo sacramental, según el pedido de la Iglesia a todos los católicos sin excepción y en todos los niveles, permanece estancado y sus aguas corren el riesgo de pudrirse y pudrir a los demás. Por eso dice el Concilio que el Espíritu Santo "la renueva incesantemente". Pensar que ya no necesitamos renovación alguna, porque hemos completado nuestro crecimiento ante Dios, es sencillamente ir contra los planes de Dios y ponerle límites a la inmensa realidad de Dios; por eso el crecimiento de cada uno de nosotros en la Iglesia es constante: "El hombre nuevo se renueva de día en día" (2 Co 4, 16). La renovación en el Espíritu Santo, entonces, es tarea de toda la Iglesia y no solamente de un grupo o un movimiento o una institución. Cuando decimos que es tarea de toda la Iglesia, estamos diciendo que es tarea de la diócesis, de la parroquia, de cada una de las instituciones, movimientos y grupos que hay en ella. La razón de ello es que la renovación que provoca el Espíritu Santo en los espíritus, desde el bautismo sacramental, pertenece a la esencia del plan de Dios, que se realiza a través de las tres Personas divinas. Es patrimonio de la Iglesia única de Cristo.

"Y la conduce a la unión consumada con su Esposo." La misión del Espíritu Santo es ésta: hacernos penetrar no sólo en el corazón de Cristo, sino también en el del Padre, vivirlos como presentes y operantes en

nuestras almas, con toda la realidad y el poder de sus presencias tan enriquecedoras. Por eso, el Espíritu y la Esposa, que es la Iglesia, o sea, cada uno de nosotros, con el Espíritu Santo, según el plan del Padre, nos hacen decir: "¡Ven!" El mismo que nos hace decir: "¡Jesús es el Señor!" y sin el cual no lo podríamos decir con toda la vitalidad espiritual que ello significa.

Ya la Tradición nos señala cómo la Iglesia es el pueblo de Dios reunido en virtud de la unión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (san Cipriano). Ello nos dice también que nada puede ser entendido a fondo en la Iglesia, y menos aún vivido, si no es a través de las tres Personas divinas (cf. LG, 4).

12. El Espíritu produce en nosotros una renovación constante

Lo hace, si nosotros no ponemos obstáculos, pues ellos impiden la obra de Dios en nosotros, así como impiden también que podamos vivir el efecto profundo de los sacramentos. Pero cuando se da la disponibilidad necesaria en cada uno de nosotros, la renovación en el Espíritu Santo nos lleva a la renovación plena, a los objetivos fundamentales del plan de Dios, a la renovación incesante en Cristo Jesús, pues renovarnos es tratar de llegar muy en serio "a la altura de Cristo". Y ésta es la obra del Espíritu Santo: "parecernos a esa imagen, cada día más gloriosos, pues es así como obra Dios que es Espíritu" (2 Co 3, 18).

El Espíritu, "siendo uno solo en la Cabeza y en los miembros, de tal modo unifica todo el Cuerpo, lo une y lo mueve, que su oficio pudo ser comparado por los santos Padres con la función que ejerce el principio de vida o el alma en el cuerpo humano" (LG, 7). La Iglesia, cada uno de nosotros, "bajo la acción del Espíritu Santo, no cesa de renovarse, hasta que por la cruz llegue a aquella luz que no conoce ocaso" (LG, 9).

13. El valor trascendental de los carismas del Espíritu Santo

El objetivo de la manifestación del Espíritu en cada uno de nosotros es la común utilidad, el bien común (cf. 1Co 12, 7). A ello concurren di-

rectamente todos los carismas del Espíritu Santo. Nos dice el mismo Concilio que ellos "nos hacen aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia" (LG, 12). Se trata de los carismas sin confundirlos con los dones naturales que estrictamente hablando no son carismas sino que pueden estar sazonados y elevados por ellos. Bien claramente nos dice Juan Pablo II que "la misión no depende de las capacidades humanas sino del poder del Resucitado" (RM, 23), y podemos añadir, sin duda alguna, "del poder del Espíritu Santo" (Rm 15, 19). Tampoco se trata de uno que otro carisma; no solamente los carismas que confundimos con aquellas disposiciones naturales con que Dios mismo nos ha dotado desde que nacimos de la carne y de la sangre, sino de aquellos múltiples carismas que son dones perfectos que proceden del Espíritu Santo con los cuales se dota a los que son nacidos del Espíritu. ¿No es del interés de todo cristiano edificar la Iglesia como Dios quiere? Cuantas veces lo intentamos por cuenta propia, sin tener en cuenta esta revelación de Dios, nos ponemos muy torpemente fuera del plan de Dios, en algo que es de trascendental importancia para la vida y el crecimiento constante de las comunidades eclesiales y de la Iglesia. No podemos hacerlo de otro modo. Estaríamos amputando el plan de Dios y desobedeciendo sus mandatos. De este modo nos transformamos en hijos rebeldes, "por trazar planes propios", "por ir en pos de nuestros pensamientos, sin tener en cuenta los de Dios" (cf. Is 30, 1 y 65, 2). Por eso, toda clase de carismas, aun pensando en esa división que hemos inventado nosotros de "ordinarios y extraordinarios", todos ellos, "deben ser recibidos con gratitud y consuelo, porque son muy adecuados y útiles a las necesidades de la Iglesia" (íd.). Podríamos decir sin temor a equivocarnos, pues nos estamos basando en la misma Palabra de Dios, que son necesarios absolutamente para la edificación de la Iglesia. Al pertenecer al plan de Dios, suficientemente revelado, sería una gran torpeza y un riesgo muy grave, si se nos ocurriera considerarlos como "opcionales". Recibirlos "con gratitud y consuelo" no significa recibirlos con cierto desprecio y cierta desgana, como a veces se da a entender por las actitudes que asumen algunos miembros de la Iglesia frente al tema de los carismas.

El Espíritu Santo no ha querido que en el Concilio se definiera cuáles eran los carismas "ordinarios" y cuáles los "extraordinarios", pues todos los carismas son ordinarios, comunes y se dan profusamente, cuando no ponemos obstáculos a la gracia del Espíritu Santo. Y si queremos

llamar "extraordinarios" a los que se dan con poca frecuencia, podemos decir que el carisma de profecía, que muchos consideran como "extraordinario", en este sentido, es o debería ser el más común de los carismas, pues todos somos profetas y los profetas profetizan: "Vuestros hijos y vuestras hijas (que somos todos nosotros) profetizarán" (Jl 3, 1). Las profecías son para que se cumplan y no meras frases retóricas.

El olvido del Espíritu Santo y de sus carismas nos ha llevado a un escaso conocimiento de la acción del Espíritu Santo y de sus carismas en la Iglesia. La profecía constituye nada menos que el cimiento profético de ella, junto con el apostólico, inseparablemente unidos, pues ambos se necesitan mutuamente. Entonces, ¿cómo podría ser "extraordinario" algo que es "ordinario" en la vida de la Iglesia, pues constituye uno de sus cimientos fundamentales, junto con el cimiento apostólico? ¿Llamaríamos a este cimiento apostólico, que es la propia jerarquía, un carisma extraordinario? Entonces, tampoco es "extraordinario" el cimiento profético. Cuando pensamos en la profecía en términos muy nuestros, pero no en los de Dios, es cuando la creemos "poco frecuente" o "rara" y, en este mismo sentido, decimos que es "extraordinaria". La Escritura nos dice que debemos aspirar a todos los carismas (sin excepción), pero a este carisma profético "especialmente" (1 Co 14, 1) y, además, no quiere el Señor que permanezcamos en la ignorancia de ellos (cf. 1 Co 12, 1).

En cierto sentido, también podemos decir que aun los que nosotros consideramos como los más pequeños carismas son realmente "extraordinarios" en el sentido que son dones perfectos que proceden de lo alto. Además es el modo concreto, en el plan de Dios, para comunicarse las tres Personas divinas con su criatura, en este mundo. Luego, veremos cara a cara y no necesitaremos más de ellos. Pero los carismas son como la fe: a su modo, que es el modo de Dios, nos permiten "ver" y "oír" y hasta "palpar" a Dios en este mundo. Los carismas nos hacen contemplativos de las cosas de Dios.

"Los dones extraordinarios (que no sabemos cuáles son, pues el Concilio no los define) no deben pedirse temerariamente." ¿Cuándo se piden temerariamente? Cuando no se tiene en cuenta su objetivo que es "edificar la Iglesia" o cuando se los usa separados de los dones y los frutos del Espíritu Santo, pues el mismo Cristo los condena, cuando se dan de esta manera (ver Mt 7, 22-23). Pero ¿puede pedirse algo "temerariamente" en la Iglesia? No. ¡Nada puede ser pedido de esta manera!

También nos dice que "no hay que esperar de ellos con presunción los frutos del trabajo apostólico". ¿Qué significa "esperar con presunción los frutos del trabajo apostólico"? Ciertamente que Pablo VI no esperaba con presunción el fruto del trabajo apostólico de los mismos carismas, cuando le dice a toda la Iglesia: "Gracias a los carismas del Espíritu Santo y al mandato de la Iglesia, sois verdaderos evangelizadores" (EN, 74). No obstante, ello sucede cuando separamos los dones y los frutos de los carismas. Cuando utilizamos los carismas para nuestros intereses bastardos. Por eso también sería presunción, y ciertamente mucho más grave, esperar el fruto apostólico de nuestras propias capacidades humanas (cf. RM, 23) o tan sólo por la palabra, sin tener en cuenta el poder que el Espíritu Santo nos da a través de sus carismas. Pero ello es así, porque *no se han de esperar con presunción frutos apostólicos en la Iglesia, ni* aun de los dones más elevados ni de los más pequeños ni de ninguna otra cosa que sea y por más santa que sea. En realidad, nada debe ser hecho en la Iglesia con presunción, ni aun las cosas más santas.

Los carismas, lo acaba de decir el mismo Concilio, "nos hacen aptos y prontos... para la mayor renovación y edificación de la Iglesia" (LG, 12). Tanto es así que, sin ellos, no somos siquiera evangelizadores, como nos lo dio a entender Pablo VI (cf. EN, 74).

Debemos tener mucho cuidado en la Iglesia, cuando hablamos de los carismas del Espíritu Santo, porque pueden transformarse en palabras que se dicen contra Él. La vergüenza, el respeto humano, el escándalo por los carismas, no sólo son grave presunción sino que pueden llegar a ser el peor de los pecados, pues son los que más se acercan al que no se perdona en este mundo ni en el otro (cf. Mt 12, 32), y es tan grave, como el abuso de los carismas, en las circunstancias que hemos señalado, pues es otro modo de ofender al Espíritu Santo. Estos dones espirituales se entienden en plenitud, cuando van acompañados inseparablemente de los siete dones y los frutos del Espíritu Santo.

Como vemos, necesitamos imperiosamente el carisma de discernimiento también como carisma del Espíritu Santo, para no perdernos en este trabajo de separar lo verdadero de lo falso; lo aparente de lo real, lo que *es de Dios y lo que no es de Dios.*

Ante la realidad revelada de los carismas, nos deberíamos preguntar en la Iglesia: ¿Cuál es el lugar que ocupan los carismas en el plan de Dios y en la Iglesia?

Interesante pregunta que nos acercará mucho más a valorar estos dones que han sido olvidados y hasta despreciados por ignorancia de las Escrituras y del Magisterio.

Lo sustancial de los carismas es que ellos están ordenados en el plan de Dios "para edificar la Iglesia". Este "edificar la Iglesia" que resulta ser el bien común por excelencia, significa hacerla, construirla, santificarla, enriquecerla, hacerla viva y eficaz, espiritualmente poderosa, como para estar por encima de todo poder del Enemigo; ser trasmisora de vida, capaz de transformar por completo la vida de cualquier ser humano; hacerla una, santa, católica, apostólica, profética, pentecostal y mariana, con la fuerza transformadora de Pentecostés, con la vivencia plena de los sacramentos, de la Liturgia, de las Escrituras, de la oración, de la contemplación, etc. Como vemos, los carismas invaden toda la actividad eclesial, como la sal que le da sabor a las cosas. Los carismas no sólo están "más allá de los sacramentos y los ministerios", como nos enseña el Concilio (LG, 1), como nos enseña Juan Pablo II ("Iglesia, comunidad de carismas", *Oss. Rom.* 26-6-92) sino que dan sabor a todos los elementos materiales, cultuales y rituales que configuran la Iglesia y sin los cuales éstos carecerían de sentido o, por lo menos, no alcanzarían la plena vivencia que Dios quiere. Los carismas nos muestran, nos hacen "ver", "oír" y hasta palpar la realidad suprema de las Personas divinas y de las cosas del Reino de Dios. Nos dan aquel gusto por las cosas de Dios que los apóstoles no tenían porque "aún no había Espíritu Santo". Es "lo que nos hace saborear el plan divino". Si todo lo que hay en la Iglesia, incluida la jerarquía, los sacramentos, la vida litúrgica, la oración, etc., no nos llevan a la presencia y vivencia de las Personas divinas es el signo evidente que no estamos viviendo como deberíamos vivir el sapientísimo y maravilloso plan de Dios y nos faltaría llegar a ese "gran acierto" que es consecuencia de vivir plenamente los planes de Dios (cf. Is 28, 29). ¡Para todo esto son los carismas, cuando van unidos a los siete dones y a los frutos del Espíritu Santo! La vida plena de la Iglesia que se da por el Espíritu Santo, "Señor y dador de vida", llega a ella concretamente a través de los carismas que el mismo Espíritu reparte como quiere, precisamente "para edificar la Iglesia".

14. El Espíritu nos hace vivir la intensidad de la Palabra divina

El Concilio nos exhorta "a la purificación y a la renovación, a fin de que la señal de Cristo resplandezca con más claridad sobre la faz de la Iglesia" (LG, 15). ¿Cómo se hace esta renovación? El mismo Concilio lo explica: "El Espíritu Santo, por quien la voz viva del evangelio resuena en la Iglesia y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo" (Dei V, 8). ¿Conocemos en la práctica la intensidad con que el Espíritu Santo hace que more en nosotros "intensamente" la palabra viva de Cristo? Esta verdad tratada por el Concilio nos dice bien a las claras cómo debemos conocer la palabra de Cristo y toda otra palabra de Dios que nos ha sido revelada. Cuando el Espíritu Santo mora en nosotros, "reposa" sobre nosotros (cf. 1 P 4, 14) y dejamos que nos guíe bajo su unción. Él mismo nos despierta el gusto por la lectura asidua de las Escrituras. Para muchos, esta experiencia ha sido fundamental, porque los ha llevado a cambiar sus vidas y a dejar entrar la Palabra de vida en sus corazones. La misma Palabra de Dios los va transformando y renovando de día en día. Cuando todos los miembros de una comunidad eclesial hacen lo mismo, movidos por el mismo Espíritu Santo, la comunidad se enriquece también y se renueva día a día. Es el modo práctico como el Espíritu Santo hace la unidad en la verdad. Así nos habla el Concilio: "El Santo Sínodo recomienda insistentemente a todos los fieles... la lectura asidua de la Escritura, para que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo (Flp 3, 8) pues (como dice san Jerónimo) 'desconocer la Escritura es desconocer a Cristo'" (Dei V, 25). No sólo a Cristo, sino también al Padre, al Espíritu Santo, a cuanto el Señor nos ha querido conceder. Pero advirtamos con suficiente claridad que para adquirir la ciencia suprema de Cristo necesitamos ser guiados en todo por el Espíritu Santo. También ignorar las Escrituras es desconocer los planes de Dios y no estar bebiendo gratis de las aguas de vida. Salvo los que no pueden o no saben leer están excusados, pero no deja de ser una omisión importante y de consecuencias prácticas negativas no interesarse por la lectura de las Escrituras, pues prácticamente es lo que Dios ha permitido que se escribiera para cada uno de nosotros, tal como si cada uno fuera el único destinatario. En este mismo párrafo del Concilio, se nos dice: "Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración, para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues (como dice san Ambrosio) 'a Dios hablamos, cuando oramos y, a Dios escuchamos, cuando leemos sus palabras'" (Dei V, 25). Tampoco debemos simplificar este hecho maravilloso del diálogo con Dios. Haríamos mal en quedarnos con la apreciación de san Ambrosio, excluyendo cualquier otro tipo de diálogo. Por supuesto que es verdad que a Dios hablamos cuando oramos. Pero, cuando oramos, no podemos olvidar que también podemos escuchar la Palabra de Dios, a través de los carismas del Espíritu Santo, que casi siempre olvidamos. Y este hecho es de suma importancia, porque mediante la escucha atenta de la Palabra viva de Dios, mediante los carismas, somos profetas y, al ser profetas, formamos parte del cimiento mismo de la Iglesia, junto con el cimiento de los Apóstoles. Además, es la manera práctica de cómo logramos la experiencia de esta intensidad de la Palabra viva de Dios. De otra manera, no dejaría de ser una afirmación meramente abstracta.

Es verdad también que a Dios "escuchamos", cuando leemos su Palabra. Pero esta lectura no basta por sí sola, como está revelado, pues "la letra mata, mas el Espíritu da la vida" (2 Co 3, 6). Por eso mismo se nos revela que no somos "ministros de la letra, sino del Espíritu" (íd.). Por lo tanto, en la práctica de nuestra vida de fe, al leer las Escrituras, necesitamos el auxilio inefable del Espíritu Santo, pues Él, en el plan de Dios, que todos los cristianos debemos respetar, "nos conduce a la verdad completa" y "nos lo enseña todo". Entonces sí se puede cumplir plenamente lo que nos dice el Concilio: "Que de este modo, por la lectura y el estudio de los Libros Sagrados, se difunda y brille la Palabra de Dios; que el tesoro de la revelación, encomendado a la Iglesia, vaya llenando el corazón de los fieles" (Dei V, 26). Es una pena que no se haga una mención explícita del Espíritu Santo en este párrafo con respecto a su íntima y profunda relación con la inteligencia de la Sagrada Escritura, pues sin Él, la Biblia no deja de ser "letra que mata", como está revelado, y que a tantos ha matado y dividido, por no tener en cuenta al Espíritu Santo. Para vivir de fe debemos ser lógicos con la misma fe que profesamos.

15. El "Gran Desconocido" y las consecuencias de este olvido

El mismo Concilio Vaticano II es quien nos ha hablado de este olvido totalmente injustificado: "Aunque la Iglesia, en virtud del Espíritu Santo, se ha mantenido como esposa fiel de su Señor y nunca ha cesado de ser signo de salvación en el mundo, sabe, sin embargo, muy bien que no siempre, a lo largo de su prolongada historia, fueron todos sus miembros, clérigos o laicos, fieles al Espíritu de Dios" (GS, 43). En realidad nos hemos atrevido a llamarlo el "Gran Desconocido". Aquí tenemos una "palabra contra el Espíritu Santo"; una falta de respeto inadmisible contra la tercera Persona de la Santísima Trinidad, de quien profesamos en el Credo que "le debemos una misma adoración y gloria que al Padre y al Hijo". Seamos, entonces, lógicos con nuestra fe, porque lo que decimos en el credo lo desvirtuamos en los hechos. Cuando lo tratamos de "Gran Desconocido" es porque no hemos creído a Jesús que nos ha afirmado solemnemente que "a Él lo conoceréis" y nos ha dicho el porqué: "Porque habitará con vosotros para siempre."

¿Quién es el Espíritu Santo? La misma Persona divina que merecimos con el sacrificio de Cristo y que se nos diera "con largeza", "sin medida", para que se nos haga posible la práctica del Evangelio, según el plan de Dios. Ciertamente que damos muestras de ignorar el plan de Dios y hacer lo que se nos antoja, cuando hacemos a un lado al Espíritu Santo. Es el que "mora en nosotros para siempre". "Es la Nueva Alianza que inscribe en nosotros la caridad que es el resumen de la ley", afirma santo Tomás de Aquino y la misma Escritura, cuando nos dice: "Fuisteis sellados con el Espíritu Santo, para el día de la redención" (Ef 4, 30). Es nuestro santificador, el que nos conduce a la verdad completa, el que sondea las profundidades de Dios y luego las revela a nosotros, en la oración carismática. Es la fuente de agua viva, de la cual debemos beber gratis y siempre. Es el que nos da a conocer todas las gracias que Dios nos ha otorgado (1 Co 2, 12). Es el Espíritu del Padre y del Hijo, que nos hace uno con la Trinidad y a todos los cristianos uno y, uno a todos con la Trinidad. Es el que hace la gran familia cristiana, el principio vital de la Iglesia, el que nos renueva sin cesar desde el bautismo sacramental y, a veces, desde antes del bautismo sacramental. Es muchísimo lo que podríamos decir del Espíritu Santo con todo lo que se nos

ha revelado de Él, no sólo en el Nuevo Testamento sino también en el Antiguo. Lo necesitamos absolutamente para conocer la voluntad de Dios, como se nos ha revelado en profecía (cf. Sb 9, 17), y gracias a Cristo y al Espíritu Santo "se enderezaron los caminos de los moradores de la tierra y gracias a la Sabiduría (la de del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo) se salvaron" (Sb 9, 18). Es la fuente y fuerza dinámica de la renovación de la Iglesia (cf. DV, 2; LG, 4).

Pero la verdad es que lo hemos olvidado y hemos dicho y seguimos diciendo muchas cosas que lo ofenden. A pesar de que Jesús nos ha revelado que "lo conoceremos", nosotros, con la petulancia que nos caracteriza, a veces decimos que "es el menos conocido". Jesús mismo les dice a los judíos: "Ustedes no me conocen a mí, porque si me conocieran, conocerían también a mi Padre." Los Apóstoles tampoco lo conocían muy bien a Jesús, al preguntarle, después de que les hablara del Padre: "¡Muéstranos al Padre!" Jesús les responde con esas bellísimas palabras: "¿Tanto tiempo que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto ha visto a mi Padre" (Jn 14, 8-9). Además, el que lo ve a Jesús muy profundamente, ve también al Espíritu Santo, pues Cristo quiere decir ungido y lo es por el Espíritu. Pero atendamos las palabras de Jesús: mientras Él nos habla así del Padre y del Hijo, a quienes no conocemos suficientemente, cuando nos habla del Espíritu Santo nos dice: "A Él lo conoceréis, porque morará en vosotros para siempre."

Jesús nos está revelando que, al primero que conocemos verdaderamente, como Dios quiere, no como queremos nosotros y, según el plan del Padre, es al Espíritu Santo y el Espíritu nos da a nosotros el conocimiento vivo del Padre y del Hijo, como nosotros no lo podríamos lograr de ninguna manera. La razón de ello es que el Espíritu Santo es "Señor y dador de vida", como ya lo hemos visto pero es necesario repetir, porque estamos frente a una de las revelaciones más importantes de Dios a los seres humanos. Ya vimos por qué es "Señor" y por qué es "Dador de vida". Por eso, en el plan de Dios, sin el Espíritu Santo, estamos muertos, como cuerpo sin alma. Lo hemos dicho y lo vuelvo a repetir.

Ahora bien, si ponemos al Espíritu Santo a un lado, ya nos podemos imaginar de qué manera estamos edificando la Iglesia, pues ni siquiera conocemos los ladrillos que hemos de poner en ella. ¿Qué estamos haciendo, entonces, los que obramos de esta manera tan torpe? No hay más que abrir los ojos y ver: templos vacíos, declinación de vocaciones,

parroquias enteras sin vida plena, apostasías en masa, Éxodo de ovejas que pertenecen a nuestro redil; pero en medio de las consecuencias prácticas de poner al Espíritu Santo a un lado, todavía pretendemos no sé qué clase de heroísmo y nos juzgamos como excelentes católicos. Sin el Espíritu Santo no le pertenecemos a Cristo ni somos hijos de Dios. Creámoslo: estamos muertos. No es la palabra de un "extravagante" ni de un trasnochado: ¡Es Palabra de Dios (cf. Rm 8, 9 y 8, 14)!

Necesitamos resucitar y solamente lo haremos si sopla sobre nosotros el "espíritu de los cuatro vientos", es decir, el Espíritu Santo. ¿Queremos un mal más grande que estar muertos en la Iglesia, como los huesos secos de Ezequiel? ¿Hay acaso otro riesgo que sea mayor que éste, en la Iglesia y en cualquier Iglesia? ¿No estamos orillando peligrosamente aquel pecado que no se perdona en este mundo ni en el otro? Entonces, necesitamos, si nos queremos seguir llamando cristianos, darle al Espíritu Santo la misma importancia que Jesús le ha dado, porque ciertamente no es la misma importancia que le damos nosotros. Juan Pablo II nos ha hablado y nos ha dicho casi todo lo que debemos decir de Él en su magnífica encíclica sobre el Espíritu Santo que a muchos les ha resultado "difícil", porque no la han entendido. Pero esto mismo no es de extrañar, porque el "hombre natural no comprende las cosas que son del Espíritu de Dios" (1 Co 2, 14). Nos hemos vuelto "hombres naturales" aun estando dentro de la misma Iglesia de Cristo. Lo estamos diciendo, aunque no nos demos cuenta de ello. Tampoco somos los "pequeños" de que nos habla Jesús, porque a ellos se les revelan los secretos de Dios. Si seguimos obstinados en querer mostrarnos como "prudentes y sabios", no habrá parte para nosotros en su Reino. Sin el Espíritu Santo, separamos lo que Dios ha unido, desconocemos el plan de Dios; no realizamos la voluntad de Dios; nos escandalizamos de las profecías del Señor en el mismo momento de cumplirse; no creemos en muchas cosas del Evangelio y otras nos parecen imposibles. Entonces, decretamos por cuenta propia que "ya no se dan más". A muchísimas torpezas nos lleva esta omisión del Espíritu Santo, en todos los niveles de la Iglesia y por eso mismo, hoy más que nunca, necesitamos un profundo discernimiento para distinguir lo que es del espíritu del error y lo que es del Espíritu Santo. Pero tengamos la certeza de que, si ponemos a un lado al Espíritu de Dios y lo hacemos nuestro "Gran Desconocido", o no lo entendemos, nos está guiando el espíritu del error, al que debemos expulsar de nosotros mismos. ¿Pero cómo lo haremos, si tampoco creemos

en la expulsión de demonios? "Vuélvete a mí", nos dice el Señor. No nos manejemos en la Iglesia con criterios de hombres y cálculos humanos, porque seremos un tormento para los demás y ponemos en juego nuestra salvación.

¿No es verdad que ha llegado el momento de formular la misma pregunta que hicieron las gentes a Pedro, después de su primera proclamación del Evangelio: "Hermanos, ¿qué hemos de hacer entonces?" La respuesta nos la da el mismo Juan Pablo II: "Vosotros necesitáis la fuerte vivencia del Cenáculo con María, la fuerte experiencia de Pentecostés", pues "nosotros, más aún que los Apóstoles, necesitamos ser transformados y guiados por el Espíritu Santo" (RM, 92). La esencia del ser cristiano consiste precisamente en dejarse guiar por el Espíritu Santo, como Cristo se dejó guiar por Él. Ha sido la enseñanza más importante de Cristo en orden a poder andar por el Camino de la Verdad revelada que nos conduce a la vida plena, que Él nos prometiera.

La inpecabilidad es un don que a nadie se le ha concedido. Más aún: "Si decimos que no tenemos pecado hacemos mentiroso a Dios" (1 Jn 1, 10). Todos, en todos los niveles, podemos pecar y, si podemos pecar, ¡cuánto más nos podemos equivocar! Somos frágiles y necesitamos "ser salvados" porque nadie se salva por sí mismo. Esta fragilidad humana reconocida es el lugar del encuentro con la misericordia de Dios. De hecho cometemos muchos errores. Pensar que no los cometemos y que nadie puede decir nada en nuestra contra, o pensar que todo anda bien en la Iglesia, que no hay errores que corregir, es caer en la estrechez de criterios humanos que ya tenían los judíos en el tiempo de Jesús: el que se equivocaba era Cristo, no ellos.

Es el Concilio mismo el que nos ha hablado de estos errores: "No se salva, sin embargo, aunque esté incorporado a la Iglesia, quien, no perseverando en la caridad, permanece en el seno de la Iglesia en cuerpo pero no en corazón". Además nos dice: "No olviden los hijos de la Iglesia que su excelente condición no deben atribuirla a los méritos propios sino a una gracia singular de Cristo, por la que, si no responden con pensamiento, palabra y obra, lejos de salvarse, serán juzgados con mayor severidad" (LG, 14).

El mismo Concilio "ha dado una especial ratificación de la presencia del Espíritu Santo Paráclito. En cierto modo, lo ha hecho nuevamente presente en nuestra difícil época" (DV, 26). Ha hecho nuevamente pre-

sente al "Gran Desconocido". Pero para que se necesite todo un Concilio para hacer presente al Espíritu Santo, ello mismo nos da la pauta de hasta qué punto ha estado ausente. Pero, si ausente ¿cómo hemos estado evangelizando? ¿Cómo hemos estado edificando la Iglesia? ¿Cómo hemos estado haciendo la voluntad de Dios? ¿Cómo hemos estado organizando las parroquias y los movimientos e instituciones eclesiales? Pues nada de ello es posible sin el Espíritu Santo, pues Él es el "Agente principal de la evangelización" (EN, 75) y sin sus carismas no llegamos a ser verdaderos evangelizadores (cf. EN, 74). Él, como Alma de la Iglesia, la edifica incesantemente con los carismas. Y por último, ¿cómo hacíamos para conocer la voluntad de Dios sin el Espíritu Santo? Pues claramente se nos ha revelado: "¿Quién habría conocido tu voluntad, si tú no le hubieses dado la Sabiduría y no le hubieses enviado de lo alto tu espíritu santo?" (Sb 9, 17).

Cuando evangelizamos o pretendemos vivir con planes propios, olvidando el plan de Dios, el Señor nos dice: "¡Ay de los hijos rebeldes por hacer planes que no son los míos!" (Is 30, 1) y "he extendido mis manos hacia un pueblo rebelde que va en pos de sus propios pensamientos, por caminos equivocados" (Is 65, 2).

¿Qué pescas milagrosas podemos esperar de esta manera? Entonces, para conformarnos a nosotros mismos, decimos que esas pescas son "simbólicas" e incluso afirmamos, por cuenta propia, que "no tenemos por qué ver los frutos". Pero ni siquiera tenemos en cuenta lo que el Señor nos revela: "El Padre queda glorificado en que llevéis mucho fruto" y: "el Padre nos podará para que demos más frutos".

No podemos negar que Pedro y Pablo, así como los Apóstoles y discípulos, vieron el fruto de su predicación con el poder del Espíritu Santo y hasta vieron, con los ojos de la fe, el fruto que no pudieron ver con sus ojos carnales.

La intelectualidad y el racionalismo enfermizos siguen haciendo estragos en la Iglesia. Nos apoyamos, a veces, más en este "brazo de carne, mientras nuestro corazón se aleja de Dios", por lo cual el mismo Dios nos llama "malditos" (Jr 17, 5).

"Benditos", por el contrario, son aquellos que "fían en Yahveh, pues no defraudará Yahveh su confianza. "Es como árbol plantado a las orillas del agua, que a la orilla de la corriente echa sus raíces. No temerá

cuando venga el calor y estará su follaje frondoso; en año de sequía no se inquieta ni se retrae de dar fruto" (Jr 17, 7-8).

Para entregarnos a Dios, fundamentalmente hay que poner toda nuestra confianza en Él. Esto es vivir de fe. Ella no consiste en apoyarse en la sabiduría de los hombres sino en el poder de Dios. Es lo que hace posible lo que a nosotros nos resulta imposible. Es el Señor quien nos dice: "Hijo mío, dame tu corazón y que tus ojos hallen deleite en mis caminos" (Pr 23, 26). De otro modo, al modo nuestro, según nuestra prudencia y nuestro conocimiento humano, no lo podemos seguir a Él sino tan sólo a nosotros mismos, para nuestro daño permanente. La promesa solemne de nuestro Dios es que "no defraudará Yahveh su confianza". Todos los que obran de este modo jamás se han visto defraudados, sino colmados de frutos, henchidos de fe y de amor. Tampoco es un árbol seco, sino frondoso, por tener sus raíces junto al agua viva del Espíritu Santo. Esta "agua viva" es precisamente la savia de la vid que nos hace producir frutos abundantes, incluyendo estos años de sequía por falta de fe. Tampoco se inquieta, porque el Señor provee para que, en medio de tanta sequía, siga produciendo frutos en abundancia. Nada de esto puede ser experimentado en la práctica sin entregarse confiadamente al poder y a la palabra de Dios, así como a sus promesas.

Debemos retomar el camino de la oración y la contemplación para estar a la orilla de las aguas vivas. Debemos recordar que "si no somos contemplativos, no podemos anunciar a Cristo de forma creíble" (RM, 91).

Si no hemos hecho esto, tenemos la explicación más obvia de por qué tantas ovejas se separan del redil de Cristo para ir a sectas seudorreligiosas y hasta satánicas. De este modo, de acuerdo con la profecía de Ezequiel, "las devoran las fieras del campo". A aquellas sectas, se añaden las hechicerías, los movimientos pseudocientíficos relacionados con la religión, los poderes mentales, los controles de la mente, en los que caen no pocos intelectuales. También está la macumba y la umbanda, etc. Lejos de la fe se cierne sobre el mundo una gran necedad pseudorreligiosa y, lejos del Espíritu de la Verdad, caeríamos fácilmente en la mentira.

Nada está perdido en la Iglesia. Absolutamente todo es recuperable. Tan sólo debemos volvernos al Señor de la Vida. Nuestro conversión, es necesaria de día en día, pero la hemos creído anclada en el pasado,

mientras nos hemos desviado por otro camino, y ¡vaya si somos fáciles en desviarnos! El orgullo, la vanidad, la soberbia, son nuestros enemigos mortales. Pero el Señor nos dice: "Reconoce tan sólo tu culpa" (Jr 3, 13). Siempre podemos comenzar de nuevo. Sólo la esperanza puede rescatarnos de nuestro pesimismo. La victoria del cristiano, ¡nunca lo olvidemos!, consiste en saber acoger el don del Espíritu Santo (DV, 55). Ningún otro éxito puede darse en la Iglesia, y podemos decir también, en cualquier Iglesia, si no comenzamos por aquí, pues Él nos señala siempre y en todo momento, en las peores circunstancias de nuestra vida, lo mejor que podemos hacer ante los ojos de nuestro Padre. ¡No existe otra Guía más segura que la que nos ha dado el mismo Señor Jesucristo!

El Espíritu Santo ha sido dado por Jesús "sin medida", para ser continuamente renovados, en el plan de Dios, transformados y guiados por Él, en medio de tanta torpeza humana.

16. La profecía en los sacerdotes, hoy

Nadie mejor que el sacerdote, para secundar al Espíritu Santo en la formación de comunidades verdaderamente cristianas, al modo de Pablo. El Concilio les dice que ellos deben "dar testimonio de Jesús con espíritu de profecía" (PO, 2). La profecía es un carisma del Espíritu Santo. ¿Conocen nuestros sacerdotes, en su totalidad, como debiera ser, el carisma de profecía que se escucha principalmente en la oración comunitaria carismática? Porque profecía no es solamente anunciar las cosas por venir o enseñar y proclamar el Evangelio. También es escuchar la voz de Dios en nuestra intimidad para proclamar su Palabra hoy, que es la misma de ayer y de siempre, pero de una manera nueva y renovada. Esto supone la atenta escucha de la voz de Dios en la oración y la contemplación. Como decían los verdaderos profetas: "Habla, Señor, que tu siervo escucha." Cuando nos habla el Señor y lo decimos desde los tejados, estamos ejerciendo nuestro *rol* profético en la Iglesia.

San Pablo nos revela que debemos aspirar a la profecía "especialmente". Muy buenas razones de fe debe haber para que tengamos que aspirar a este carisma, con esta característica. Y la razón también está revelada: todos los cristianos "no somos extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas" (Ef 2, 20). Entonces, debemos aspirar especialmente a la profecía, porque es cimiento de la Iglesia, junto al de los Apóstoles. Uno es el que forma la jerarquía. El otro es el que orienta a la jerarquía y a la Iglesia entera, no por sus mandatos, que no le conciernen, sino a través de la verdad revelada actualizada, pues por el carisma se nos manifiesta la voluntad de Dios para casos puntuales que no pueden estar escritos en ninguna parte o señalados precisamente en el momento que más lo necesitamos. Ambos cimientos se necesitan mutuamente. La jerarquía no se puede desarrollar como Dios quiere sin el carisma profético y el carisma profético se pierde, si no existe la Iglesia jerárquica, como Dios la quiere en su plan, cimentada en los Apóstoles: en los Doce, y en los actuales. Jesús mismo formó una clase de "escuela apostólica" bien definida, en la que Pedro es la figura principal dentro de esa escolaridad: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia." La promesa pasa a ser realidad, cuando le manda a Pedro apacentar su único rebaño. No reconocer en Pedro la elección, no por parte de hombre alguno sino la de Cristo, es ignorar las Escrituras. El mismo Dios quiso que el pueblo de Israel fuera dirigido por Moisés. El Señor se vale de personas para sus planes, como para profetizar, dirigir, enseñar, edificar la estructura visible de la Iglesia. Obviamente que desde un inicio era imposible formar tal estructura. Era necesario que fuera haciéndose a través del tiempo, pero siempre teniendo a la cabeza a Pedro, al elegido por Jesús, y a sus sucesores legítimos, para poder perpetuar su Iglesia a través del tiempo. No obstante, esta Iglesia jerárquica no puede moverse sola, en el plan de Dios, sino inseparablemente unida a los profetas. De lo contrario corre el riesgo de ser no un servicio liberador sino un dominio estéril. Ya Jesús le advirtió a esa misma jerarquía de los doce apóstoles, cómo debían gobernar: "haciéndose los últimos y siervos de todos". Esto mismo lo recordarán los profetas, que son los que enderezan a los hombres por el camino de Dios. Yo mismo, al escribir estas cosas, estoy ejerciendo mi rol de profeta, de la manera más sencilla, pero igualmente clara.

La división que pudiera existir entre el clero y los laicos es algo que no tiene nada que ver con la voluntad de Dios. No nos hizo el Señor agua y aceite, para permanecer siempre separados, sino que nos hizo un solo pueblo, para permanecer siempre unidos. Los profetas necesitan la jerarquía y la jerarquía necesita a los profetas.

Las comunidades, según el plan de Dios, no se forman ni crecen según las capacidades humanas sino a través de las profecías y además son conducidas maravillosamente por el Espíritu Santo a través de ellas. El plan de Dios es "maravilloso", como el mismo Señor lo ha definido (cf. Is 28, 29). La profecía es una de estas maravillas del plan de Dios, que lamentablemente conocemos muy poco, porque de hecho no profetizamos y muchos todavía no conocen el carisma de profecía. Hasta hay algunos que la ponen bajo sospecha, contra todo lo que nos ha sido revelado. "Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán", pero nosotros, con extremada petulancia, decimos que "nuestros hijos y nuestras hijas no profetizarán", porque eso es imposible y "ya no se da más". ¿Es que no conocemos todavía el lenguaje del espíritu del error? En realidad es pobre en vocabulario, porque siempre repite las mismas cosas.

Bastaría una mirada de fe sobre el Libro de los Hechos para darnos cuenta de cómo el carisma de profecía actuaba en la Iglesia, a través de la palabra del Espíritu Santo escuchada en la oración carismática, a través de sueños proféticos y a través del diálogo permanente con el Espíritu Santo. No caigamos en la trampa de querer encontrar la palabra "profeta" para creer que estamos ante un profeta. La mayoría de las veces ni se menciona, pero se está obrando en profecía, como son las palabras del Espíritu Santo escuchadas en oración carismática, a la cual eran asiduos los cristianos y los Apóstoles.

Las comunidades de san Pablo se edificaban con los carismas. ¿Qué quiere decir "edificarse"? Es una palabra rica en contenido, porque de hecho significa muchas cosas, todas de suma importancia, como: hacer, formar, hacer crecer, enriquecer a la comunidad; significa santificarse; significa ser útiles en el Reino, evangelizar como Dios quiere, dejarse guiar y transformar por el Espíritu Santo, vivir los sacramentos, la Liturgia de la Iglesia con intensidad, enamorarse de la Palabra de Dios, etc. Si los carismas son para edificación de la Iglesia, ¡no lo dudemos más!, también son para la edificación de las diócesis, de las parroquias, de las instituciones y movimientos, de cualquier grupo eclesial, por pequeño que sea. La oración se transforma, de este modo, en aire para el cristiano que no puede vivir sin respirar.

No deja de ser una pena el poco uso o el desuso en que ha caído la profecía.

Si tuviéramos en cuenta el procedimiento de los Apóstoles, nos acercaríamos un poco más a ellos. Parece que había un gran respeto por la comunidad: "Acudían asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones". Como vemos, había oración comunitaria. Mientras tanto, los mismos Apóstoles (la jerarquía de aquel tiempo, que es la misma de hoy) "realizaban muchos prodigios y señales", pero no porque "eso se daba entonces y ahora no", sino por que creían a Jesús y, por estar llenos de Espíritu Santo, obedecían a Cristo en todos sus mandatos. Ésta es la razón por la cual hacían "prodigios y señales", como lo podemos hacer hoy, si tuviéramos lo que los Apóstoles tenían y nosotros podemos tener hoy también: creer y obedecer a Jesús.

Algunos hermanos separados sostienen que todo lo hacen en casa de familias, pero la Escritura nos dice: "Acudían al templo (si no acudían a la parroquia, es porque esto sí todavía no se daba, pero ahora se da y ello es legítimo, porque es propio de Pedro y los Apóstoles edificar la estructura de la Iglesia, pues es su cimiento apostólico, tal como se ha revelado. ¿Lo hacían de vez en cuando? No. Lo hacían "todos los días", dice la misma Escritura y, es de suponer que tuvieran sus propios templos. Además dice el libro sagrado que "lo hacían con perseverancia". Pero además de esto, lo hacían "con un mismo espíritu", con el espíritu con que lo hacían en el templo, "partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo" (Hch 2, 42-47).

"Por manos de los apóstoles se realizaban muchas señales y prodigios en el pueblo, hasta tal punto que incluso sacaban los enfermos a las plazas (hoy son llevados al templo o a las canchas abiertas) y los colocaban en lechos o camillas (hoy en sillas de ruedas o con muletas), para que al pasar Pedro (hoy pasa "Juan", pero "el Señor es el mismo ayer, hoy y siempre"), siquiera su sombra cubriese a alguno de ellos." Y en este lugar, la Escritura pasa a describir algo que se sigue dando en nuestros días, para regocijo de muchos y rabia de no pocos. Nos dice el Libro de los Hechos: "También acudía la multitud de las ciudades vecinas a Jerusalén (hoy acuden a los templos donde se obedece al Evangelio), trayendo enfermos y atormentados por espíritus inmundos (hoy, decimos: "estresados", "aproblemados", "depresivos", "angustiados", "enfermos espiritualmente". Además éstos se siguen dando. No podemos decir que "se dieron y ya no se dan más") y todos eran curados" (Hch

5, 12.15-16). Tan ciegos estamos algunos para ver el "maravilloso plan de Dios" que nos escandalizamos de estas cosas y hablamos de "proselitismo" o "golpes bajos", porque le restan gente a sus propios templos, en donde no sucede lo que ha sido revelado para todo el pueblo de Dios, nada más que por falta de fe. Y demos gracias a Dios que se van a otros templos del mismo redil, porque de lo contrario se irían a templos de otro redil. Otro paso de formación comunitaria lo tenemos en el capítulo seis de los Hechos, con la elección de los primeros diáconos.

La Iglesia se estaba organizando, a sus seguidores todavía ni siquiera se los llamaba "cristianos" sino que se los llamaba "la secta del Camino". La palabra "cristiano" se da por primera vez en Antioquía (cf. Hch 11, 26).

Nos dice el Libro de los Hechos que "había, en la Iglesia fundada en Antioquía, profetas y maestros... Mientras estaban celebrando el culto del Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: 'Separadme a Bernabé y a Saulo para la obra a los que los he llamado.' Entonces, después de haber ayunado y orado, les impusieron las manos y los enviaron" (Hch 13, 1-3). Este texto merece ser explicado. En primer lugar, se hace mención de los profetas y maestros, como carismas que eran tenidos en cuenta en la comunidad. En segundo lugar, la "celebración del culto" no era precisamente la Eucaristía sino las oraciones que hacían comunitariamente los cristianos. En tercer lugar, en esta oración carismática, se escucha, como hoy sucede, la voz del Espíritu Santo, muy probablemente dicha a algún profeta en profecía. No podemos suponer que el Espíritu Santo fue quien hablara en esa oportunidad directamente, pues lo hace a través de la profecía y sus manifestaciones, por medio de causas segundas. La comunidad entiende que deben separar a Bernabé y a Pablo, y les impone las manos. En cuarto lugar, esta imposición de manos no es un acto sacramental, ni estaba prohibido porque pareciera un acto sacramental, así como la imposición de manos a los enfermos, recomendada por el Señor, tampoco lo es: "Impondrán las manos a los enfermos" ¿Quiénes? "Todo aquel que crea", "y éstos sanarán" (cf. Mc 16, 17 y 18).

Como vemos, hay diferentes maneras de imponer las manos, y no nos tenemos que obsesionar por una sola manera de imponerlas, como es la sacramental. No conviene, entonces, ignorar que muchas veces no tiene otro sentido que un gesto de amor al hermano o de una intercesión en favor de los hermanos. No nos debiera quemar un celo tan amargo para prohibir todo lo que se parece a lo que hay en los sacramentos, pero ¡no lo es! ¿Cuántas cosas deberían ser prohibidas entonces? ¡Hasta comer el pan cotidiano o beber vino!

El hecho es que la elección brota de la oración carismática y, por la profecía, conocen mejor la voluntad de Dios, una voluntad que no puede estar escrita en las Escrituras, pero que se da a conocer mediante de la profecía. Hoy seguramente los elegiríamos por sus capacidades humanas, por criterios humanos, pero no por voluntad de Dios, como se expresa en esta oración de una comunidad eclesial, en la que interviene el Espíritu Santo, porque esa comunidad se ha puesto en oración y, en cierta manera, le ha dicho a Dios: "Habla, Señor, que tus siervos te escuchan."

Dice el Libro de los Hechos, cuando está hablando de las recorridas apostólicas de Pablo y Silas, que el Espíritu Santo les había prohibido predicar en Asia y que, estando en Misia, intentaron dirigirse a Bitinia, pero no se lo consintió el Espíritu de Jesús. Por la noche, Pablo tiene una visión profética: "Un macedonio, puesto de pie, le suplicaba: 'Pasa a Macedonia y ayúdanos.' En cuanto tuvo la visión, inmediatamente intentamos pasar a Macedonia, persuadidos de que Dios nos había llamado para evangelizarla" (Hch 16, 6-10).

Otra vez el Espíritu Santo en acción. La prohibición de ir a Asia o Bitinia tampoco podemos suponer que fue directa, sino a través del carisma de profecía. La visión profética de Pablo es también un carisma del Espíritu Santo y lo más notable: es lo que hoy experimentan muchos cristianos. Cuando interviene el Espíritu con sus carismas, con la garantía de un sólido discernimiento que nos evita caer en trampas peligrosas, nos da una certeza inconfundible, en medio de una paz muy grande. De este modo concreto, a través de sus preciosos carismas, el Espíritu Santo "permanece con nosotros para siempre" y es efectivamente "el agente principal de la evangelización". Notemos bien claramente cómo una cosa es tener el concepto de que el Espíritu Santo es el agente principal y otro muy diferente tener la vivencia plena e intensa de esta acción soberana del Espíritu Santo en la evangelización.

17. Misión del sacerdote con respecto a los carismas, según el Concilio

A ellos les pide que "examinando si los espíritus son de Dios (discernimiento de espíritus), descubran con sentido de fe, reconozcan con gozo y fomenten con diligencia los multiformes carismas de los laicos, tanto los más humildes como los más altos" (PO, 9).

Hemos conocido, en la práctica a estos sacerdotes y obispos. Son una bendición para la Iglesia. Este acuerdo del Concilio exige cosas muy concretas de ellos:

1) Que tengan discernimiento de espíritus. Juan Pablo II nos da una síntesis perfecta de este discernimiento en su catequesis "Iglesia: comunidad de carismas". Para un mejor discernimiento, ellos mismos deben *tener experiencia de sus propios carismas. Pedro, el primer Papa de la* Iglesia, reconoce que los gentiles han recibido al Espíritu Santo y no se trata de invento alguno, ni de "una extravagancia de grupos religiosos", por dos signos: "alaban a Dios y hablan en lenguas". Ellos, dice el mismo Pedro, han recibido al Espíritu Santo "como nosotros", con referencia a la experiencia fuerte de Pentecostés por la cual los Apóstoles ya habían pasado. Si Pedro no hubiera tenido esa experiencia, tal vez se hubiera puesto a dudar y a prohibirla. La Sagrada Escritura, si la leemos asiduamente, como también nos lo pide el Concilio, nos da buenísimos criterios de discernimiento, como los signos de fe (Mc 16, 17-18), los frutos, sobre todo los del Espíritu Santo (cf. Ga 5, 22-23), por los cuales seremos reconocidos como cristianos; no separar lo que Dios ha unido; la misma edificación de la Iglesia, pues si hubiera divisiones o contradicciones con el Magisterio, no sería del Espíritu Santo; la armonía con la autoridad de la Iglesia; deben llevar a la unión con Dios y al amor fraterno; a un apostolado eficaz, etc.

2) Que los descubran en los laicos con sentido de fe. Lo cual significa una actitud de búsqueda, en fe. Creer en los carismas del Espíritu Santo y que ellos son para un fin tan grande, como es la verdadera edificación de la Iglesia; que son dones perfectos que proceden de lo alto y que, como tales, merecen el mayor de nuestro respeto por la importancia que adquieren. Que Cristo los portó en grado eminente y que, si queremos ser como Él, "debemos hacer las cosas que Él hizo" (1 Jn 2, 6; 4, 17). ¿No es la preocupación de un párroco o de un sacerdote la organización de su comunidad, especialmente la parroquial o cualquier otra que sea? Pues vaya pensando seriamente en los carismas, pues sin ellos seguramente no la edificará.

3) Que los reconozcan con gozo. Lamentablemente, para algunos hablar de los carismas es un tormento o una manera de perder tiempo. Otros no lo hacen precisamente con gozo, sino hasta con fastidio, porque les quiebra las estructuras ya establecidas con sus propios criterios. Entonces, los carismas molestan y terminan por anularlos o prohibirlos, cosa que no deben hacer sin causa que lo justifique y momentaneamente y no sistemáticamente, pues en todo caso, ellos mismos estarían negando concretamente este acuerdo del Concilio, y eso no lo pueden hacer por más autoridad que tengan, ni conscientemente ni siquiera por ignorancia, pues es lo que les dice Pablo VI al clausurar el Concilio, en su *Breve* de clausura.

4) Los deben fomentar con diligencia. No con displicencia y de mala gana. Hay algunos que prohíben el ejercicio de los carismas y, sin embargo, jamás los han enseñado en sus comunidades, como les manda el Concilio. Basta tener un concepto claro y definido de los carismas para advertir toda la riqueza contenida en ellos, para todo lo que significa "edificar la Iglesia", en el plan de Dios. Ellos pertenecen al plan de Dios, tal como está revelado, sirven a la evangelización "con el poder del Espíritu Santo" y nos hacen verdaderos evangelizadores (cf. EN, 74). Son *dones perfectos, mucho más que un "don natural" con todas sus limitaciones.* Cuando el Señor habla por la profecía, tenemos la certeza de la Palabra de Dios, como la tuvieron Pablo y Silas, cuando el Señor les habló por medio de una visión profética, que es uno entre tantos carismas del Espíritu Santo. Muchas veces el Señor nos asombra, cuando una profecía se cumple como el Señor la revela, por el carisma de profecía.

Cuando una comunidad eclesial se une para orar carismáticamente, es decir, abierta a la acción del Espíritu Santo, que forma las comunidades a través de los carismas, tenemos a una comunidad eclesial en pleno crecimiento y desarrollo y cuenta con un poder ilimitado para hacer toda clase de bien, porque se está apoyando en el poder del Espíritu Santo y no en otra cosa que no sea este poder. Es Él quien hace que la comunidad entera "vea lo que ni ojo vio ni oído oyó ni al corazón de los hombres llegó lo que tiene reservado Dios para los que lo aman". Como dice la Escritura: "Esto lo revela el Espíritu Santo" y no puede ser de

otra manera, porque "Él es quien sondea las profundidades de Dios" y no nosotros. Luego, las revela a nosotros, especialmente en la oración. Por eso todo apóstol debe hablar "con palabras aprendidas del Espíritu Santo". Estas son las comunidades que crecen con fuerza y con la misma fuerza se extienden por todas partes, llevando el fuego del Espíritu Santo para encender a otras comunidades.

Toda parroquia debe ser una comunidad guiada poderosamente por el Espíritu Santo. Será criticada; los enemigos del trabajo apostólico huirán de ellas; no serán comprendidas; serán calumniadas; pero todo ello es el signo de la cruz de Cristo y constituye su principal bienaventuranza, porque Jesús les ha hablado de ser bienaventurados cuando los injurien y los persigan y digan con mentira toda clase de mal contra ellos por su causa. Les dijo que se regocijen y se alegren, porque la recompensa que les tiene preparada será grande en el reino de los cielos; pues de la misma manera han perseguido a los profetas anteriores a ellos (cf. Mt 5, 11-12).

A los sacerdotes también les pide el Concilio ejercer "el ministerio del Espíritu" y que "se afirmen en la vida en el Espíritu" (PO, 12). ¿Qué es el ministerio del Espíritu? Algo de trascendental importancia para todos los cristianos, tanto clero del como laicos: Se trata de aquel ministerio que "no es de la letra". Que no se basa en "palabrería" (1 Co 4, 20) ni en el propio criterio, sino que es del Espíritu. La razón de ello la debemos grabar en nuestros corazones: "Porque la letra mata, mas el Espíritu da vida." Sin el Espíritu de Dios que, en el plan de Dios, transforma, guía y santifica a todo cristiano, estaríamos atrofiados gravemente como cristianos, estaríamos en la letra que mata, seríamos ministros de la letra solamente. Ello pasa cada vez que nos olvidamos del Espíritu Santo.

Gracias a Dios, hemos visto a muchos sacerdotes que acatan el Concilio y lo viven gozosos. Ellos pueden dar testimonio de todo lo que se ha logrado en la Iglesia en estos últimos años de volver a la gracia del Espíritu Santo. A través de estos sacerdotes, "Dios prefiere mostrar sus maravillas, porque, siendo ellos dóciles al Espíritu, a sus impulsos y a su inspiración, por su íntima unión con Cristo (producida por la acción del Espíritu Santo en ellos) y la santidad de sus vidas, pueden decir con el apóstol: 'pero no vivo yo sino que Cristo vive en mí' (PO, 12)". Esta "docilidad al Espíritu" es la clave del sacerdote de Cristo y de todo cristiano para formar comunidades de todo tipo, que sean una en la verdad y en

el amor y diversas en los carismas. Cristo, el sumo Sacerdote, fue dócil al Espíritu Santo. Estos sacerdotes, al conocer los carismas por experiencia propia, más que en teoría, reconocen con gozo el carisma de los laicos, pues son plenamente conscientes de que son para formar las comunidades, y ¡vaya si los fomentan con diligencia! Lamentablemente, vemos que a veces son criticados severamente, haciendo llover sobre ellos pesadas condenas sin fundamento alguno en la Escritura y, otras veces, contradiciéndola o negando mandatos expresos de Jesús. Se olvidan que el mismo Concilio lo está pidiendo a todos sus sacerdotes y que no hay autoridad más grande en la Iglesia que un Concilio. Esta tristísima realidad nos pone de manifiesto la terrible crisis de fe que existe en muchos miembros de la Iglesia y que se hace urgente restaurar, no a la luz de un "vidente" de turno, sino ante la luz de las Escrituras, de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia, que "bajo la acción del único Espíritu Santo", constituyen el criterio de verdad confirmado una vez más por la Iglesia (cf. Dei V, 10).

Cuando un cristiano se deja guiar en todo y, no en parte, por el Espíritu de Dios, en esa parte que no se deja guiar, automáticamente pasa a ser guiado por el espíritu del error, causa eficiente de todas las herejías, de todos los cismas, de toda contradicción, de toda falta de testimonio.

Para ellos también es válida la síntesis que trazaron los santos Padres: "Al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo". Por ello la Iglesia pide a todos los que forman a los sacerdotes que "aprendan a vivir en trato familiar y asiduo con las tres divinas Personas", sin excluir a ninguna (cf. OT, 8).

¡Qué hermosamente les dice el Concilio a los futuros ordenandos y a todos los fieles: "En la medida que uno ama a la Iglesia de Cristo, posee el Espíritu Santo" (id.). El mismo Espíritu nos llama desde lo más profundo a un amor más grande por la Iglesia. No lo transforma en un celo amargo ni en una mera declaración de principios, sino que se ama como se aman las cosas del Amado. La Iglesia es la gran familia divina que nos interpela constantemente sobre nuestros afectos y criterios que tienen que ser los de Cristo, para no merecer su condena: "¡Apártate de mí, Satanás! Escándalo eres para mí, por tener pensamientos que son de los hombres y no los de Dios" (Mt 16, 23).

¿Cómo puede ser posible pretender suplantar los pensamientos de

Dios por los nuestros, por más brillantes que los pinte el espíritu del error? ¿No nos damos cuenta de que con nuestros pensamientos hacemos inútil la Revelación y toda la Escritura? ¿No es eso lo que quiere nuestro Enemigo? ¡Nada tan grave en un cristiano como esto! No es a un hombre a quien le provoca escándalo, sino al Hijo de Dios vivo, y no le faltan motivos. Los pensamientos de Dios no son los nuestros ni sus caminos son los nuestros. Dios mismo los ha puesto a distancia de estrellas (cf. Is 55, 8-9).

Por estas cosas que estamos viendo, tampoco sin el Espíritu Santo podemos amar la Iglesia, como debe ser amada. Si amamos así a la Iglesia es porque tenemos Espíritu Santo. Entonces, podemos entender que, "en la medida que amamos la Iglesia, poseemos al Espíritu Santo", pero la razón de ello es que Él nos la hace amar profundamente. Tampoco entenderíamos la presencia real de Cristo, no sólo en la Eucaristía, sino también en nuestra vida concreta, a través de los preciosos carismas del Espíritu Santo.

A los futuros sacerdotes se les pide que sean formados "en el espíritu de renovación promovido por el Concilio" (OT, Conclusión). Por eso, la renovación en el Espíritu Santo, exigida por nuestro bautismo sacramental y pedida por el Concilio, de la que nos habla la Tradición, de la que nos habla la misma Escritura, no debe ser ajena a ningún sacerdote ni a ningún obispo, pues estamos en el corazón de la Iglesia, en lo más profundo que es su Alma, que es el Espíritu Santo, sin quien la vida plena que Cristo nos prometiera se hace del todo imposible.

CAPÍTULO II

Vocación de los seglares al apostolado

18. Deberes y derechos proclamados por el Concilio

Todos los laicos, según el Concilio, tienen no sólo "el deber sino también el derecho al apostolado" (AA, 3). Ello deriva del mandato de Cristo que es para todos sus seguidores.

En cuanto a los carismas de los laicos, son derramados sobre ellos por el Espíritu Santo, y es precisamente "lo que confiere a cada creyente el derecho y el deber de ejercitarlos para bien de la humanidad y edificación de la Iglesia, en el seno de la propia Iglesia y en medio del mundo, en la libertad del Espíritu Santo, que sopla donde quiere (cf. Jn 3, 8) y en unión, al mismo tiempo, con los hermanos en Cristo y, sobre todo, con sus pastores, a quienes toca juzgar la genuina naturaleza de tales carismas y su ordenado ejercicio, no por cierto para que apaguen al Espíritu, sino con el fin de que todo lo prueben y retengan lo que es bueno" (AA, 3).

Este texto del Concilio es de suma importancia:

1) El Concilio les habla a los laicos del derecho y el deber de ejercitar los carismas. Si es un derecho y un deber, no puede impedirse al laico, sin un sólido fundamento, ejercer los carismas que el Señor le ha dado, lo cual supone de parte de los sacerdotes y pastores aquel "reconocimiento, en fe", "descubrimiento con gozo" y su "fomento con diligencia", que les pide el Concilio (PO, 9). Tendría que haber una razón muy grave para impedirlos y no solamente porque los carismas no caigan bien a alguien. Se supone un discernimiento de espíritus, como carisma del Espíritu Santo y que como tal, hay que pedirlo. No basta el discernimiento como "gracia de estado", porque éste se da siempre que no se pongan obstáculos a la gracia de estado, es decir, no se da porque sí, sino que supone la colaboración de los sacerdotes y pastores a la gracia. De lo contrario, se juzgaría sin este discernimiento que procede de lo alto, como don perfecto y que es superior al discernimiento adquirido por nuestra cultura religiosa, con nuestro esfuerzo.

2) También se ha de tener en cuenta, en ese mismo discernimiento, que se han de ejercitar "en la libertad del Espíritu Santo que sopla donde quiere". Me atrevería a decir que esta realidad revelada de la "libertad de los hijos de Dios, en el Espíritu Santo" es lo que, tal vez, menos se

entienda en la práctica cotidana, con lo cual estaríamos sofocando el Espíritu a cada momento. ¿De qué otra manera podría un sacerdote o un obispo sofocar al Espíritu Santo y apagar su luz?

¿Cómo es esta libertad? No es un hombre el que la explica con lujos académicos, sino el mismo Señor Jesús: "El viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va." Y aquí viene la afirmación de Jesús: "Así es todo el que nace del Espíritu" (Jn 3, 8). Esta descripción de Jesús choca, no con la prudencia divina, sino con la humana, por el hecho revelado de que "los caminos de Dios no son los caminos de los hombres" (Is 55, 9). La prudencia humana aconseja tener todo listo y ordenado, saber adónde se dirige uno, saber lo que se ha de decir, incluso. Pero cuando uno sigue en fe al Espíritu Santo, el mismo Espíritu es "como el viento" y "escuchamos su voz" a través de sus carismas, pero no sabemos con plena certeza humana adónde nos dirigimnos. Jesús nos habla de cierta imprecisión, desde el punto de vista humano. Sin embargo, la sabiduría de Dios es incomparable con cualquier otra sabiduría humana. Por fe, sabemos que lo que Él nos habla es la verdad; por fe, seguimos sus inspiraciones, pero siempre nos sorprende. Esta dependencia y abandono al Espíritu Santo causa cierto vértigo al principio, porque parece un salto en el vacío, hasta que el cristiano descubre que ese salto en el vacío está lleno de la sabiduría de Dios. Lo podemos verificar fácilmente por los resultados.

Un pescador avezado, sabe que en ciertas y determinadas circunstancias, según el viento, las mareas y las condiciones climáticas, es mejor tirar las redes en ese lugar que él ha elegido con todos los cálculos de la sabiduría humana. Pero puede escucharse la voz del Señor que nos dice, a través del Espíritu Santo: "Arrojen las redes a la derecha." Entonces, podremos verificar que, si no le hacemos caso, toda nuestra prudencia y sabiduría humanas se derrumban. Pero si le obedecemos, nos hartaremos, en el mejor sentido, de presenciar pescas milagrosas. Con nuestra prudencia meramente humana, no dejamos de escandalizar a Cristo, porque no estamos obrando en fe, sino en términos de humana prudencia y sabiduría que no son la prudencia y la sabiduría infinitas de Dios. Si no sabemos discernir la acción del Espíritu Santo y pensamos en términos de prudencia meramente humana, no estamos haciendo un discernimiento según Dios, sino según la carne. Esto produce innumerables injusticias. De este modo concreto se apaga la luz del Espíritu Santo y se lo sofoca.

El orden de Dios nos puede parecer, humanamente hablando, un desorden, pero el "orden" que nosotros a veces pretendemos, sin consultar al Espíritu Santo, para Dios no es más que desorden y escándalo, por no estar en los planes del Padre sino en los nuestros.

Los ejemplos de fe que se mencionan en el capítulo once de la Carta a los Hebreos no son precisamente modelos de prudencia humana: Noé, advertido por Dios de lo que aún no se veía, construyó un arca y soportó la burla de los "prudentes" de siempre.

Abraham salió sin saber adónde iba ("no se sabe adónde va"). Los actos de fe, a veces van contra los dictámenes de la más pura ciencia, como cuando Sara recibe vigor para ser madre, en una edad no apropiada, pero ella tuvo como digno de fe al que se lo había prometido.

Por la fe, Moisés obedece la voz de Dios ("escuchas su voz"), sabiendo que poderoso es Dios para resucitar a su hijo de entre los muertos y, a pesar de ser el hijo de la descendencia, Yahveh se lo pidió en sacrificio, para probar la fe de Abraham. Por la fe, Moisés rehusó ser llamado hijo de una hija de Faraón y prefirió ser maltratado con el pueblo de Dios a disfrutar de su adopción. Por la fe, salió de Egipto, sin temer la ira del rey y se mantuvo firme, como si viera al Invisible. Por la fe el pueblo pasa por el Mar Rojo como por tierra seca.

Por la fe, se derrumbaron los muros de Jericó. ¿Qué decir de los que fueron torturados y, lo siguen siendo hoy, por causa del Reino? ¿Qué de los que soportaron burlas y azotes, cadenas y prisiones, fueron apedreados, torturados, rehusando la liberación que se les ofrecía por conseguir una resurrección mejor? ¡Ciertamente los caminos de Dios no son los caminos de los hombres!

La libertad de los hijos de Dios conferida por el Espíritu Santo, gracias a Cristo y según el plan del Padre, es lo que muchas veces menos se respeta, especialmente cuando se trata de los carismas, por desconocer su naturaleza y acción, así como los efectos de estos dones. También se da, por no tener experiencia de ellos y resultar cosa extraña y dudosa, sobre todo si no se dan en uno mismo por falta de fe, por no tener idea siquiera del carisma que se pretende discernir desde la óptica humana o de la presunción de tener discernimiento, cuando no se lo tiene en absoluto, con el consiguiente fracaso y la consiguiente injusticia, pues no se hace otra cosa que atentar contra "el derecho y el deber de ejercitar

los carismas", otorgados por Dios y por el Concilio a todos los laicos. Estamos tan acostumbrados a seguir nuestros esquemas rígidos y a no disponernos a dejarnos guiar por el Espíritu Santo, que no se entiende esta libertad de los hijos de Dios, que ciertamente están guiados por el Espíritu de Dios (cf. Rm 8, 14). Entonces, ni siquiera somos aquellos "nacidos del Espíritu Santo", como dice Jesús que lo son. Por eso se ha hablado muy bien de la jerarquía, cuando se la define como "servicio liberador", antes que como "dominio". Ello está más de acuerdo con lo que nos ha dicho Jesús sobre cómo se ha de gobernar en la Iglesia, pues no se ha de gobernar como se gobierna en el mundo: "¡No así entre vosotros! Sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo" (Mt 20, 26-27).

A la prudencia humana se la ha presentado como una virtud. En realidad, todas nuestras cualidades humanas, incluyendo la prudencia, si no van iluminadas por la fe, guiadas por el Espíritu Santo, según el plan de Dios, no sólo no son virtud alguna, sino que merecen la condenación de Jesús, como cuando condenó la actitud de Pedro, "prudente", según la carne (cf. Mt 16, 23).

Todas las cualidades humanas, si no son elevadas por la fe y el Espíritu Santo, se transforman en el máximo impedimento a la gracia. Por eso se nos revela clarísimamente en las Escrituras: "Aunque uno fuera perfecto entre los hijos de los hombres, si le falta la sabiduría que procede de Dios, en nada será tenido" (Sb 9, 6). De allí, precisamente, el escándalo de Jesús. Por ellas se desbaratan y se deshacen los planes de Dios, que tantas veces parecen "imprudentes" a la razón humana, pero nosotros no tenemos, después de la Revelación, la lógica de los criterios del mundo sino la lógica de la fe.

Basta conocer también la vida de los santos de hoy (canonizados o no) para verificar las "imprudencias" cometidas por ellos, ante los ojos de la carne, pero llevadas a buen término por el poder de Dios. Ciertamente que no era "prudente" ponerse a gritar ante los muros de Jericó. Un militar avezado, se hubiera encolerizado con semejante imprudencia y hubiera hecho las cosas de otra manera, menos ponerse a gritar. Y le hubiera ido muy mal en ese caso.

Dios quiera que se entienda esta soberana libertad de los hijos de Dios. No se trata de la libertad como la entiende el mundo. Es la libertad para hacer siempre el bien, la libertad para cumplir los mandamientos de Dios; la libertad que no nos tiene atados a nada ni a nadie más que a Dios. ¡La que nos hace ser enteramente de Dios! ¿No nos dice la Escritura que los que son guiados por el Espíritu Santo son los verdaderos hijos de Dios (cf. Rm 8, 14)? El guiado tan sólo por la prudencia humana es un escándalo para Cristo. ¡No lo olvidemos!

3) "En unión con sus hermanos y, sobre todo, con sus pastores." También en esto hay muchas dificultades aún. Y es lógico comprenderlo, por el olvido del Espíritu Santo y de sus carismas por tanto tiempo, así como del carisma profético, al que le hemos restado importancia, siendo así que se nos ha revelado que es "cimiento de la Iglesia", junto al de los Apóstoles y, además, que debemos aspirar a Él "especialmente". Lo grave de todo esto es que hemos separado lo que Dios ha unido en su plan para la Iglesia y caemos en omisiones graves que no pueden darse sin daño para ella.

No podemos dejar de tener en cuenta que estos carismas han sido considerados por muchos católicos, incluyendo sacerdotes, obispos y cardenales, además de muchos laicos, como "raros", "imposibles", "poco frecuentes", "inútiles para la Iglesia", "excepcionales y sólo para algunos místicos", "extravagancias de algunos grupos religiosos", "chistes", "curanderismo católico", etc. Después del Concilio Vaticano II, en cuyos debates sobre los carismas se oyeron la mayoría de éstas opiniones, todo católico, tanto del clero como laico, que no reciba con gozo sus acuerdos, ciertamente que ya no siente como siente la Iglesia y cae en cierta rebeldía. Ya hemos visto cómo no podemos ir contra los acuerdos del Concilio, según la definición de Pablo VI en el *Breve* de clausura. Gracias a Dios, cada vez disminuye más el número de los que piensan de este modo, pero se ven todavía ciertos casos en que se impide "el derecho y el deber" de ejercer los carismas, impidiendo aquellos carismas que, a solo juicio del que sentencia y sin verdadero discernimiento de espíritus, resultan "sospechosos", como el don de lenguas y la alabanza gozosa al Señor. Hoy, estos dos carismas son objetados por algunos pastores sin razón valedera, antes por el contrario, contradiciendo las Escrituras ¡Son las mismas señales que sirvieron a Pedro, el primer papa de la Iglesia, para reconocer que los gentiles habían recibiudo la efusión del Espíritu Santo en la casa de Cornelio! Y no de cualquier manera, sino "como nosotros", con referencia a la fuerte experiencia de

Pentecostés que habían vivido los Apóstoles. ¿Cómo se interpreta entonces el mandato de la Escritura: "no impidáis hablar en lenguas" (I Co 14,39)? ¿Acaso impidiendo hablar en lenguas? ¿No caeríamos entonces en la libre interpretación que hemos condenado tanto en la Iglesia? Además el Concilio nos advierte que "el Magisterio no está por encima de la Palabra de Dios sino a su servicio, para enseñar puramente lo trasmitido" (Dei V, 10).

4) "A los pastores toca juzgar la genuina naturaleza de tales carismas y su ordenado ejercicio."

Para lograr este discernimiento como carisma del Espíritu Santo, que también lo pueden tener los laicos como carisma, es necesario pedirlo y no suponerlo nada más que por razón del oficio. Nada en la Iglesia se da porque sí. Existe un orden, un plan de Dios, que está por encima de todo orden y plan de los hombres. El discernimiento supone:

1a) Que se debe tener experiencia concreta de los carismas, ya que todos los católicos somos "carismáticos". Esta experiencia supone apertura y acogimiento del Espíritu Santo.

2b) Que se ha de discernir la diferencia que hay entre unos carismas y otros, así como sus objetivos primarios.

3c) Supone que se deben "descubrir con sentido de fe", "reconocer con gozo" y "fomentar con diligencia" estos carismas de los laicos (cf. PO, 9).

4d) Existe una gran diferencia entre el discernimiento adquirido por la cultura religiosa y el adquirido como carisma del Espíritu Santo. Aquél es un don natural que, por más elevado que sea, jamás se puede comparar al carisma del Espíritu Santo que es un don perfecto que procede de lo alto.

Finalmente, ¿qué clase de discernimiento puede darse en aquel que ni siquiera cumple con los acuerdos del Concilio y se opone sistemáticamente al ejercicio de los carismas? Obviamente que de esta actitud no puede salir el discernimiento que se requiere.

También se habla de "su ordenado ejercicio", pero ¡ay del que pretenda ocupar el lugar del Espíritu Santo en la Iglesia! Aunque este error parezca exagerado, lamentablemente es por demás común. En lugar de dejarnos guiar por el Espíritu de Dios que "obra con una libertad soberana que a veces asombra" (Juan Pablo II), y siempre en el ejercicio del amor más profundo, nos ponemos a regular y normalizar conductas y acciones que sólo el Espíritu Santo conoce. Lo hacemos porque queremos saber de dónde venimos y adónde vamos, pero el resultado es que de este modo nunca escucharemos su voz. ¿Quién es quién en la Iglesia para decirle al Espíritu Santo: "¡No! ¡Así no!"? No dejaríamos de ser el barro que le dice a su alfarero: "Tú no sabes." En esto tiene que existir una notable delicadeza en los pastores y en el clero en general, no sólo con respecto a los laicos, sino y sobre todo con respecto a la persona del Espíritu Santo. Todo esto está señalado en la Escritura e incluso en el Magisterio de la Iglesia. De ninguna manera es una opinión personal.

Pero tengamos bien en cuenta esto que nos sugiere el mismo plan de Dios para su Iglesia:

> Nada nos va a unir tanto en la Iglesia, a pastores, sacerdotes, religiosos y laicos, como el ejercicio pleno de los carismas en ellos y en nosotros ¿Por qué? Porque es el plan de Dios: ¡Así se edifica la Iglesia!

Los laicos podemos dar testimonio de que ya estamos viviendo y gozando esta íntima unión en el Espíritu Santo con todos ellos, alabando juntos al Señor de la Vida, trabajando codo a codo en la evangelización, con la sencillez de Cristo y el poder del Espíritu Santo. Los carismas edifican la Iglesia, según los planes de Dios, pues nos van indicando su voluntad divina para cada circunstancia de nuestra vida, para cada tarea apostólica, para todo lo que sea organización, haciéndonos, de este modo, instrumentos de la providencia divina, instrumentos de sus planes.

5) "El juicio de los pastores no es para apagar al Espíritu, sino con el fin de que todo lo prueben y retengan lo que es bueno."

Es lo mismo que se les ha dicho en LG, 12. Esto supone que efectivamente "lo prueben todo". O sea, deben juzgar más que las expresiones externas, los frutos que se producen. En la práctica de los carismas y de la evangelización con el poder del Espíritu Santo, advertimos que muchos sacerdotes escépticos, con respecto a los carismas y a la fuerte experiencia de Pentecostés, cambian de parecer cuando ven los frutos, ante los cuales no pueden cerrar los ojos. Estos frutos son principalmente y, ante todo, las conversiones y los cambios profundos de vida, que el

sacerdote puede apreciar en el sacramento de la reconciliación, por el modo de las confesiones, a las que los mueve el mismo Espíritu Santo: el que "convence de pecado", para darnos la vida.

Tengamos en cuenta que, si nuestra predicaciómn no produce conversiones, por más que hayamos pronunciado un "gran sermón", dudemos de lo que estamos haciendo. No lo estaremos haciendo como Dios quiere.

Estos frutos son también las liberaciones de malos espíritus, como el odio, el espíritu de venganza, la falta de perdón, la envidia que, dicho sea de paso, provocan muchas enfermedades que con frecuencia desaparecen cuando hay liberación. También se dan conversiones de los que provienen de las sectas, de las prácticas de hechicería, de las sectas pseudorreligiosas y hasta satánicas, de los que vienen de la droga, del alcohol, del vicio. Con todos ellos trató el Señor. Muy lejos estaríamos de imitarlo, si no queremos saber nada con esta gente, y de hecho no lo hacemos. Tal vez pretendemos una Iglesia "limpita" de todas estas cosas: una Iglesia de sanos y perfectos únicamente. Pero la única verdad es que Jesús vino por pecadores y enfermos y que vino a sanarlos y liberarlos. Él ha querido que nosotros hagamos lo mismo, con el poder que nos ha dado. Tengamos en cuenta que la sanidad perfecta es la santidad, por donde podemos apreciar mejor cuántos andamos aún enfermos más de lo que pensamos. El objetivo de todo esto, según el corazón de Cristo, es para que todos tengan la vida en Él dada por el Espíritu Santo (cf. Rm 8, 2). No nos debemos escandalizar, entonces, de todas estas cosas ni juzgarlo "imprudente". Son nada menos que los signos mesiánicos en plena acción (cf. Mt 11, 2-5) y que nosotros debemos repetir (cf. Jn 14, 12; 1 Jn 4, 17; 2,6), sin escandalizarnos de Él (cf. Mt 11, 6). Si esto es bueno para todos y son frutos de la evangelización y "signos de fe" establecidos por el mismo Cristo (cf. Mc 16, 17-18), ¿cómo no "retenerlo"? Sólo de este modo se logra no apagar el Espíritu. Por supuesto que cabe a los pastores corregir abusos, como hay abusos en todas las cosas, incluyendo la práctica de los sacramentos, de la Liturgia, en la interpretación de las Escrituras, etc. Pero una cosa es "corregir" el abuso y otra cosa es prohibir sistemáticamente los carismas, contrariando la Escritura y el Magisterio. Se estaría obrando contra los acuerdos del Concilio, cosa que "ninguna persona ni autoridad, conscientemente o por ignorancia", puede hacer. Tengamos en cuenta que el escollo más grande

para recibir con gozo los carismas del Espíritu son nuestros juicios "prudentes" nacidos de la "carne y de la sangre", pero no de Dios. Estos juicios "prudentes", a veces, reducen todo a mero simbolismo, sin distinción alguna de lo que puede ser símbolo o sentido literal. De este modo se saca del Evangelio y del plan de Dios el sentido "maravilloso" que Dios le ha dado a su propio plan (cf. Is 28, 29) y, ciertamente que no vamos, por este camino, hacia "un gran acierto" (id.) sino, por el contrario, a un gran desacierto. Despojamos al Evangelio de aquellas cosas que fascinan y asombran: "Mi Padre hará cosas mayores que éstas para que os asombréis" (Jn 5, 20). Nosotros, a veces, parece que no queremos que nadie se asombre ni quede fascinado con las cosas de Dios en la Iglesia. Ni siquiera con las celebraciones litúrgicas. No hacemos otra cosa que desbaratar los planes de Dios. Lo mismo que hizo Pedro con Jesús. Jesús nos puede decir, entonces, con todo fundamento: "¡Apártate de mí, Satanás!". Pero se trata del poder de Dios en plena acción. Es su misericordia y su gran amor por los seres humanos. Y no lo podemos esconder. Reducir todo lo maravilloso que hay en Dios y en sus planes a meros simbolismos sin pena ni gloria, como juego para intelectuales, no hace otra cosa que comprometer más nuestra salvación y la de los demás. Es lo más parecido que hay a una traición al Señor de la Vida.

19. Un bien para toda la Iglesia y para toda la comunidad

El Concilio pide a todos los miembros de la Iglesia, de acuerdo con los planes divinos, la misma revelación y la Tradición, la renovación en el Espíritu Santo, manifestada ya en muchos movimientos eclesiales, como respuesta franca y abierta al Concilio. Sería muy lamentable que estos movimientos fueran confundidos como un *boom* del momento, un "*boom* del Espíritu Santo", como se ha dicho. Como si al Alma de la Iglesia pudiera hacérsela a un lado. Sin darnos cuenta, estamos decretando nuestra propia muerte espiritual, porque la muerte es eso: un cuerpo sin alma.

La renovación en el Espíritu Santo es, por tanto, una tarea que incumbe a todos los católicos, en todos los niveles. Más aún, es tarea de todas las Iglesias, porque es el camino ecuménico por excelencia, trazado por Dios mismo, pues es el plan de su única Iglesia. Por lo tanto, la

razón fundamental de ello es que pertenece a la esencia del plan divino para nuestra salvación y santificación y para la verdadera edificación de la única Iglesia de Cristo, pues es voluntad divina y, además, no podemos ignorar que nuestro bautismo sacramental es de "regeneración y de renovación en el Espíritu Santo" (Tt 3, 5). Es además la salvación que Dios nos ofrece por el Espíritu Santo y que nadie puede rechazar en la Iglesia so pena de cometer el pecado contra el Espíritu Santo.

Juan Pablo II trata sobre este tema tan importante en su encíclica sobre el Espíritu Santo. Él se pregunta: "¿Por qué la blasfemia contra el Espíritu Santo es imperdonable? ¿Cómo se entiende esta blasfemia? Responde santo Tomás de Aquino que se trata de un pecado 'irremisible según su naturaleza, en cuanto excluye aquellos elementos, gracias a los cuales se da la remisión de los pecados' (*Summa Theol.*, II-I, q. 14, a. 3).

Según esta exégesis (agrega Juan Pablo II) la blasfemia no consiste en el hecho de ofender con palabras al Espíritu Santo; consiste, por el contrario, en el rechazo de aceptar la salvación que Dios ofrece al hombre por el Espíritu Santo, que actúa en virtud del sacrificio en la cruz" (DV, 46).

Nos debemos preguntar entonces cuáles son aquellos elementos "gracias a los cuales se da la remisión de los pecados" de que habla santo Tomás de Aquino. El mismo Papa nos lo indica a continuación: "Si el hombre rechaza aquel 'convencer de pecado' que proviene del Espíritu Santo y tiene un carácter salvífico, rechaza a la vez la 'venida' del Paráclito: aquella 'venida' que se ha realizado en el misterio pascual, en la unidad, mediante la fuerza redentora de la sangre de Cristo. La sangre 'que purifica de las obras muertas nuestra conciencia'. Sabemos que un fruto de esta purificación es la remisión de los pecados, de la que el mismo Espíritu es el íntimo dispensador y que presupone la verdadera conversión obrada por Él en la conciencia" (id.).

Pero algo que, cuando se lo contradice, tiene que ver con el pecado más grave de todos, al ser rechazado, como es el rechazo del Espíritu Santo que obra en nosotros la conversión, incluyendo ciertas palabras contra Él que manifiestan este mismo rechazo, pertenece por su misma naturaleza a la esencia de nuestra salvación. Por lo tanto, la renovación en el Espíritu Santo, que supone el ejercicio de los dones, frutos y carismas, que es el modo cómo el Espíritu Santo va obrando en concreto la remisión de los pecados en la intimidad de nuestra conciencia, que necesita de la renovación constante en el mismo Espíritu, pertenece también a la esencia de nuestra salvación y no sólo a ella, sino también a nuestra santificación, que no es otra cosa que nuestra salvación en plenitud. Por todo esto, san Pablo nos dice que "el hombre interior se renueva de día en día" (2 Co 4, 16). El mismo Espíritu Santo nos lleva a apreciar los sacramentos y a vivirlos profundamente, por lo cual no dejaremos de acudir al sacramento de la reconciliación para concretar esta obra del Espíritu Santo, que ya ha realizado en nuestra conciencia.

¿Qué se sigue de esta realidad que nos ha explicado Juan Pablo II?

Que la renovación en el Espíritu Santo no puede limitarse en modo alguno a ningún movimiento eclesial, como si fuera una tarea exclusiva de estos grupos o movimientos y no de toda la Iglesia. Consta, porque se oye decir, que "la renovación en el Espíritu Santo es propia y exclusiva de algunos grupos eclesiales o movimientos". En realidad, no se ha tomado plena conciencia aún, en algunos miembros de la Iglesia, que la renovación en el Espíritu Santo está pedida por el Concilio Vaticano II a todos los católicos sin excepción alguna, pues es la esencia de nuestro bautismo sacramental y parte del plan de Dios para nuestra salvación y santificación. Santo Tomás diría que los carismas son uno de aquellos elementos para nuestra salvación que no podemos rechazar. Ya hemos visto el sólido fundamento que la sustenta. Decimos, además, que esta renovación es "carismática", por cuanto el Espíritu Santo nos trae los carismas para edificar la Iglesia, además de sus dones y sus frutos, con todo lo cual, sin separar una cosa de la otra, se obra nuestra redención. Estos mismos dones nos predisponen de la mejor manera para recibir los sacramentos con fruto. El mismo Concilio nos pide a todos el uso y el ejercicio de los carismas. No puede existir confusión en la Iglesia con estos grupos de renovación en el Espíritu Santo. El hecho es que, con alguna frecuencia, se pide a estos grupos de renovación en el Espíritu Santo que se inserten en la Iglesia, cuando en realidad son todos los miembros de la Iglesia, tanto del clero como laicos, los que deben estar insertados en la renovación en el Espíritu Santo ¡desde el bautismo sacramental! Tengamos en cuenta las palabras del mismo Señor Jesús quien nos dice que también una sola palabra contra el Espíritu Santo no será perdonada en este mundo ni en el otro, con lo cual está resaltando la gran importancia que Él le confiere a la tercera Persona de la Santísima Trinidad, pues tiene tanto que ver con nuestra salvación y santificación. Tan

grave puede ser, entonces, tomar al Espíritu Santo a la ligera o no considerarlo, o hablar mal de sus dones y de su modo de actuar en la Iglesia. Cuando lo hacemos así, muchas palabras en su contra son pronunciadas sin darnos cuenta, pero debemos tomar conciencia de ello, porque es el más grave de los riesgos que existen en la Iglesia.

20. Ayuda del clero a los laicos

Cuando se habla, en el Concilio, de la ayuda que debe prestar el clero al apostolado seglar, se pide a los sacerdotes que "busquen con todo cuidado las formas que den mayor eficacia a la acción apostólica" (AA, 25). Pero, habiendo una "forma" por excelencia que es la que está revelada y actuada por la Iglesia desde su inicio, no como resultado de la ocurrencia humana sino como obediencia al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, sería temerario de nuestra parte insistir en buscar "formas" que se aparten de la "forma" elegida por el mismo Cristo. Si nos ponemos a buscar "con todo cuidado" en el Evangelio, en el Libro de los Hechos, en las cartas apostólicas y en el mismo Magisterio de la Iglesia, vamos a hallar cosas sorprendentes: unos porque estaremos todavía muy lejos de esas "formas" y otros, porque al obedecer a Cristo como los apóstoles y como es deber de todo cristiano, descubrimos una forma divina de evangelizar que no la puede superar ninguna otra. Aun si lo hacemos con los medios de comunicación de última generación, eso no quita que la "forma" elegida por Dios mismo se diluya en la nada.

Hablamos precisamente de una forma que dé mayor eficacia, y tenemos revelado en las Escrituras, como Palabra de Dios, lo siguiente:

1) Jesús les pidió a los Apóstoles que aguardasen la Promesa del Padre, que oyeron del mismo Jesús, porque Juan había bautizado en agua, pero ellos iban a ser bautizados en Espíritu Santo dentro de pocos días, con referencia al misterio de Pentecostés (cf. Hch 1, 5).

2) Les dijo que, en esa oportunidad, recibirían la fuerza del Espíritu Santo, que vendría sobre ellos: eso los transformaría en sus testigos (cf. Hch 1, 8).

3) Pentecostés, no es el bautismo sacramental ni el sacramento de la confirmación, sino la donación del Espíritu Santo a la Iglesia, para siempre y renovable permanentemente: "La Promesa es para vosotros, para

vuestros hijos, para los que que están lejos, para cuantos llamare el Señor Dios nuestro" (Hch 2, 39). De este modo, los Apóstoles salen completamente renovados y lo serán por el Espíritu Santo en toda sus actividades.

4) La misma gracia de Pentecostés es dada a los gentiles, aun antes de ser éstos bautizados: "¿Cómo le vamos a negar el bautismo a éstos que han recibido el Espíritu Santo como nosotros"? (Hch 10, 47).

5) La misma experiencia de Pentecostés es una experiencia sensible: Jesús ha recibido del Padre al Espíritu Santo prometido "y ha derramado lo que vosotros véis y oís" (Hch 2, 33).

6) El efecto de esta gracia pentecostal es la vida plena de la Iglesia que comienza a crecer y extenderse: "Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones" (Hch 2, 43). "Acudían al templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegía y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar" (Hch 2, 46-47).

7) San Pablo evangelizaba "con la palabra, las obras, la eficacia de los prodigios y milagros y con el poder del Espíritu Santo" (Rm 15, 18-19). Pablo VI nos dice que "gracias a los carismas (que nos permiten hacer lo que hacía Pablo) somos verdaderos evangelizadores" (EN, 74).

8) Cuando Pablo quiere dar las características de todo apóstol dice: "Paciencia probada en los sufrimientos y también señales, prodigios y milagros" (2 Co 12, 12).

9) Cuando Pablo nos dice que "sois carta de Cristo, redactada por ministerio nuestro, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en los corazones" (2 Co 3, 3), nos dice también que "nuestra capacidad viene de Dios, el cual nos capacitó para ser ministros de una nueva Alianza, no de la letra, sino del Espíritu. Pues la letra mata, mas el Espíritu da vida" (2 Co 3, 4-6). Somos, pues, según Dios, "ministros del Espíritu Santo". Y este ministerio realmente es "glorioso" (2 Co 3, 8).

10) Nosotros, católicos, debemos "anunciar lo que ni el ojo vio ni el oído oyó ni al corazón del hombre llegó lo que Dios tiene reservado para los que lo aman" (1 Co 2, 9). Este texto puede referirse tanto a lo rea-

lizado por Cristo, como también a lo revelado por el Espíritu Santo en nuestra intimidad, siempre relacionado íntimamente con lo obrado por Cristo y como vivencia de la misma verdad revelada por Cristo. En efecto, "A nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios" (1 Co 2, 10). Y todo esto es porque sólo el Espíritu Santo "conoce lo íntimo de Dios" (1 Co 2, 11).

11) Ninguno de nosotros ha recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales debemos hablar, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales (cf. 1 Co 2, 12-13).

12) Este mensaje de Cristo Jesús que es anunciado por los que predican el Evangelio, en el Espíritu Santo, enviado desde el Cielo, es el "mensaje que los ángeles ansían contemplar" (1 P 1, 12). Los ángeles ciertamente no desean contemplar nuestras formas y planes propios de evangelizar.

Con toda franqueza: ¿Hay en la Iglesia alguien que pueda presentar una "forma" que dé mayor eficacia a la acción apostólica? Estos textos de la Sagrada Escritura ¿no hacen el marco adecuado de esta "forma eficaz"? Si hemos de buscar, "con todo cuidado", estas formas, ¿no las hemos de buscar en las Escrituras y en la voluntad de Dios manifestada a través de ellas? ¿O acaso vamos a presumir de hallarlas con nuestros propios criterios?

Entonces, la "forma" de Dios, no la nuestra, es la siguiente: Comenzar desde la fuerte experiencia de Pentecostés. Lo pide Jesús a todos. Lo pide el papa Juan Pablo II a todos los católicos, en homilías, en encíclicas, en alocuciones, en discursos.

No me atrevo a decir más, porque éste es el principio del fin. Luego de esta experiencia, se sigue todo lo que los Apóstoles y primeros cristianos vivieron para su permanente asombro y renovación en la fe. Sin esta experiencia, se hace inútil hablar de otras cosas que están reveladas, como las que hemos visto, pues no se entenderían. Pero, al menos, tengamos en cuenta una expresión feliz del papa Juan Pablo II en su encíclica sobre "la permanente validez del mandato misionero", especialmente para aquellos que están buscando un cambio radical en sus vidas

y en su apostolado: "Los apóstoles viven una profunda experiencia que los transforma: Pentecostés" (RM, 24). Sin ser transformados totalmente por el Espíritu Santo, no podemos hacer gran cosa en la Iglesia. Seguiríamos hablando de otros métodos "eficaces", según nosotros. Pero "el reino no consiste en palabrerío, sino en poder" (1 Co 5, 20). Las palabras de Pablo VI son definitorias: "El Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización", por eso "sin el Espíritu Santo no hay evangelización posible" (EN, 75). Cuando, en una reunión que trata sobre la evengelización, no se menciona siquiera al agente principal ni se lo consulta, pudiendo hacerlo por el carisma de profecía, sobre todo en comunidad, realmente no sé qué estamos haciendo, si no es buscar nuestras "propias formas eficaces", dejando a un lado las formas eficaces que Dios ha elegido en su plan, que no las tenemos en cuenta. Muchos pensamos que todo depende de nuestras capacidades humanas, pero Juan Pablo II nos dice que "la misión no se basa en las capacidades humanas sino de la fuerza del Resucitado" (RM, 23). Pero a pesar de ello nos dedicamos a renovar los métodos y coordinar acciones, pero el papa Juan Pablo II nos dice muy claramente que "no basta renovar los mÉtodos pastorales, ni organizar y coordinar mejor las fuerzas eclesiales, ni explorar con mayor agudeza los fundamentos bíblicos y teológicos de la fe; es necesario suscitar un nuevo anhelo de santidad, entre los misioneros y toda la comunidad cristiana" (RM, 90). Pero el que nos hace santos es el Espíritu Santo.

En esas reuniones, nos dedicamos a ciertas técnicas e incluso tratamos de formarnos mejor y pensamos en la elocuencia humana, en temas sociológicos y psicológicos, pero Pablo VI nos dice: "Las técnicas de evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrán reemplazar la acción discreta del Espíritu. La preparación más refinada del evangelizador no consigue absolutamente nada sin Él. Sin Él, la dialéctica más convincente es impotente ante el espíritu de los hombres. Sin Él, los esquemas más elaborados sobre bases sociológicas y psicológicas se revelan pronto desprovistos de todo valor" (EN, 75).

Hay una explicación muy sencilla de todo esto. Es que nosotros somos cristianos y, si lo somos, debemos actuar como actuó Cristo: con la unción del Espíritu Santo, guiados siempre por Él; ver las cosas de Dios desde el Espíritu Santo y no desde nuestra miopía y torpeza espiritual. No podemos suplantar en ningún caso la palabra revelada por nuestros

criterios. Ello ha constituido siempre el escándalo de Cristo. No lo olvidemos.

En el trato con el Espíritu Santo vamos a hallar aquella "naturaleza y forma de acción del Espíritu Santo en la evangelización", que Pablo VI pedía que estudiásemos (EN, 75). Aquí lo presentamos con fundamentos en la Escritura y en el Magisterio de la Iglesia y hasta podríamos añadir de la Tradición, pues los santos Padres conocían perfectamente bien la gracia de Pentecostés, descrita con detalles admirables: "Como los cuerpos iluminados irradian luz, del mismo modo, las almas que llevan al Espíritu Santo son iluminadas por el Espíritu. Ellas mismas se tornan espirituales y destellan la gracia a los otros. De allí brotan la ciencia del futuro (la profecía), la inteligencia de los misterios (palabras de sabiduría o ciencia), la comprensión de los secretos (la acción del Espíritu Santo de llevarnos a la verdad completa), la distribución de los carismas (necesarios para edificar la Iglesia), el gozo celestial y el gozo del coro de los ángeles, el gozo infinito, la perseverancia con Dios y el colmo del deseo ¡llegar a ser como Dios!" (san Basilio, *Tratado sobre el Espíritu Santo*, cap. IX). San Basilio está dando no una clase de retórica sino de teología. Nada de esto es ajeno al que se deja conducir por el Espíritu Santo, incluyendo el coro de los ángeles, de lo cual no pocos pueden dar testimonio.

¿Deberemos insistir adónde nos llevan nuestros pensamientos cuando no son los de Dios? ¿Podemos esperar acaso un cambio fundamental en nuestra evangelización concebida casi siempre al modo nuestro? ¿Algún fruto?

No debemos rasgarnos las vestiduras ni echar tierra al aire, sino, con espíritu de humildad, caer en la cuenta de dónde estamos fallando a Dios, dónde hemos escondido los talentos que Él nos ha dado, sobre todo el talento del Espíritu Santo; qué hemos hecho con su Palabra, sus mandatos, sus planes. ¿O es que no creemos que podemos ver la gloria de Dios, manifestada en este mundo a través de los carismas del Espíritu Santo, como tras un velo, como dice san Pablo, pero que es el único modo de comunicarnos con Dios en este mundo? No es nuestra posición lo que debemos defender sino la causa del Señor: "El celo por tu casa me devora."

En la primera reunión que se hizo en la Iglesia para tratar el tema de la evangelización, aquellos hombres, que estaban llenos de Espíritu Santo, dijeron estas palabras: "Y ahora, Señor, ten en cuenta sus amenazas (la persecución de los judíos) y concede a tus siervos que puedan predicar tu palabra con toda valentía, extendiendo tu mano para realizar curaciones, señales y prodigios por el nombre de tu santo Siervo Jesús" (Hch 4, 29-30). ¿Por qué hoy no tenemos en cuenta lo que nos ha sido revelado, siendo así que "Jesús es el mismo ayer, hoy y siempre" y que "su palabra jamás pasará", y por lo tanto, jamás quedará recluida en un tiempo minúsculo de la historia?

La Iglesia que se manifiesta desde Pentecostés, aunque la llamamos "primitiva" que es algo así como llamar "primitivo" al Evangelio, es nada menos que la única Iglesia de Cristo en plena acción, con el poder del Espíritu Santo, con la interpretación directa de los testigos oculares de Cristo, una interpretación que permanecerá inconmovible a través de los siglos bajo la acción inefable del Espíritu Santo. Es Él quien "será Maestro de la misma Buena Nueva que Cristo anunció... ayudará a comprender el justo significado del contenido del mensaje de Cristo, asegurando su continuidad e identidad de comprensión en medio de las condiciones y circunstancias mudables. El Espíritu Santo hará, pues, que en la Iglesia perdure siempre la misma verdad que los Apóstoles oyeron de su Maestro" (DV, 4).

Es también san Juan quien nos dice que "debemos permanecer en lo que oímos desde un principio"; por lo tanto, en esta Iglesia, por más primitiva que sea, vamos a hallar los rasgos esenciales de la Iglesia de siempre y, sobre todo, la vivencia plena del Evangelio. Faltaba todavía, si se quiere, la formación de su estructura, la definición de las liturgias y oraciones, las definiciones dogmáticas, pero en lo esencial del Evangelio está todo en ella. Se mueve conforme a los mandatos del Señor, porque los cristianos están "llenos de Espíritu Santo", quien les hace obedecer a Cristo, en su obra santificadora (1 P 1, 2). Se mueve, por lo tanto, conforme a los mandatos y los planes del Señor, sin escandalizarse ni avergonzarse de Cristo. Algunas veces se dice que "estas cosas no se dan más", pero advirtamos:

1) Contradicen la experiencia de los que obedecen a Cristo.

2) Ni en las Escrituras ni en ninguna otra parte ni en la Tradición (salvo por error de algún santo Padre en paarticular, que ciertamente no hace a la Tradición) ni en el Magisterio, consta que se hayan cancelado los mandatos de sanar, expulsar demonios y resucitar a los muertos.

3) Muchos de estos mandatos son signos de fe, según el mismo Jesús, pero si decimos que ya no se dan más, no hacemos otra cosa que estar mostrando la falta de fe que tenemos.

Contra este auténtico panorama de fe, que nos presenta la Iglesia "primitiva", oponemos, a veces, todo nuestro aparato intelectual y racional, creyendo que hemos progresado incluso en la fe por reducir todo esto a mero simbolismo o a algo que pasó en su tiempo, pero que "ya no pasa más", tal como si el poder de Dios se hubiera agotado. Ha prevalecido la "palabrería", como dice san Pablo, sobre el poder de Dios, en lo cual consiste nada menos que el Reino (1 Co 4, 20) y se funda nada menos que la fe (1 Co 2, 5). Hemos invertido, en algunas ocasiones, la característica fundamental de la fe que no se apoya no en la ciencia de los hombres, como a veces se pretende de hecho, sino en el poder de Dios (1 Co 2, 5). No podemos negar el plan de Dios para evangelizar que nos fuera revelado, con lo cual nos constituimos en hijos rebeldes: "¡Ay de los hijos rebeldes, por trazar planes que no son los míos!" (Is 30, 1). Por lo tanto, ¡no caigamos en rebeldía! Y si el Señor dice "por trazar planes que no son los míos" es evidente que hay un plan de Dios para evangelizar y para cada cosa en la Iglesia. ¿Lo conocemos?

21. Jesús es el mismo ayer, hoy y siempre

Hoy, millones de católicos dan testimonio de que efectivamente, como decía Pablo VI "vivimos un momento privilegiado del Espíritu Santo" (EN, 75), porque siguen comprobando que, tal como está revelado, Jesús es el mismo ayer, hoy y siempre, produciendo las mismas sanaciones y liberaciones del Evangelio, en su santísimo y poderoso nombre. También se da la gracia de Pentecostés, como en la Iglesia primitiva. El primer Papa de la Iglesia, si estuviera entre nosotros, no tendría problema alguno para reconocer que hemos recibido el Espíritu Santo "como ellos", aquel día, porque él ha pasado por esa misma experiencia. Sólo el que carece de esta experiencia puede dudar de ello. Pero, ante el testimonio de tantos hermanos nuestros en la fe, ¿cómo cerrarse ante la riqueza de esta gracia pentecostal? ¿Acaso le podemos decir al Espíritu Santo y a Cristo: "No, así no"?

No solamente se vuelve a vivir la gracia del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, en su simplicidad evangélica, "sin discursos de humana sabiduría", sino que el Espíritu Santo nos lleva a edificar la Iglesia de Cristo, con la riqueza de sus carismas y se tiene la gloriosa experiencia de poder hablar "con palabras aprendidas del Espíritu Santo", que Él pone en nuestra boca, como está profetizado, cuando nos sumergimos en la oración contemplativa. El mismo Espíritu Santo nos lleva a ser contemplativos en la acción, aun sin darnos mucha cuenta de ello, cuando pasamos a ese estado.

¿No queremos creer en el plan de Dios que Él mismo ha calificado de "maravilloso" y "que conduce a un gran acierto" (Is 28, 29)? ¿Por qué, entonces, no nos resulta realmente maravilloso el plan de Dios, si no es porque no lo estamos viviendo? ¿Quién puede quedar impávido ante la presencia de Dios? "Ruge el león, ¿quién no temerá? Habla el Señor Yahveh, ¿quién no profetizará?" (Am 3, 8). Por Dios, ¡no perdamos tanta riqueza de Dios por nuestras torpezas intelectuales! ¡Por rendir culto a nuestra razón, a nuestra ciencia adquirida, poniéndola por encima de la fe, que no es nada de esto! No hagamos de nuestra razón un becerro de oro al cual adoramos y le ofrecemos como víctima nuestra propia fe. Tampoco nos acostumbremos a decir una sola palabra contra el Espíritu Santo, así como somos incapaces de decir una sola palabra contra Cristo. ¡Para el mismo Cristo, es más grave decirla contra el Espíritu Santo!

22. Formación del laico

Lo que debemos aprender los laicos, según el Concilio, es "cumplir esta misión de Cristo y de la Iglesia", sin manoseos racionalistas sino con la pureza de la fe: "viviendo de la fe en el misterio de la oración y la revelación divina" que sobrepasa la razón humana, "movidos por el Espíritu Santo, que vivifica al pueblo de Dios e impulsa a todos los hombres a amar a Dios Padre y al mundo y a los hombres en Él. Esta formación debe considerarse como fundamento y condición de todo apostolado fecundo" (AA, 29). Por lo tanto, no podemos sufrir desde la base de nuestra formación la deformación de pensar que somos los agentes principales de la evangelización o que somos nosotros los que formamos comunidades, los que nos formamos, los que hacemos todo... porque el que hace todo esto es el Espíritu Santo, a quien debemos secundar "con to-

da nuestra mente, con todo nuestro corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas", en su obra maravillosa como edificador principal de la Iglesia en su obra evangelizadora, revitalizadora y renovadora de la Iglesia y de cada uno de nosotros.*

Como nos enseña Juan Pablo II en su encíclica sobre el Espíritu Santo, "estamos en la comunicación de Dios al hombre por el Espíritu Santo" y lo estaremos así hasta el fin del mundo, viviendo en un perenne Pentecostés, de donde fluye la Iglesia, siempre renovada, por todos los siglos, hasta el último.

Juan Pablo II nos dice que "es de particular importancia la conciencia de que la labor formativa, al tiempo que acude inteligentemente a los medios y métodos de las ciencias humanas, es tanto más eficaz cuanto más se deja llevar de la acción de Dios" (ChL, 63). Pero, lamentablemente, este "dejarse llevar de la acción de Dios" para muchos, en la práctica, es un abstracto que se concreta erróneamente en acudir exclusivamente a los medios y métodos de las ciencias humanas, pero no lo haríamos de este modo "inteligentemente" ni siguiendo la lógica de la fe, que nos exige apoyarnos en el poder de Dios, creer en ese poder, creer en la acción de Dios en nosotros por medio de su Espíritu. En este sentido, nuestra formación debe estar basada en la oración y debe ser convertida en oración, una oración en la que se escucha la palabra de Dios y se ven sus manifestaciones y llegan al corazón del hombre cosas que jamás antes habían llegado, es decir, "lo que ni ojo vio ni oído oyó ni al corazón del hombre llegó lo que Dios tiene reservado a los que lo aman". Porque, si nos basamos exclusivamente en la ciencia de los hombres, estaríamos viviendo sin fe y sin agradar a Dios. Debemos creer en lo que está revelado: "Yahveh es el que da la Sabiduría" (Pr 2, 6) y, concretamente, la da en la persona de Cristo y en la persona del Espíritu Santo. "Voy a derramar mi Espíritu sobre vosotros y os voy a comunicar mis palabras" (Pr 1, 23). "Hijo mío, si das acogida a mis palabras y guardas en tu memoria mis mandatos (hoy sabemos, por Cristo, que el Espíritu Santo nos hace recordar su palabra), prestando tu oído a la sabiduría (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, Personas divinas y no conceptos abstractos), inclinando tu corazón a la prudencia (divina, no humana); si invocas a la inteligencia y llamas a voces a la prudencia, si la buscas como la plata y como un tesoro la rebuscas, entonces entenderás el

* Cf., del mismo autor, *La renovación de nuestra formación religiosa*, Buenos Aires, Lumen.

temor de Yahveh y la ciencia de Dios encontrarás, porque Yahveh es el que da la sabiduría" (Pr 2, 1-6).

¿No nos dice Santiago que, si andamos faltos de sabiduría, se la pidamos a Dios que la da en abundancia (cf. St 1, 5)?

Existen advertencias del Señor que debemos tener muy en cuenta en nuestra formación: "No te apoyes en tu propia inteligencia" (Pr 3, 5). "No seas sabio a tus propios ojos" (Pr 3, 7).

Sobran textos en que el Señor nos dice que Él nos educa: Dios es "el que forma el corazón de cada uno" (Sal 33, 15). "El Espíritu Santo que nos educa, huye del engaño" (Sb 1, 5) y sólo los que en Él confían entenderán la verdad (cf. Sb 3, 9). Por lo tanto, podemos concluir que "si Dios no nos forma, en vano nos afanamos formándonos nosotros" (cf. Sal 127, 1). Por esto mismo, "hay un saberlo todo que es abominación" (Si 19, 23) y sigue en este tenor: "Es estúpido el que carece de sabiduría. Más vale ser vacío de inteligencia y lleno de temor, que desbordar prudencia y traspasar la ley" (id. 23-24).

Como podemos ver, según el espíritu con que encaremos nuestra formación religiosa podremos salir sabios o necios.

23. Misión del Espíritu Santo

¿De qué modo concreto el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización? El Concilio lo explica suficientemente: "Para que la evangelización se realizara plenamente, Cristo envió de parte del Padre al Espíritu Santo para que llevara a cabo interiormente su obra salvífica e impulsara a la Iglesia a extenderse a sí misma" (AGD, 4). Aquí se nos está explicando indirectamente cómo la obra de Cristo fue hacernos llegar al conocimiento de la verdad eterna por su revelación, pero también cómo se pone en práctica por obra del Espíritu Santo, que el mismo Jesús nos ha dado "para siempre" (cf. DV, 59).

"El Espíritu Santo obraba sin duda ya en el mundo antes de que Cristo fuera glorificado. Sin embargo, el día de Pentecostés descendió sobre los discípulos para permanecer con ellos para siempre. La Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud; comenzó la difusión del Evangelio por la predicación y fue, por fin, prefigurada la unión de los pueblos en la catolicidad de la fe por medio de la Iglesia de la Nueva Alianza, que

habla a todas las lenguas y supera así la dispersión de Babel. Fue en Pentecostés donde empezaron 'los hechos de los Apóstoles', del mismo modo que Cristo fue concebido cuando el Espíritu Santo vino sobre la Virgen María, y Cristo fue impulsado a la obra de su ministerio, cuando el Espíritu Santo descendió sobre Él mientras oraba. El mismo Señor Jesús, antes de dar voluntariamente su vida para salvar al mundo, de tal manera organizó el ministerio apostólico y prometió enviar al Espíritu Santo, que ambos están asociados en la realización de la obra de salvación, en todas partes y para siempre.

"El Espíritu Santo unifica en la comunión y en el ministerio y provee de diversos dones jerárquicos y carismáticos a toda la Iglesia en todos los tiempos, vivificando, a la manera del alma, las instituciones eclesiásticas e infundiendo en el corazón de los fieles el mismo espíritu de misión que impulsó a Cristo. A veces, también se anticipa visiblemente a la acción apostólica, de la misma forma que sin cesar la acompaña y dirige de diversas maneras" (AGD, 4)

Hermoso texto que nos explica:

1) Cómo Cristo y el Espíritu Santo están asociados en la obra de la salvación y ello "en todas partes y para siempre". Por este solo motivo, no podemos prescindir del Espíritu Santo, en nuestra evangelización, de la misma manera que no podemos prescindir de Cristo.

2) Provee a la Iglesia de diversos dones jerárquicos y carismáticos. No pensemos en una jerarquía, por un lado, y en una Iglesia carismática por otro lado, porque toda la Iglesia es carismática. Por eso mismo, la Iglesia, nos enseña Juan Pablo II, "es una comunidad de carismas". La misma jerarquía es un carisma de servicio, orientado a la edificación de la estructura visible de la Iglesia. Es además un carisma de gobierno (regir, legislar y apacentar) y de enseñanza. Por otra parte, el carisma jerárquico no va solo. También a la jerarquía compete, en grado especial, el ejercicio de los demás carismas, como los primeros apóstoles dieron ejemplo y enseñanza de ello y, no cabe duda, de que el ejercicio de los carismas, junto con el resto del pueblo de Dios, ayudará grandemente a la unión entre clero y laicos, como ya lo hemos expresado. No debe separarse entonces lo que Dios ha unido. Tampoco se ha de olvidar el cimiento de los profetas, o sea, el carisma profético, propio del pueblo de Dios, el cual, como lo hemos visto, es cimiento de la Iglesia, junto con la jerarquía, que constituye el cimiento apostólico.

Todos los católicos ya sabemos que los carismas son para la edificación de la Iglesia en su sentido más amplio y rico, pues abarca ambos cimientos y a todo el pueblo de Dios. Una Iglesia sin profetas se empobrecería grandemente, y una Iglesia sin jerarquía no podría subsistir: ambos, en el plan de Dios, se complementan.

3) El Espíritu Santo vivifica, a la manera del alma, las instituciones eclesiales.

Gran importancia debemos darle a la persona del Espíritu Santo después de que el Concilio nos hablara de la renovación carismática en el Espíritu Santo y también los papas, especialmente Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II. Idéntica importancia le debemos dar al misterio de Pentecostés, lamentablemente tan poco estudiado y al estudio, profundo de los carismas.

¿Conocen todas las instituciones y movimientos de qué manera concreta vivifica el Espíritu Santo sus propios grupos? Porque caeríamos en un error, si pensáramos en abstracto sobre este tema. Como si dijéramos: "Sí, ya sabemos que el Espíritu Santo actúa de alguna manera" y nos conformáramos con ello, volviendo a prescindir del Espíritu Santo, como lo hemos hecho durante tanto tiempo para daño de la Iglesia. El Espíritu Santo lo hace por el aumento de las virtudes teologales y la donación en abundancia de los siete dones, de los múltiples frutos y los abundantísimos carismas. Y por medio de estos últimos, en el plan de Dios, no en el nuestro, se edifica la Iglesia. Ya hemos visto cómo "edificar" es santificarla y santificarnos, hacerla crecer día a día, extenderla por todo el mundo, incorporar "a los que se han de salvar", manifestando el poder de Dios mediante los carismas del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es quien nos hace obedecer a Cristo.

4) El Espíritu Santo infunde en los fieles el mismo espíritu de misión que impulsó a Cristo. ¿Queremos concretar un poco más esta frase elegida por el mismo Concilio? Es muy sencillo: pongamos con mayúscula la palabra "espíritu". ¿Por qué? Porque una de las verdades más hermosas y grandiosas, que apenas si cabe en nuestra mente y en nuestro corazón de seres humanos, es que Dios ha querido compartir con nosotros ¡su mismo Espíritu! Para hacernos uno con Él y a todos: ¡en un mismo Espíritu!

Si pretendiéramos lograr ese "espíritu de misión que impulsó a Cris-

to", pensando que se trata de nuestro espíritu, de nuestro esfuerzo, de nuestro entusiasmo, seguramente fracasaremos. En el plan, Dios no nos dio exclusivamente el espíritu nuestro para hacer tales proezas, sino que nos dio la Fuerza que viene de la alto, al Espíritu Santo, para poder ser testigos de Cristo, con valentía y como Dios quiere.

No se trata de otra cosa que de la voluntad de Dios para todos sus hijos. El mismo Espíritu Santo es capaz de infundir en nosotros la misma experiencia que tuvo Jesús con su Padre y los mismos criterios de Cristo para realizar nuestra misión en la Tierra, que es del todo semejante a la de Cristo. ¿Cómo no dar gracias a Dios? ¿Cómo no estallar en gritos de alabanza ante el plan maravilloso de Dios? El Evangelio sólo se hace presente y actual cuando se lo vive desde el Espíritu Santo. Por eso es tan grave para la Iglesia y para nosotros prescindir de Él o no acordarnos de Él.

5) Se anticipa visiblemente a la acción apostólica.

Si leemos esto y no atinamos a conocer cómo, de qué manera concreta se "anticipa", sería, una vez más, una de esas frases que inmediatamente pasan al archivo de lo abstracto. Pero la realidad es que el Espíritu Santo se anticipa a la acción apostólica a través de sus carismas, diciéndonos, por medio de la profecía, lo que va a suceder, qué tenemos que hacer, cómo va a ser ese encuentro, qué dificultades vamos a tener, cómo superarlas; nos alienta, nos conforta, nos da su palabra, nos habla para que podamos hablar "con palabras aprendidas del Espíritu Santo". Pero ¿dónde se da toda esta comunicación del Espíritu Santo con cada uno de nosotros? Principalmente en el misterio de la oración contemplativa, de la cual hemos hecho un "inalcanzable", como tantas otras cosas, pero nada más que por falta de fe. La contemplación no la vamos a lograr tirándonos de los pelos, o haciendo cosas raras ni con técnicas orientalistas ni poderes raros. A la contemplación más alta llegamos, reconociendo nuestra torpeza para orar y pidiendo al Espíritu Santo que acuda a nuestra torpeza y nos enseñe a orar". ¿Podemos acaso encontrar alguna ciencia, algún método, algún artificio para orar mejor que la persona del Espíritu Santo? Pero, como no lo tenemos en cuenta, acudimos a lo que no debemos acudir, porque es posponer la virtud y el poder del Espíritu Santo que nos ha sido dado para permanecer comunicados íntimamente con la Santísima Trinidad.

La contemplación es tan importante para la misión, que Juan Pablo

II nos ha dicho que, si nos somos contemplativos, nuestro testimonio no será creíble, pues debemos anunciar siempre lo que hemos visto y oído. "¡Pero eso ya pasó! ¿Cómo tenemos que hacer para ver y oír las cosas de Dios?" Así preguntaríamos, al mejor modo de Nicodemo. Pero ¡oh tardos y lentos de corazón! ¿No se nos dio al Espíritu Santo para hacer presente el Evangelio en nuestros días, con un Cristo presente y operante, lo mismo que ayer, hoy y siempre, con un Pentecostés permanente de donde fluye sin cesar con renovado brío la Iglesia de Cristo? Nosotros podemos ver, oír, palpar, saborear las cosas de Dios a través de los carismas del Espíritu Santo, pues es el modo que tiene Dios en su plan, para comunicarse con nosotros en este mundo. ¿No es verdad que tendríamos que preguntar: "qué debemos hacer, hermanos"? La respuesta es: comenzar por donde comenzó la Iglesia: por la fuerte experiencia de Pentecostés. Si el papa Juan Pablo II la está pidiendo a todos los católicos, tanto al clero como a los laicos, ¿no se nos ocurre que es por algo sumamente importante? ¿No es éste un signo que Dios nos ofrece para revertir tantas cosas que andan mal en algunos miembros de la Iglesia?

6) Sin cesar la acompaña y dirige de diversas maneras.

La Iglesia jamás ha estado sola. La acompaña Cristo en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía, con su presencia personal en cada uno de nosotros, junto con el Padre. Pero también la acompaña (nos acompaña) el Espíritu Santo y Él es quien, en el plan de Dios, la dirige de diversas maneras.

Toda la Iglesia no tiene que hacer otra cosa que "escuchar lo que el Espíritu dice a las Iglesias" de cada lugar, de cada tiempo, por todas partes del mundo y ser dóciles todos, clero y laicos, al Espíritu Santo, para hacer la voluntad de Dios por encima de cualquier otra cosa, que siempre será descabellada. Todos somos sus intrumentos. Todos somos, debemos ser guiados por el mismo Espíritu que guió a Cristo. Lo deben saber todos, los laicos, los sacerdotes, los obispos, los hermanos separados, el mundo entero, pues sobre este mundo caótico Dios ha derramado su Espíritu y son dichosos aquellos que lo saben acoger. La victoria del cristiano, de cualquier ser humano que eleve humildemente su mirada a Dios, consiste en saber acoger el don del Espíritu Santo (cf. DV, 55).

¿Cuál es esta misión de Cristo a la que hace referencia el Concilio? La misma que Jesús explica a los discípulos de Juan el Bautista. ¿Era Él que debía venir o debían esperar a otro? Jesús les responde: "Id y con-

tad a Juan lo que véis y oís: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva" (Mt 11, 2-6).

Ésta es la misión de Cristo. ¿Tenemos nosotros el mismo Espíritu de misión que impulsó a Cristo? ¿Hacemos tales cosas nosotros que nos llamamos "cristianos" o sea, "como Cristo"?

Cuando Jesús termina de explicitar su espíritu de misión, que consiste en tales cosas y, si tenemos en cuenta que "el Espíritu infunde en el corazón de los fieles el mismo espíritu de misión que impulsó a Cristo", añade una profunda palabra que debe hacernos reflexionar muy seriamente: "¡Y, dichoso el que no se escandalizare de mí! (Mt 11, 6).

¡Cuántos de sus hijos se escandalizan de Jesús aun dentro de su Iglesia y se hacen planes distintos a éstos, porque sienten vergüenza de estas cosas ante los hombres de este mundo! Pero el que se avergonzare de Jesús, Él mismo se avergonzará de él ante su Padre, nos ha dicho el Señor.

El espíritu misionero de Cristo debe ser igual en nosotros. Nos dice Jesús que, si creemos en Él, haremos las cosas que Él ha hecho (cf. Jn 14, 12), pero automáticamente pensamos de todo, menos hacer lo que Él hace. Además, nos ha dado mandato de hacerlo así. Si no creemos, entonces arranquemos del Evangelio estos textos, porque ni siquiera son simbólicos sino explícitos: Mt 10, 1; 10, 7-8; 28, 19-20; Mc 3, 14-15; 6, 7; 6, 12-13; 16, 17-18; 16, 20; Lc 9, 1-2; 9, 6; 10, 17-20 y muchos otros pasajes de los Hechos de los Apóstoles y de las cartas apostólicas. ¿Nos atreveremos a arrancar estas páginas? Recordemos que, si no le obedecemos a Cristo, es por no tener Espíritu Santo (1 P 1, 2). Pero cuando lo hacemos, vemos la gloria de Dios y las maravillas del plan evangelizador; de ello, hoy son millones de católicos los que pueden dar testimonio.

CAPÍTULO III

La formación de las comunidades por el Espíritu Santo

24. El *rol* de la autoridad y del Espíritu Santo en esta formación

Considerando la obra atribuida al Espíritu Santo, como lo hemos visto en los capítulos anteriores, debemos concluir que Él es el formador de toda comunidad eclesial, del mismo modo que es formador de la Iglesia. Pero de aquí se sigue que también es formador por excelencia de cada cristiano, desde el momento que es Él mismo quien, en el plan de Dios, graba en nuestros corazones la doctrina revelada por Él mismo y por Cristo. Este *rol* lo realiza a lo largo de toda nuestra vida, pero especialmente en la oración y en la contemplación. Allí graba a fuego la doctrina revelada y nos la hace vivir hasta sus últimas consecuencias. Entonces, si el Espíritu de Dios es formador de las comunidades y toda clase de grupos eclesiales, ¿cuál es la función de las autoridades de esos mismos grupos, instituciones y hasta de la misma jerarquía? Estamos hablando de todo tipo de autoridad en la Iglesia, desde el Papa hasta el último de los líderes o servidores o coordinadores, jefes, presidentes o como quiera llamárselos.

Ninguno de ellos puede ocupar, de modo alguno, el lugar del Espíritu Santo. Es cuando ellos se constituyen en "autoridad de dominio". Al ocupar el lugar del Espíritu Santo, de alguna manera comienzan a mandar según sus criterios y no según los signos del Espíritu Santo. Con frecuencia, ignoran el *rol* profético que les incumbe y no hacen uso de Él, volviendo a manejarse por cuenta propia. Cuando la autoridad se subordina humildemente y en fe a la obra del Espíritu Santo, entonces tenemos la esperanza de un "servicio liberador", porque "allí donde está el Espíritu de Dios está la libertad" (2 Co 3, 17). Toda autoridad, por lo tanto, debe ser guiada por el Espíritu Santo, secundando su obra comunitaria, aprendiendo, sobre todas las cosas, a contemplar esta obra de Dios en la comunidad, respetando la obra del Espíritu Santo en cada hermano y fomentando en todos ellos el deber y el derecho a ejercer los carismas, como nos enseña la Iglesia, sin poner trabas, excepto aquel orden divino que provenga de un discernimiento según Dios y no según nuestros propios criterios o sentimientos.

Toda autoridad en la Iglesia tiene el altísimo *rol* de acompañar la obra del Espíritu Santo en la comunidad y en cada uno de los hermanos. Deben sentirse los últimos y siervos de todos. Si no llegan a esto, se nota

de inmediato. Se sienten y actúan como primeros. Terminan por sofocar los carismas y tiranizar a sus hermanos, pues han olvidado que no son dueños de nada ni de nadie: "¡No ha de ser así entre vosotros!"

Se trata de una tarea responsable. Cuando se la toma como se debe, se transforma en una hermosa contemplación de la obra de Dios, en la comunidad, en cada miembro de esa comunidad y en uno mismo. Esta misma experiencia sobrecoge al que la realiza, y lo fascina, al ver la grandeza de Dios y su maravillosa providencia. Si él es guiado por el Espíritu, como Cristo lo fue en todo momento, y se deja conducir por su inspiración, aprende de inmediato a respetar la libertad de los hijos de Dios en sus subordinados y hacen ejecutar aquellos ministerios que nacen del Espíritu, como lo veremos más adelante, más que de planes propios. De este modo se le da lugar al Agente principal, para el mayor bien de la comunidad.

Nada más útil para el gobierno y la enseñanza que la oración en el Espíritu Santo, la cual, según Juan Pablo II, "es la expresión más madura del hombre nuevo que por medio de ella participa de la vida divina" (DV, 65).

Para gobernar, pues, para dirigir una comunidad, una parroquia, la Iglesia, la diócesis, una institución, un grupo, nada mejor que "participar de esta vida divina", un inmenso don que nos hace dialogar con la Trinidad y estar a la escucha de su palabra y de sus manifestaciones por medio de los carismas del Espíritu Santo. Entonces, el cristiano se llena, de este modo, de la sabiduría de Dios, más que de sus propios criterios que están muy lejanos de esta sabiduría.

Toda autoridad, cualquiera que ella sea, debe participar plenamente de esta vida divina. Ella nos hace "tener la mente de Cristo" y "revestirnos de los sentimientos de Cristo". Esta unión íntima con Dios, que es propia de todo cristiano, debe ser un hábito en los que son autoridad. De otro modo se exponen a ser autoritarios e injustos. Su prójimo, sus súbditos, los necesitan llenos de Dios y no vacíos de Él. Todo esto se hace una bella realidad, cuando portan los frutos del Espíritu. Si son autoritarios, altaneros, soberbios, amadores de discusiones, condenatorios, mentirosos, celosos, envidiosos, divisionistas, están manifestando a las claras los frutos de la carne (cf. Ga 5, 19-21). Es grave lo que nos revela Santiago: "Si tienes en tu corazón amarga envidia, no te jactes o mientas contra la verdad. Tal sabiduría no desciende de lo alto, sino que

es terrena, animal y diabólica. Pues donde existen envidias y espíritu de contiendas, allí hay desconcierto y toda clase de maldad. En cambio, la sabiduría que viene de lo alto es, en primer lugar, pura, además pacífica, complaciente, dócil, llena de compasión y buenos frutos, imparcial, sin hipocresía" (St 3, 14-17).

25. Los "hombres naturales"

Una de las cosas que más nos cuesta es llegar a esta trasformación que el Espíritu Santo realiza en nosotros y ser guiados por Él. Sin el ejercicio de los carismas, jamás sabremos, en concreto, cómo el Espíritu Santo nos guía. Muchas veces, comienzan aquí los problemas, por la misma razón que ya nos revelara san Pablo: "El hombre natural no comprende las cosas que son del Espíritu de Dios; para él son una necedad" (1 Co 2, 14).

Resulta increíble hallar a tantos "hombres naturales", a pesar de profesar que son cristianos, y aun dentro no sólo de nuestra Iglesia sino de cualquier otra Iglesia. Ello puede suceder en todos los niveles y es tanto más grave cuanto más altos cargos se tienen. La primera y obvia consecuencia que se sigue es que serán los que más duramente critican a "los nacidos del Espíritu Santo", tal como los describe Jesús. No les cae bien que sean "como el viento", porque no lo terminan de entender. Al hombre natural le parece que estos cristianos son necios y hacen necedades. Pero éstos son los que obedecen a Dios y hacen su voluntad, cumpliendo sus planes. Para el hombre natural, los milagros y prodigios que el Señor hace y nos manda hacer también son necedad. Para ellos, no dejan de ser "curanderos", "iluminados", "imprudentes", "presuntuosos", "fantasiosos", "extravagantes".

Pero los que tienen al Espíritu Santo obedecen a Cristo y no se avergüenzan de ello. Éstos no se atan a esquemas humanos cerrados sino que se abren a la obra de Dios en ellos y en sus comunidades. Obran con la lógica de la fe y no con la lógica que enseña el mundo. Es lo que más desconcierta a los hombres naturales, quienes sólo atinan a utilizar sus torpes criterios humanos donde no radica la fe, como se nos ha revelado. Los que son guiados por el Espíritu Santo, como debe serlo todo cristiano sin excepción, están apoyados enteramente en el poder de

Dios, es decir, viven de fe. Por eso hacen las obras que hacía Jesús, no solamente con "la eficacia de los prodigios y milagros" sino también con las conversiones más profundas en el nombre poderoso del Señor, pues para eso son los prodigios y milagros, en el plan de Dios. Pero al hombre natural eso le parece que es poco menos que una herejía.

Los hombres guiados y transformados por el Espíritu, como los pide el Concilio y los últimos papas, como está revelado y lo enseña la Tradición, deben sufrir este escarnio, pero en ello se alegran y saltan de gozo, pues están viviendo las bienaventuranzas, participando de este modo, al menos, de una parte de la cruz de Cristo.

Hoy, hay algunos que quieren que todos estén cortados por una misma tijera: queremos que sean "prudentes" y "razonables", que "no provoquen admiración en la gente", siendo así que las primeras comunidades cristianas "gozaban de la admiración de todo el pueblo" (Hch 2, 47). Es decir, se prefiere que sean lo más híbridos posibles, para que no sean problema para nadie. Queremos, a veces, a un cristiano que de Cristo tenga lo menos posible; y lo más triste es que a veces lo logramos. Cuantas veces obramos de este modo, estamos sofocando al Espíritu y apagando su luz, negamos a Cristo, nos alejamos del Evangelio y de los planes de Dios a pasos agigantados; en fin, no tenemos gusto por las cosas de Dios sino por las cosas de los hombres. Andamos como los Apóstoles antes de recibir al Espíritu Santo.

Pero con el Espíritu, el fuego que Cristo vino a traer a la Tierra arde tal como Él lo deseaba. El testimonio de un cristiano auténtico es una constante interpelación a la rebeldía del ser humano, al hombre natural, que se siente muy cómodo, muy seguro, con sus propios pensamientos. ¿Es que no debemos encarnar el Evangelio en nuestra vida, como el Verbo se hizo carne, y cumplir los planes de Dios, como nos enseñó Jesús? ¿No le debemos decir a Dios, como María, "hágase en nosotros conforme a tu palabra", a tus planes, a tu voluntad?

Sólo cuando somos fieles al Espíritu Santo estamos marchando por el camino maravilloso de Cristo hacia la verdad completa que nos da la vida plena que Jesús vino a traernos. De otro modo, no pasaremos de vivir la vida sin pena ni gloria del "hombre natural".

Muchas veces me he preguntado por qué nos cuesta tanto respetar la libertad de los hijos de Dios. Pero creo que la respuesta es: porque todavía no vivimos nosotros mismos en la libertad del Espíritu Santo. Esta experiencia íntima es necesaria para comprender la libertad de los demás.

26. Dos tipos de seres humanos

Todos sabemos que es tremenda la realidad cotidiana en que se dan tantas contradicciones y tantos encuentros desagradables, tal como si estuviéramos en una permanente lucha de unos contra otros, en lugar de seguir el mandato de Jesús de amarnos los unos a los otros. Donde se da este verdadero milagro, se puede tener incluso un anticipo del Reino de los Cielos.

¿Por qué andamos muchos lejos de esa meta, debiendo ser el objetivo principal de nuestra vida cristiana en este mundo? Hay una pista. Para que se dé esta lucha es necesario que exista algo que la alimente: una realidad permanente. Esta realidad parece que la hallamos en el hecho de que existen dos clases de seres humanos bien diferenciados: los que son guiados por el Espíritu Santo, conforme al plan de Dios y los que son guiados por el espíritu del error.

Debemos hacer una aclaración necesaria, porque "ser guiados por el espíritu del error" no significa necesariamente estar en brujerías, hechicerías y poderes diabólicos. Podemos ser "religiosos", inclusive estar o pertenecer a alguna Iglesia cristiana, estar incluso en la única Iglesia, pero aquellos que se guían por los propios criterios, pasan a engrosar las filas de los que son guiados por el espíritu del error. Más aún: existe una realidad que explica esta lucha y desencuentro casi permanente con tantas personas: el que no es guiado por el Espíritu Santo es guiado automáticamente por el espíritu del error, pues es un grave error apartarnos de la mente de Cristo para pensar sólo con la nuestra.

Los hijos rebeldes son los que se guían "por sus propios pensamientos, por caminos equivocados" (Is 65, 2). Basta guiarnos por nuestros pensamientos, prescindiendo de los de Dios, prescindiendo del Espíritu Santo, para que seamos "hombres naturales". Por esta misma razón, necesitamos acoger el don del Espíritu.

Pero esta realidad no sólo es un bien para la Iglesia, sino para todo el mundo, pues sin el Espíritu de Dios estamos en lo que Dios mismo

llama "muerte", por cuanto carecemos de la vida en Cristo Jesús, que es la verdadera y única vida.

El reto es grave, es importante, es de suma trascendencia y depende de nuestra elección.

Dios ha derramado al Espíritu Santo sobre toda carne. Todos los seres humanos lo tienen a su alcance. Pero deben reconocerlo y aceptarlo. Porque todo lo que es imposible al hombre, le es posible a Dios, por el Espíritu Santo, espíritu vivificante, dador de vida, el único dispensador de la verdadera vida, como lo fue de aquellos huesos secos de Ezequiel, pues al soplar sobre ellos la recobraron, y dice la Escritura que "formaron un innumerable ejército" (cf. Ez 37, 1-14).

Cuando algo se hace "imposible" en nuestra vida de fe; cuando el Evangelio nos resulta una pesada carga; cuando los mandamientos se nos hacen una pesadilla, es porque andamos sin Espíritu Santo, "la fuerza que viene de lo alto", como la ha definido Cristo, y que ningún ser humano posee, si Dios no se la da; la que nos da la victoria; la que nos hace vivir el Evangelio y cumplir los mandamientos.

Esta misma "posibilidad", que se hace experiencia en el hombre de fe, es la realidad más asombrosa de su vida y, tal vez, la prueba más formidable de la existencia de Dios, que permanece a su lado y se le manifiesta para transformarle su vida por completo, como el mismo ser humano ni siquiera lo puede imaginar: "nos da más de lo que pedimos y deseamos", nos dice san Pablo, y ¡es la gran verdad! Porque nadie puede imaginar siquiera los caminos que nos conducen "a un gran acierto" (Is 28, 29). Ir por ellos, a través de Cristo y del Espíritu Santo, es la verificación más asombrosa de la verdad revelada.

Pero, aunque nos parezca extraño, esto mismo es la gran enseñanza de Cristo, pues Él mismo fue ungido y guiado por el Espíritu durante toda su vida humana. Tal vez sea la enseñanza más importante de Cristo, porque en ello nos va la vida eterna. Lo demás de su revelación son caminos de verdad que nos llevan a la vida eterna, pero el que nos hace ir por ese camino y participar de la vida divina es el Espíritu Santo.

Al mundo le podemos ser útiles, si nos dejamos guiar por el Espíritu de Dios, antes que por nuestros criterios. Es lo que muchos no hemos aprendido aún. Por lo tanto, el objetivo principal de toda autoridad en la Iglesia es formar hombres y mujeres que aprendan a dejarse guiar por el

Espíritu Santo y puedan tener experiencia de su presencia y de su acción en la intimidad de sus corazones. No podemos olvidar que somos "ministros del Espíritu y no de la letra, porque la letra mata, mas el Espíritu da la vida".

27. Cómo hace el Espíritu a la Iglesia y a toda comunidad eclesial

Nos dice Juan Pablo II que "la participación del pueblo de Dios en la misión mesiánica no deriva sólo de la estructura ministerial y de la vida sacramental de la Iglesia. Proviene también de otra fuente: la de los dones espirituales o carismas" (*Oss. Rom.* 26-6-92).

Esta afirmación del Papa es de gran importancia para comprender la función de los carismas en la participación de la misión mesiánica de Jesús. Sin ellos, estaríamos omitiendo algo de suma importancia en el plan de Dios. Debemos pensar que es la razón del fracaso de muchas comunidades, de muchas parroquias, de muchas instituciones y grupos eclesiales que no terminan de entender ni aceptar sin reticencias los carismas del Espíritu Santo necesarios para la evangelización y para la edificación de la Iglesia. ¿Cómo explicar esta realidad, si se carece de la fuerte experiencia de Pentecostés?

El Espíritu Santo no sólo da los carismas jerárquicos para la estructura visible de la Iglesia, sino también para la estructura de cada comunidad, pues todo cuerpo eclesial necesita vertebrarse en su propia estructura so pena de desdibujarse y perder su identidad propia. Esto conviene tenerlo simpre en cuenta. Uno de los riesgos más sutiles, en algunas comunidades, es la tentación de separar lo que Dios ha unido íntimamente. Por ejemplo: la libertad de los hijos de Dios, de las estructuras jerárquicas, sin tener en cuenta que la libertad en el Espíritu se mueve libremente dentro de esa estructura que es el Cuerpo de Cristo. Además esta libertad es la que se da aun cuando la más grande contrariedad nos visita y nos parece sofocar esa misma libertad. Se trata, en realidad, de aprender de aquella libertad soberana del Crucificado, para quien ni la muerte ni el oprobio fueron un obstáculo para ella.

El Espíritu no sólo se nos revela como alma de la Iglesia sino también

y, por la misma razón, como alma de toda comunidad eclesial, así como debe ser alma de cada cristiano.

Él hace que la Iglesia sea una en la diversidad de esas mismas comunidades y en la diversidad de cada persona. La Iglesia es jerárquica y visible. Además es modelo de cualquier otra comunidad. Así lo quiso Cristo desde un principio, estableciendo una jerarquía visible con el cuerpo apostólico y con Pedro a la cabeza de ellos. Pablo, al predicar el Evangelio de Cristo, por revelación privada, formaba comunidades carismáticas bien definidas como tales. Pero no duda en subir a Jerusalén para "saber si había corrido en vano". Es decir, va a controlar con la autoridad jerárquica de su tiempo la autenticidad de su predicación carismática y de su revelación privada. ¿Quién puede dudar de que esta actitud de Pablo, revelada como palabra de Dios, refleja aquella prudencia divina que hace que jamás actuemos solos? Pablo, de esta manera, no sólo no perdió la libertad que Cristo le concedió sino que la consolidó, gracias a su obediencia.

Las comunidades que creen hallar la libertad en su total independencia, caen fácilmente en aquello del libro de los Proverbios: "El que vive apartado, busca su capricho, se enfada por cualquier consejo" (Pr 18, 1). Esta verdad es fácilmente verificable. No existe comunidad alguna, ni siquiera la Iglesia misma, que no necesite de consejo. Para eso mismo existe, en el plan de Dios, el cimiento de los profetas, además del de los Apóstoles.

No podemos olvidar que este cimiento profético es para edificar la Iglesia de la misma manera que lo es el cimiento apostólico. El consejo profético se da precisamente por el carisma de profecía que también y, a su modo, sirve para edificar la Iglesia. Una libertad con temores de ser arrebatada no es precisamente verdadera libertad. Si el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, lo es también de cada célula del Cuerpo místico, las cuales, unidas y jamás separadas, en razón de ese mismo Espíritu, forman la Iglesia visible.

El Espíritu Santo nos trae los dones, frutos y carismas que embellecen a la misma Iglesia, pero no sólo es adorno sino también eficacia (cf. Rm 15, 18-19; 2 Co 12, 12). Todos ellos, sin omitir ninguno, unidos y no separados, están ordenados en el plan de Dios para reproducir en nosotros la imagen de Cristo y para la edificación de la Iglesia. Ya sabemos que "edificar la Iglesia" es consolidar su estructura jerárquica visible en

el mismo Espíritu; formar "adoradores en espíritu y en verdad" y agregar nuevos miembros, con lo cual, en una renovación constante dada por el Espíritu Santo, con la integralidad de aquellos dones, nunca separados, como a veces lo hacemos, la Iglesia crece y se edifica, en la unidad del único Espíritu. Lo mismo debe suceder en cada comunidad eclesial, en cada parroquia, en cada institución en cada movimiento o grupo eclesial.

28. Las comunidades "independientes"

Hay comunidades que repelen todo tipo de estructuras por mínimas que sean, incluso cuando hay estatutos para sus propios movimientos. Aunque éstos sean siempre corregibles, sobre todo de acuerdo con el Derecho Canónico, no dejan de ser un vínculo de unión y de orden. Precisamente, el "orden santo que Dios ha establecido en su Iglesia", pues eso quiere decir "jerarquía".

El orden es propio del Espíritu Santo. El desorden que proviene de los criterios humanos le es ajeno. La Iglesia misma, edificada por Cristo, es modelo de orden jerárquico sin mellar por ello la libertad de los hijos de Dios, antes bien, canalizando esa libertad en un orden deseado por Dios. Es el discernimiento de la autenticidad de esa misma libertad.

También existen comunidades que se han cerrado sobre ellas mismas, tal vez por los ataques continuos e injustos que han sufrido por parte de aquellos "hombres naturales" que pueden estar en cualquier parte. Al "no entender las cosas que son del Espíritu de Dios", tampoco han entendido el Concilio Vaticano II ni los llamados reiterados del Papa a dejarse guiar por el Espíritu Santo a través de los carismas, pues así es cómo lo realiza el Espíritu. Entonces, aquellos líderes han querido defender sus comunidades. Posiblemente ésta sea la tendencia de algunas comunidades a cerrrarse sobre ellas mismas. Tal vez les falta el sentido profundo de las bienaventuranzas que admite el gozo aun en medio del dolor y la incomprensión, las negaciones y las prohibiciones sistemáticas.

Hoy se afloja, cada vez más, esta presión ejercida sobre tantos movimientos eclesiales que muchas veces viven verdades olvidadas, que, sin embargo, están reveladas, pero por olvidadas llaman a sospecha, ignorándose que pertenecen a la Iglesia de pleno derecho divino, como ha

sucedido con los mismos carismas. No cabe en la Iglesia otra actitud que la apertura a todo lo que nos dicen el Concilio y los papas, pues no deja de coincidir con la Revelación y la Tradición.

Por otra parte, son todos los miembros de la Iglesia los que deben acoger la renovación en el Espíritu Santo pedida por el Concilio y deben acoger el pedido de Juan Pablo II, en el sentido de procurar la fuerte experiencia de Pentecostés, punto de partida, en el plan de Dios, para vivir el cristianismo en profundidad. Muchos movimientos actuales, "nuevos" en su manifestación, pero con muchos elementos revelados por Dios desde siempre, son la expresión de esta misma renovación que tarde o temprano ha de invadir a todos los miembros de la Iglesia, como que es una simple voluntad de Dios que todos debemos cumplir.

Los carismas regalados por el Espíritu Santo, juntos y jamás separados de los dones y frutos, están ordenados en el plan de Dios a la formación de todas las comunidades eclesiales, así sea la Iglesia universal como los más pequeños grupos, que son, deben ser, estructuras visibles, siempre en obediencia a su propia autoridad y a la autoridad de la Iglesia.

Aun negando la necesidad de cierto orden y jerarquía, estas comunidades más "independientes" implícitamente tienen de hecho un orden establecido por ellas mismas. De lo contrario reinaría el caos. Cada cabeza se constituiría en una identidad independiente de mando, creando de este modo la división y la desunión.

Esta tendencia, negativa por cierto, pero originada tal vez en la falta de comprensión sobre la necesidad de la jerarquía, debe hacernos comprender a todos lo que señalara admirablemente Ignacio de Lataquié, quien dijo que "sin el Espíritu Santo, la Iglesia es una simple organización... pero, con el Espíritu Santo, la Iglesia significa la unión trinitaria" (III Asamblea del Consejo Ecuménico de las Iglesias, Upsala, 3 al 19 de julio de 1968). Según los argumentos que hemos expuesto, podríamos decir que el "hombre natural" es quien hace de la Iglesia una simple organización, pero el que es conducido por el Espíritu, hace de la Iglesia la unión trinitaria.

Lataquié es el que dijo, en esa misma oportunidad, que "sin el Espíritu Santo la autoridad es un dominio... y, con el Espíritu Santo, la autoridad es un servicio liberador". ¿Qué problema puede existir, si la autoridad, toda autoridad en la Iglesia, es un "servicio liberador"?

Tenemos la experiencia de que en cualquier comunidad, grande o pequeña, cuando la autoridad deja de ser un dominio, se transforma, con el poder del Espíritu Santo, en un servicio liberador. Entonces es cuando las estructuras jerárquicas, necesarias a toda comunidad, alcanzan su propio y pleno sentido de servicio, como lo quiso el Señor.

Todo lo que es jerarquía y autoridad en la Iglesia necesita imperiosamente de la docilidad al Espíritu Santo. Él es quien lleva a amar y respetar la libertad de los hijos de Dios. Entonces es cuando el líder, la autoridad, secunda la obra del Espíritu Santo y contempla los signos abundantes de su acción fecunda, discierne y acompaña esta obra maravillosa del Espíritu para el bien común. De otra manera, seríamos sarmientos que no están unidos a la vid, con el riesgo siempre latente de secarse y secar a otros. El Espíritu Santo nos quiere a todos íntimamente unidos y amándonos los unos a los otros, sin divisiones. Amarse significa especialmente estar al servicio del otro, a través de los carismas del Espíritu Santo, compartir los bienes que Dios nos ha dado, como buenos administradores, enriqueciéndonos todos en familia, evitando relacionarnos como forasteros o extraños. El mismo Espíritu Santo nos lleva a vivir en la plenitud de este orden fundado en el amor recíproco. Despreciarlo puede ser signo de rebeldía; signo de no estar guiados por el Espíritu Santo que es Espíritu de unión. El amor comunica todas sus cosas y une. Otra cosa no es amor. ¿Qué será?

CAPÍTULO IV

La enseñanza del Papa sobre los carismas

("Iglesia, comunidad de carismas",
Oss. Rom. *26-6-92)*

29. Fundamentos de los carismas

La doctrina de los carismas, como fuente de la misión mesiánica, junto con la estructura ministerial y los sacramentos, según el Papa, "está recordada por el Concilio, se fundamenta en el Nuevo Testamento y contribuye a mostrar que el desarrollo de la comunidad eclesial no depende únicamente de la institución de los ministerios y de los sacramentos, sino que también es impulsada por imprevisibles y libres dones del Espíritu que obra más allá de todos los canales establecidos".

Los carismas son dones perfectos que proceden de lo alto, del mismo Espíritu Santo, y están ordenados principalmente a la edificación de la Iglesia en su sentido más amplio. Se diferencian de los "dones naturales" en que cada uno posee éstos desde su nacimiento, en cuanto han sido dados también por Dios en el acto creativo, pero siempre en el orden natural. En cambio, los carismas, o "dones espirituales", proceden de lo alto.

Su fundamento no puede ser más claro: Los hallamos en el Nuevo Testamento y en el Antiguo, puesto que los carismas ya son anunciados por los profetas. Los mismos profetas tienen el carisma de profecía dado por el mismo Espíritu Santo. Además son recordados por el Concilio, al que debemos obediencia por razones estrictas de fe. El mismo papa Juan Pablo II nos habla con detalles sobre ellos como lo iremos viendo en este capítulo. Se definen como necesarios para "el desarrollo de la comunidad eclesial", que es lo que hemos estado viendo en los capítulos anteriores. Este desarrollo eclesial es impulsado por los carismas, a los que el Papa llama "imprevisibles y libres dones", para lo cual se requiere un discernimiento adecuado. Y estos mismos carismas, como manifestación concreta de la acción del Espíritu Santo, "obran más allá de los canales establecidos", es decir, nos sorprenden continuamente, algo que en el ejercicio de ellos se aprende.

Esto último es lo que más desorienta al que no está acostumbrado a ejercerlos, al que no tiene experiencia de ellos y se equivoca groseramente cuando intenta discernirlos en el marco de esta ignorancia. Al desconocer su naturaleza (son dones perfectos) y la acción de ellos (son para la edificación de la Iglesia), fácilmente resultan "sospechosos". Pero ésta es la grave consecuencia de habernos olvidado, tantos miembros de la

Iglesia, del Espíritu Santo y de sus carismas: del alma de la Iglesia y de los instrumentos otorgados por el alma de esa Iglesia para edificarla.

Sin ellos ¿cómo hemos estado edificando la Iglesia? La Iglesia es el Cuerpo de Cristo. ¿Podemos acaso concebir un Cristo sin carismas? Entonces, tampoco podemos concebir una Iglesia sin carismas. Sin el Espíritu Santo, ¿cómo nos hemos arreglado para cumplir con el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo? "¡Es que lo tenemos!", podemos decir. Pero no dejarnos guiar por el Espíritu Santo, concretamente, por medio de sus carismas, es lo mismo que no tenerlo, porque estamos obstaculizando su acción en nosotros.

Debemos tener especial cuidado, porque es el pecado que más se aproxima al que no se perdona, pues estamos rechazando "la salvación que Dios nos ofrece por medio del Espíritu Santo".

El mismo Papa está sugiriendo el estremecimiento que producen los carismas: "A través de estas gracias especiales, resulta manifiesto que el sacerdocio universal de la comunidad eclesial es guiado por el Espíritu con una libertad soberana ('según quiere', dice san Pablo en; 1 Co 12, 11) que a veces asombra."

Basta dejarse guiar por el Espíritu, en la práctica, para ser asombrados por Él. El Papa afirma, además, que el mismo sacerdocio universal de la comunidad eclesial es guiado por el Espíritu Santo.

El asombro es el que más desconcierta también al "hombre natural" y al que no tiene en cuenta la naturaleza propia de los carismas o no ha alcanzado experiencia alguna de ellos. Por este camino se han presentado no pocos inconvenientes en el discernimiento de los carismas. A veces, los tildamos de "imposibles" o "no verdaderos" porque sobrepasan nuestros esquemas racionales. Sin embargo, a través de ellos, muchos veces aumentamos las virtudes teologales, nos santificamos y llegamos a la contemplación.

30. Cómo actúan en las personas

El mismo Papa, con toda autoridad, lo explica sobradamente: "Cada uno de nosotros recibe multiformes dones que convienen a su persona y a su misión. Según esta diversidad, nunca existe un camino individual

de santidad que sea idéntico a los demás. El Espíritu Santo manifiesta respeto a toda persona y quiere promover un desarrollo original para cada uno en la vida espiritual y en el testimonio."

El Papa repite lo que nos dice el Concilio tantas veces, con respecto a los "múltiples carismas" de los laicos, pero nos aclara que éstos "convienen a su persona y a su misión", o sea, están ordenados a cada individuo y a la misión de ese individuo dentro de la Iglesia y según los planes de Dios.

Por este solo motivo deberíamos prestarle suma atención a los carismas y procurar conocer los que el Espíritu Santo nos ha dado. Como dice san Pablo, "no podemos permanecer en la ignorancia de los carismas" (1 Co 12, 1), como lo hemos hecho por tanto tiempo. En primer lugar, porque está revelado así, como Palabra de Dios: es Dios mismo quien nos pide "no permanecer en esta ignorancia", pues no haríamos otra cosa que entorpecer los planes de Dios, como lo hemos hecho.

En segundo lugar, otro aspecto importantísimo es la individualidad de la santidad de cada cristiano, precisamente a través de los carismas: "según la diversidad de ellos", pues este camino que debemos indagar personalmente, de ninguna manera es idéntico a los demás.

Pretender una santidad uniforme para todos es ignorar la naturaleza y forma de acción de los carismas y su influencia en nuestra santidad. En este sentido no debemos imitar a nadie, salvo a nuestro Señor Jesucristo, que es el prototipo de hombre nuevo, por donde todos debemos marchar, pero según nuestra individualidad: el plan de Dios para mí no es el de Cristo ni los dones que Dios me da son la plenitud de los dones de Cristo, pero el Espíritu, que es el artífice de la santidad de cada uno de nosotros, es el mismo en todos.

Debemos pensar en la inmensa variedad de carismas que se dan, como para realizar nuestra "individualidad cristiana".

De esta realidad, de que "no existe un camino individual de santidad idéntico a los demás", se sigue que procurar una modalidad de santidad idéntica en toda una comunidad eclesial es un grave error, pues estamos forzando el plan de Dios y a las personas.

Debemos observar el carisma de cada uno, la misión para la cual ha sido elegido y, como siempre debe hacer la autoridad, secundar la obra

del Espíritu Santo, que es el formador de esa misma comunidad, así como lo es de cada persona.

Si cada persona tiene un plan diferente, es fácil pensar que cada comunidad eclesial también lo tiene. Sería un grave error pretender que todas las comunidades de un mismo movimiento o institución tengan exactamente y absoluntamente las mismas características concretas de ser.

Otra vez estaríamos desbaratando los planes del Espíritu Santo y ocupando su lugar: Él nos hace diversos por los carismas y la misión, pero nosotros los queremos a todos iguales. Incluso pensamos que una comunidad anda mal cuando no hace lo que nosotros creemos erróneamente que ha de suceder en todas las comunidades. Deben aprender cuanto antes los que gobiernan, del modo que sea, varias comunidades, que deben respetar la modalidad de cada una de ellas. Lo importante no es que sean iguales sino que obren con un mismo Espíritu. El Espíritu guía a cada comunidad según las necesidades que se dan alrededor de esa misma comunidad. Cuando intentamos hacer la unidad donde de hecho está la diversidad es cuando una autoridad se convierte, aun sin pretenderlo, aun con la mejor buena voluntad, en un simple dominio que no hace más que hacer sufir a las comunidades.

Lo que sigue, en la explicación que nos está dando el Papa, lo debemos aprender del Espíritu Santo: "El Espíritu Santo manifiesta respeto a toda persona y quiere promover un desarrollo personal para cada uno, en la vida espiritual y en el testimonio." También quiere promover un desarrollo personal para cada comunidad.

Si no entendemos la diversidad y la unidad de las comunidades eclesiales, siempre vamos a cometer errores de gobierno. ¡Cuántas veces se ha visto juzgar, criticar y hasta condenar una comunidad a otra, porque precisamente aquella otra tiene otra modalidad. Si cada uno piensa que su modalidad es la que debe ser para todas las comunidades se equivoca groseramente y da pie a la crítica negativa y tan poco cristiana. Debemos aprender entonces a respetar la modalidad de cada comunidad y de cada persona, pues esa modalidad que la caracteriza depende del Espíritu Santo y no de los que gobiernan. Cuando ocupamos, sin darnos cuenta, el lugar del Espíritu Santo, dejamos de estar a su servicio para servirnos nosotros de las comunidades y hacer estragos.

También debemos deducir, de este modo de obrar del Espíritu Santo, hasta qué punto debemos respetar las individualidades sin pretender hacer pasar a todo el mundo por el mismo patrón que hemos establecido nosotros.

La auténtica personalidad cristiana, entonces, está remarcada por los carismas que el Espíritu Santo da a cada uno, para edificación propia, de la comunidad y de la Iglesia, según el plan de Dios.

La autoridad de una comunidad debe aprender del Espíritu Santo el respeto a toda persona que el mismo Espíritu conduce, para promover en cada uno su propio desarrollo, siempre original, diverso a los demás y prescindir, en cambio, de todo desarrollo de estructuras de santidad preestablecidas por nosotros. Esto es lo que significa respetar "la libertad de los hijos de Dios". Esto debe ser algo sagrado en todo aquel que tenga autoridad. Si respetamos la libertad del hermano, logramos que nuestra autoridad sea efectivamente "un servicio liberador" y no un dominio estéril que apaga al Espíritu.

"En virtud de estos carismas —nos sigue diciendo el Papa— la vida de la comunidad está llena de riqueza espiritual y de servicio de todo género."

Así es. Esta riqueza se hace más que evidente en los grupos de oración carismática, que tanto alaba Juan Pablo II en su encíclica sobre el Espíritu Santo (tercera parte). La riqueza carismática original de cada uno enriquece a los demás. Esa riqueza, al compartirse, sirve para la edificación de esa comunidad que comienza a unirse en el Espíritu Santo y a través de sus carismas que nos dan a conocer, del mejor modo, la personalidad cristiana de cada hermano. No es, entonces, el conocimiento superficial de una comunidad que no se conoce más que por un trato social y no por el trato comunitario con las divinas Personas, envueltos todos en los carismas, que nos manifiestan la gracia y la hacen viva y actual. Así se edifica la comunidad, en el Espíritu de Dios, como Dios quiere.

Además de esta riqueza especial que confieren los carismas de cada uno al grupo, a la comunidad orante, ningún grupo de oración carismática, por su propia naturaleza, puede cerrarse en sí mismo. Los carismas desbordan al mismo grupo orante para hacer brotar, como fuente, la multiplicidad de los ministerios y la eficacia de una evangelización hecha realmente con el poder del Espíritu Santo y con sus carismas, en el testimonio de cada uno, tal como es el plan de Dios.

Toda institución o movimiento cuenta con comunidades, pero si no hay oración intensa y no se le da la importancia que el mismo Jesús le ha dado ("oren sin interrupción"), si además se prescinde de los carismas o no se les da importancia, se sofoca irremediablemente la riqueza que Dios quiere derramar en las comunidades y, de este modo, nos volvemos comunidades inoperantes, tal vez hasta con mucho trabajo, pero fundamentalmente sin Espíritu, sin carismas y sin frutos, o sea, siempre de espalda al plan de Dios.

Éste es un grave error que debe ser corregido. Una institución o movimiento que no ora comunitariamente y no se abre al Espíritu Santo, que es su edificador, comienza por sofocar al mismo Espíritu que le da vida y apagar su luz. No es así como el Espíritu Santo forma comunidades: se lo estamos impidiendo. No nos ha de extrañar, por lo tanto que en esas comunidades, en esas instituciones o movimientos jamás se vean "pescas abundantes" o abundancia de frutos.

Cuando el Espíritu Santo está presente y activo en la comunidad, por la fidelidad de cada uno de sus miembros, tenemos un crecimiento permanente, una renovación constante, vitalidad, pescas milagrosas y abundancia de frutos.

Ninguna institución ni movimiento puede quedar indiferente ante el plan de Dios y el pedido de la Iglesia. Su crecimiento verdadero no depende de sus capacidades humanas sino de aquella "Fuerza que viene de lo alto", para que seamos de verdad testigos de Cristo, como es el plan de Dios.

Sin el Espíritu Santo no somos testigos de nada ni de nadie, pues está claro lo que nos dice la Escritura: Sin Él, no le pertenecemos a Cristo (cf. Rm 8, 9) ni somos hijos de Dios (cf. Rm 8, 14) y podríamos agregar sin temor a equivocarnos, tampoco edificaríamos la Iglesia como Dios quiere. ¿Cómo salir de este escaso conocimiento de la persona del Espíritu Santo y de sus carismas que tanto mal hace a la Iglesia? Obedeciendo a lo que el papa Juan Pablo II nos está pidiendo insistentemente, como es tratar de lograr la fuerte experiencia de Pentecostés. Lo demás viene por añadidura. La gracia pentecostal es el origen de la Iglesia, de la evangelización, origen de cada comunidad eclesial, por pequeña que sea, y de la evangelización con poder, de esa misma comunidad.

La nueva evangelización ha de ser aquella "nueva evangelización"

que brotó con fuerza inusitada el día de Pentecostés: con la fuerza del Espíritu Santo, y con sus carismas, de lo contrario no será nada. Es mucho lo que en la Iglesia católica debemos reparar a la persona del Espíritu Santo, sabiduría de Dios, mucho más de lo que podemos pensar a simple vista y, si lo hemos ofendido, algún día lo notaremos y podremos decir lo que se nos dice en el libro del Eclasiástico: "He llorado mi ignorancia de ella" (51, 19).

Con los carismas que el Espíritu Santo otorga a cada uno en particular, "cada uno presta una contribución personal que los demás no ofrecen. La comunidad espiritual vive de la aportación de todos", nos sigue explicando Juan Pablo II, continuando con la lógica de la fe. En efecto, si los carismas convienen a cada persona y a su misión y ello lo hace ser único en la comunidad, entonces se sigue que la contribución que cada uno ofrece no puede ser la misma que cualquier otro pudiera ofrecer. Así, precisamente, se va formando el Cuerpo de Cristo, con distintas operaciones. Si todos quisieran ser lo mismo, tendríamos un cuerpo deforme y no el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

Por esto mismo, cuando no tenemos en cuenta al Espíritu Santo ni sus carismas, en lugar de edificar la Iglesia, la estamos deformando. ¿Cómo podría darse esta aportación tan importante de los carismas y la de las manifestaciones de Dios en cada uno, si no se manifiestan estos carismas de alguna manera práctica y se los tiene sepultados o ignorados? Los carismas, como todo talento dado por Dios, no son para guardarlos sino para darlos, para comunicarlos, para compartirlos: "Dad gratis lo que gratis habéis recibido." Cuando Jesús pronuncia estas palabras, está hablando precisamente en relación con ciertos carismas que nos ha pedido que ejercitáramos, como "curar enfermos, resucitar a los muertos, purificar leprosos, expulsar demonios" (cf. Mt 10, 8).

Negar esta aportación personal que "ningún otro puede hacer" equivale a sofocar al Espíritu que debe reinar en toda comunidad, al igual que el Padre y el Hijo, a los cuales decimos que le debemos hacer una misma adoración y gloria. Lo menos que debemos ser es ser lógicos con la fe que profesamos.

Además "nadie puede pretender recibir todos los carismas ni debe envidiar los carismas de los demás. Hay que respetar y valorar el carisma de cada uno en orden al bien del cuerpo entero".

Conviene aclarar que nadie posee todos los carismas, pero en cada persona ciertamente actúan varios carismas cuya presencia hacen a la personalidad espiritual de cada cristiano. También podemos pensar en carismas que son comunes a muchos, como puede ser el de alabanza, el de lenguas, el de profecía, el de espíritu de oración, el de discernimiento, el de servicio y de un mismo servicio, el de intercesión, el de sanación, y otros que se van limitando más como el de maestros, evangelizadores, etc. Por lo tanto nadie tiene todos los carismas, pero cada uno tiene los carismas que el Espíritu Santo quiere darle "para su persona y su misión".

De este modo, cada comunidad carismática, como debieran ser todas las comunidades eclesiales, por la suma de carismas comunes a todos. Éstos mismos que sobresalen distintamente en cada comunidad hacen las características propias de esa comunidad, que pueden ser parecidas pero no iguales y, lo más común es que sean diversas a otras comunidades. Lo mismo se nota en cada grupo de oración, es decir, la diversidad de modos de estos grupos: unos contemplativos, otros con la primacía de la alabanza gozosa, otros más dinámicos, otros con la característica profética, otros con el de sanación, otros de intercesión, etc. Pretender que todos los grupos de oración sean iguales es un desatino que va contra la libertad con que se mueve el Espíritu.

Lo interesante de todo esto es que, con los carismas, según la Palabra revelada, se construyen las comunidades eclesiales como Dios quiere y no conforme a las propias resoluciones con las cuales estaríamos trazando planes propios y ajenos al plan de Dios. Es obvio, según nuestra fe, que antes que tomar resoluciones por nuestra cuenta, debemos preguntarle al Señor cuál es su voluntad, cosa que el Espíritu Santo, mediante el carisma de profecía y las manifestaciones proféticas, da a conocer con sobrada claridad y fuerza, dentro del discernimiento en Espíritu.

No es posible que sigamos cometiendo el error de hacer planes al margen de los de Dios y luego le pidamos al mismo Dios que "bendiga nuestras resoluciones". Dios no las puede bendecir, pues estamos siendo "hijos rebeldes, por trazar planes que no son los míos", dice el mismo Señor (Is 30, 1). Esto no es más que tratar de manipular a Dios según nuestros criterios y no seguirle a Él, como es el deber de todos los discípulos de todos los tiempos.

Con los carismas del Espíritu Santo se construye la comunidad y queda especialmente unida por el mismo Espíritu de unión, de la mejor manera, porque es la manera que Dios ha elegido. La diversidad de los carismas nos hacen originales, como lo hemos visto, únicos, pero unidos en el mismo Espíritu de amor y de verdad. Todo esto lo debe comprender y dominar, desde la fe, toda autoridad, para no cometer errores y atropellos o injusticias. De otra manera, entorpecemos la obra del Espíritu Santo que la realiza de este modo concreto.

Decíamos que los carismas son para compartir. A este respecto, el Papa nos dice lo siguiente: "Es preciso tener presente que los dones espirituales deben aceptarse no sólo par abeneficio personal, sino ante todo para bien de la Iglesia: 'Que cada cual, escribe san Pedro, ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios' (1 P 4, 10)." Si los carismas son en su mayoría para compartir, entonces, por su propia naturaleza no se puede generalizar que todos ellos sean ocultos o silenciosos. Si están "al servicio de los demás", como nos dice san Padro, deben ser manifiestos.

31. Discernimiento de los carismas

El Papa, en esta misma catequesis sobre "La Iglesia: comunidad de carismas", nos ofrece los criterios de discernimiento que toda autoridad constituida en la Iglesia debe tener en cuenta. Ellos pertenecen además a lo que enseñan los maestros espirituales, pero sobre todo son los que se deducen aplicando la lógica de nuestra fe.

1) "La conformidad con la fe de la Iglesia en Jesucristo." Un don del Espíritu Santo "no pude ser contrario a la fe que el mismo Espíritu inspira a toda la Iglesia". Se trata de la fe tal como se nos revela y es enseñada por el Magisterio de la Iglesia, es decir, la que se apoya en el poder de Dios, en su Palabra, en su revelación, en sus pensamientos y no en los nuestros. Tampoco se trata de la mera prudencia humana. Esto mismo sería falta de discernimiento de la fe misma.

El Espíritu Santo jamás nos va a enseñar algo que nos aparte de la verdad revelada, porque Él mismo es Espíritu de la Verdad y quien precisamente, en el plan de Dios, "nos conduce a la verdad completa" y nos "lo enseña todo". El problema no está, entonces, en el Espíritu Santo si-

no en el espíritu del error que a veces "se disfraza de ángel de luz". Así han caído muchos en la historia de la Iglesia. Creyeron ser inspirados por el Espíritu de la Verdad, pero recibían inspiraciones contrarias a la Iglesia de Cristo y los arrancaba de otros muchos criterios de verdad, como no permanecer en lo que hemos oído desde un principio o negar abiertamente lo que la Iglesia enseña como dogma de fe. De allí han surgido todas las grandes herejías y los cismas. Recordemos el ejemplo de obediencia que nos da Pablo al subir a Jerusalén para confirmar su revelación personal (cf. Ga 2, 1-10). Así debemos obrar siempre.

2) "La presencia del fruto del Espíritu: amor, paz, gozo (Ga 5, 22) debe estar presente en el carisma." En efecto, es como la tarjeta de presentación del Espíritu Santo. El espíritu del error no puede dar lo que no tiene. El Espíritu lo da con largueza. Jesús mismo nos da un discernimiento fundamental, cuando nos dice que por los frutos seremos reconocidos. Pero principalmente debemos pensar "por los frutos del Espíritu Santo". A los señalados por el Papa, podemos añadir la bondad, la mansedumbre, la generosidad, la fidelidad y el dominio de sí (Ga 5, 22-23). Cuando se dan los frutos de la carne, tenemos el discernimiento de que allí no está el Espíritu de Dios (cf. Ga 5, 19-21).

Nos aclara el Papa: "Todo don del Espíritu favorece el progreso del amor, tanto en la propia persona, como en la comunidad; por ello produce alegría y paz. Si un carisma provoca turbación y confusión, significa o que no es auténtico o que no es utilizado en forma correcta." Hemos dicho también en este trabajo, que los carismas jamás deben ir solos, pues ellos merecen nada menos que la condena de Jesús, cuando van desprovistos de los frutos (cf. Mt 7, 22-23). Por ello, deben estar ligados siempre a los dones y los frutos del Espíritu, sobre todo la caridad, sin la cual nada tendría valor (cf. 1 Co 13, 1-3).

3) Deben estar en "armonía con la autoridad de la Iglesia y la aceptación de sus disposiciones". Sobre todo del Magisterio oficial, la autoridad de los Concilios y la del Papa, a quien debemos obedecer todos en la Iglesia, como a Cristo nuestro Señor. Como la jerarquía es también un carisma del Espíritu Santo, del mismo modo está sujeta a las mismas normas de discernimiento que los demás carismas. De lo contrario, se carecería del discernimiento que le es exigido por el mismo Concilio, pues "a ellos compete ante todo no sofocar el Espíritu, no despreciar las profecías (si seguimos fieles al texto de san Pablo), examinar todo y quedarse con lo bueno (cf. 1 Ts 5, 19-21) (LG, 12)." En el texto del Concilio no figura "no despreciar las profecías", pero pertenece al texto y a la Revelación. Es otro signo de discernimiento, semejante a aquel otro de "no impidáis hablar en lenguas" (1 Co 14, 39), cosas que se deben tener en cuenta para no apagar el Espíritu.

Tampoco se pueden discernir los carismas sin el conocimiento de su naturaleza y acción, sin alguna experiencia de ellos o sin creer en ellos.

4) "El uso de los carismas en una comunidad está sujeto a una regla sencilla: 'Todo sea para edificación.' Es decir, los carismas se aceptan en la medida en que aportan una contribución constructiva a la vida de la comunidad, vida de unión con Dios y de comunión fraterna."

Es interesante ver en las palabras del Papa cuántos efectos se siguen del uso de los carismas. Los ha presentado como útiles para la comunión fraterna, para la unión con Dios, para construir la comunidad, para la riqueza de los frutos apostólicos, para la santidad, para la renovación de la Iglesia, convenientes para la persona y para su misión, para el desarrollo original de cada uno de nosotros, según el plan de Dios, para compartirlos, para la riqueza espiritual de la comunidad, para el mejor ordenamiento de la vida del Cuerpo de Cristo. Por eso debemos respetar y valorar los carismas de los demás (no despreciarlos ni envidiarlos) para el bien del cuerpo entero. Y, de paso, nos habla de cómo nuestra meta es edificar la comunidad: el bien del cuerpo entero, más que nuestro bien particular.

32. La profecía tan olvidada

Uno de los carismas más útiles a la comunidad y a los ministerios apostólicos es la profecía. Pero la profecía no es solamente anunciar el futuro ("el Espíritu Santo les hablará de las cosas por venir"), también es recordar, con la oportunidad y la profundidad con que lo hace el Espíritu Santo, lo que se nos ha revelado ("los recordará todo lo que los he dicho") o tener una enseñanza oportuna acerca de algún tema en especial que es mostrado por el mismo Espíritu Santo ("los enseñará todo").

Juan Pablo II, después de distinguir el profetismo tal como lo entienden la psicología y la sociología modernas, nos dice de la profecía, como carisma del Espíritu: "Más bien, es cuestión de un profetismo de or-

den sobrenatural, tal como se presenta en el oráculo de Joel (cf. 3, 1), citado por san Pedro el día de Pentecostés: 'En los últimos días... profetizarán vuestros hijos e hijas' (Hch 2, 17). Se trata de anunciar, comunicar, hacer vibrar en los corazones las verdades reveladas, portadoras de la vida nueva concedida por el Espíritu Santo" ("Participación de los laicos en la función profÉtica de Cristo", catequesis de Juan Pablo II. Oss. Rom. 28-1-94).

Lo realmente importante de todo esto es que al profeta le habla Dios. El profeta está a la escucha de esta palabra divina. Entonces se da el carisma.

El profeta Joel, como lo ha mencionado el Papa en su catequesis, nos ha profetizado: "Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán. Vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños (proféticos)" (Jl 3, 1). Esos "hijos e hijas" somos todos nosotros hasta el fin del mundo. Y éstos son los que profetizan hoy. Los profetas exhortan, consuelan, animan, advierten, con la fuerza del Espíritu Santo, lo que el Señor les va diciendo. Acerca de los profetas hay cosas reveladas que son asombrosas, como por ejemplo: "No, no hace nada el Señor Yahveh sin revelar su secreto a sus siervos los profetas" (Am 3, 7) y más adelante: "Habla Yahveh y ¿quién no profetizará?" (íd., 8).

Basta el carisma de la escucha de la Palabra de Dios para ponerse a profetizar. Así de sencillo. Lo dice el mismo Señor. Pero es necesario creer que podemos escuchar la Palabra divina: "escuchas su voz", nos ha revelado Jesús, y este prodigio se realiza en concreto a través de los carismas del Espíritu Santo: específicamente por el carisma de la escucha de la Palabra de Dios en nuestra intimidad.

Nos dice Jesús que el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que Juan el Bautista al que, a su vez lo ha declarado profeta y "más que profeta". De esto nos da la razón Él mismo: porque aquellos no vieron lo que Él vio. Juan, en cambio, preparaba los caminos del Señor que ya estaba presente. Pero tampoco Él vio y oyó completamente la Buena Nueva ni la Redención obrada por el Mesías, como nosotros somos testigos de ello. Por este solo hecho Jesús nos considera profetas mayores que los del Antiguo Testamento y aun mayores que Juan el Bautista. ¿Que no somos profetas? Jesús, cuando habla de las bienaventuranzas nos dice lo siguiente: "Bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi

causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros" (Mt 5, 11-12).

Jesús nos considera profetas que anunciamos al que ya vino, pero el destino de todo profeta es la injuria, la persecución, oír toda clase de males que se dicen contra él por causa de Jesús. Pero la historia del profeta no termina allí: debemos regocijarnos, porque grande es la recompensa en los Cielos, y el profeta lo sabe, porque está viviendo la bienaventuranza aquí en la Tierra, porque el celo por la casa de su Padre también lo devora a él, como lo devoraba a Cristo.

Todos los cristianos somos "sacerdotes, profetas y reyes", pero nos hemos olvidado de algo tan simple como que los profetas se llaman así porque profetizan.

En la práctica de los carismas, se profetiza en nuestra lengua y se profetiza "en lenguas", que es ese "gemido inenarrable" (Rm 8, 26) que pone el Espíritu Santo en nuestros corazones, pues Él "acude a nuestra torpeza para orar y nos hace pedir lo que ya el Padre quiere concedernos", de donde proviene la fuerza inmensa de esta oración.

Con frecuencia se profetiza en lenguas. Cuando existe el carisma de "interpretación de lenguas" tiene una fuerza muy singular. La profecía puede manifestarse en palabras, pero no es raro que venga acompañada con otras manifestaciones del Espíritu Santo. Lo mismo sucedía a los profetas del Antiguo Testamento: el Señor les mostraba alguna visión determinada y luego añadía su palabra profética y la ponía en boca del profeta. Un ejemplo de ello es la profecía sobre los "huesos secos" de Ezequiel (Ez 37, 1-14). Esto era frecuente entre ellos y también lo es hoy y del mismo modo. Recordemos cómo el Señor le muestra a Pedro una mesa bien servida y luego le explica de qué se trata (Hch 10, 9-33).

La profecía de hoy sigue el mismo camino y se da con frecuencia en los grupos de oración carismática, sobre todo en los grupos de oración de un ministerio. Entonces se puede verificar la importancia de la profecía en los ministerios apostólicos, pues el Señor va abriendo caminos, mostrando su voluntad, guiándonos y haciendo todo lo necesario para que nuestro ministerio sea eficaz. También se entiende, ante esta experiencia, por qué san Pablo nos dice que debemos aspirar a todos los carismas pero especialmente a la profecía (cf. 1 Co 14, 1) y nos recomien-

da que no nos avergoncemos de ella (cf. 1 Ts 5, 20) y en otra parte nos dice que "es cimiento de la Iglesia" (Ef 2, 20), junto con el cimiento de los Apóstoles. Por lo tanto, no podemos descuidar en la Iglesia un don tan grande de Dios para muchos de sus hijos.

La profecía, en todas sus variantes, orienta a las personas y a la comunidad en su vida propia y en los ministerios y todo ello se hace así para la mayor edificación de la Iglesia, según el plan de Dios. Si realmente nos fundamentamos en los profetas que nos precedieron y aceptamos que hoy, como ayer y, tal vez con mayor sentido, debemos seguir profetizando y viendo visiones proféticas, como ya fue profetizado, no haremos otra cosa que la voluntad de Dios.

La profecía de Joel se está realizando en nuestros días. Muy torpes seríamos, si nos escandalizáramos cuando ella se cumple. Así como se cumple esta profecía, se cumple toda profecía que procede de Dios y se realiza con la bendición de Dios lo que hoy se profetiza en su nombre.

¿Podemos entonces seguir de espalda a esta riqueza que Dios nos ofrece a toda la Iglesia y a cada comunidad, a cada institución o movimiento? Tenemos muy en cuenta nuestros proyectos y planes. ¿Acaso vamos a dejar a un lado los planes del Señor?

¡Oh Dios! ¡Cuántas cosas hemos perdido en la Iglesia por falta de fe! Pero gracias sean dadas a Dios, porque se vuelven a recobrar por la fe que se había perdido. Volvamos a beber de las fuentes de aguas vivas que el Señor nos ha regalado. De lo contrario seguiremos bebiendo aguas contaminadas, para nuestro daño, atrofia espiritual y perjuicio de la Iglesia y de cada comunidad cerrada al Espíritu y que no ha acogido aún este don supremo y maravilloso que es el Espíritu de amor del Padre y del Hijo. ¿Acaso no corremos el riesgo de caer en un pecado peor que el de los escribas y fariseos, cerrándonos hostilmente a toda moción del Espíritu, con lo cual paralizamos a la misma Iglesia, en lo que a cada uno corresponde?

Nada de lo que estamos comentando es despreciable como Palabra revelada por Dios. Si falta el Espíritu de Dios, nos falta algo que pertenece a la esencia del plan de Dios. No sería entonces el Espíritu Santo el formador, el creador de esa comunidad sino nosotros mismos y, esto jamás ha sido suficiente. Jesús ha definido al Espíritu Santo como "la Fuerza que viene de lo alto". Es la fuerza que no tenemos, pero es la que

nos capacita para ser verdaderos cristianos y testigos, con poder, de Jesús: "Llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros" (2 Co 4, 7).

A la tercera Persona trinitaria la recibimos plenamente en el bautismo en Espíritu Santo y fuego obrado por Jesús. Entonces es cuando toda la riqueza que existe en la Iglesia y que Dios nos ha otrogado, toman su pleno sentido y vivencia, incluyendo los sacramentos. Este bautismo no se regala ni se da cuando hay mala disposición, sino cuando Jesús ve en nosotros la disponibilidad necesaria, como la vio en los Apóstoles y demás personas, junto a María, la Madre de Jesús; como la disponibilidad manifiesta de los gentiles y la disponibilidad de cuantos tienen verdadera hambre y sed de Dios. Éstas son las condiciones absolutamente necesarias para poder recibir los dones de Dios en abundancia. Éstos no se regalan por que sí, sino que debe existir la necesaria colaboración del ser humano que no es otra cosa que el "sí" de María, con el cual manifiesta su mejor disponibilidad para ser su esclava y para que en ella se cumpla la Palabra de Dios y no la suya. Pero esta plenitud de la presencia operante del Espíritu Santo en nosotros es la experiencia fuerte de Pentecostés, pedida por el papa Juan Pablo II a todos los católicos, clero y laicos, para "ser apóstoles", para abrirnos al Espíritu Santo y conocer la riqueza de sus dones, frutos y carismas, con los cuales ciertamente edificamos la Iglesia, conforme al plan de Dios, a través de su Espíritu que es el alma de la Iglesia.

33. Lo que nos dice el Papa sobre la profecía

Hemos visto que el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que el mayor de los profetas del Antiguo Testamento, como nos ha revelado Jesús (cf. Mt 11, 11). Entonces, es propio de los cristianos profetizar, incluso con mayor fuerza que aquellos profetas, pues estamos proclamando a Jesucristo, el Hijo de Dios, hecho carne, que nos ha redimido con su vida, pasión y muerte; una proclamación que todos los profetas anteriores no tuvieron la oportunidad de hacerla sino tan sólo como algo que todavía no había sucedido. Ellos ni siquiera conocieron como nosotros, tampoco Juan el Bautista, "el glorioso ministerio del Espíritu Santo" del que nos hablan san Pablo y san Pedro.

Así nos dice el Papa: "Entre los diversos dones, san Pablo estimaba mucho el de profecía hasta el punto que recomendaba: 'Aspirad a los dones espirituales, especialmente a la profecía' (1 Co 14, 1). La historia de la Iglesia, y especialmente de los santos, enseña que a menudo el Espíritu Santo inspira palabras proféticas destinadas a promover el desarrollo de la comunidad cristiana. A veces, en especial, estas palabras se dirigen a los que ejercen la autoridad, como en el caso de santa Catalina de Siena que intervino ante el Papa para obtener su regreso de Aviñón a Roma. Son muchos los fieles y sobre todo los santos y las santas que han llevado a los papas, y a los demás pastores de la Iglesia, la luz y la confortación en el cumplimiento de la misión, especialmente en momentos difíciles para la Iglesia.

Este hecho demuestra la posibilidad y la utilidad de la libertad de palabra en la Iglesia,* libertad que también puede manifestarse mediante la forma de una crítica constructiva. Lo que importa es que la palabra exprese de verdad una inspiración profética, derivada del Espíritu. Como dice san Pablo: 'Donde está el Espíritu de Dios allí está la libertad' (2 Co 3, 17). El Espíritu Santo desarrolla en los fieles un comportamiento de sinceridad y de confianza recíproca y los capacita para amonestarse mutuamente.

La crítica es útil a la comunidad que debe reformarse siempre y tratar de corregir sus propias imperfecciones. Pero, si viene del Espíritu Santo, la crítica no puede menos que estar animada por el deseo de progreso en la verdad y en la caridad. No puede hacerse con amargura, no puede traducirse en ofensas, en actos o juicios que vayan en perjuicio del honor de las personas o grupos. Debe estar llena de respeto y afecto fraterno y filial, evitando el recurso a formas inoportunas de publicidad y debe atenerse a las indicaciones dadas por el Señor para la corrección fraterna."

Este matiz de la profecía como "corrección fraterna" no sólo la poseen los fieles sino también la jerarquía y la ejerce con mayor frecuencia, pero para ella corren las mismas normas de que nos habla el Papa y que son dadas por Jesús a todos sin excepción ni distinciones.

"Si ésta es la línea de la libertad de palabra, se puede decir que no existe oposición entre carisma e institución, puesto que es el único Espíritu quién, con diversos carismas, anima a la Iglesia. Los dones espirituales sirven también en el ejercicio de los ministerios. Estos dones son concedidos por el Espíritu para contribuir a la extensión del reino de Dios. En este sentido se puede decir que la Iglesia es una comunidad de carismas."

* Recordemos que la autoridad debe secundar la obra del Espíritu Santo.

No puede haber oposición entre el carisma profético y la institución porque son los dos fundamentos de la Iglesia que jamás deben ir separados ni uno en detrimento del otro, pues son columnas que soportan el edificio eclesial (cf. Ef 2, 20). Estaríamos moviendo los cimientos de la misma Iglesia. Ciertamente, la Iglesia es una comunidad de carismas, porque tanto el cimiento de los apóstoles como el profético son carismas del Espíritu Santo. Por lo tanto, toda la Iglesia es carismática.

34. Amplitud de la profecía

La profecía, como se desprende de las Escrituras, no está vinculada solamente a la "crítica constructiva" para la enmienda de errores o desvíos, ni tampoco se limita a los santos canonizados, pues al momento de hacerlo no lo eran ni lo podían ser. Conviene aclarar este aspecto, porque siempre estaremos pensando que debemos ser "santos canonizables" y Dios quiere "santos", más que "santos canonizados".

El riesgo que corremos, al hablar de este modo, es que siempre la santidad se nos presenta como algo que está muy por encima de nosotros y no una simple voluntad de Dios que todos en la Iglesia, sin excepción, debemos cumplir, como cualquier otra voluntad de Dios. Además debemos ser, en este sentido, como Pablo, para quien los santos son sus mismos hermanos en la fe. Si comenzamos a sofisticar la santidad, cosa que el Señor jamás ha hecho, nos creeremos incapaces de las cosas más altas que Dios tiene reservadas para los que lo amen. La lejanía de la posibilidad de ser santos es una gran mentira y la que sale perdiendo es la misma Iglesia. Ella necesita que todos sus miembros sean santos. Si no lo somos, la primera consecuencia es que nos hacemos inútiles para los demás y para la misma Iglesia.

De este modo, nos podría quedar la impresión de que la misma profecía es algo inalcanzable, excepcional, propia y exclusiva de los santos y de las santas que ya han sido canonizados, pero no es éste el sentido

que el Concilio dio a los carismas, entre los cuales está la profecía. Los carismas, quedó definido así en el Concilio Vaticano II, no son "excepcionales" ni "poco útiles" ni "exclusivos de algunos místicos o santos" ni "raros" ni "poco frecuentes" sino todo lo contrario. Fue la posición del cardenal Suenens la que prevaleció sobre la del cardenal Ruffini, en los debates del Concilio. Hoy, seguir pensando de aquella manera tan ajena a la Revelación misma y a la Tradición no es sentir como siente la Iglesia y estaríamos en cierta rebeldía, si seguimos sosteniendo aquella postura equivocada.

La mejor respuesta está dada por el Concilio en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia (cf. LG, 12), que todos debemos acatar.

Por supuesto que el Papa se ha referido a un solo aspecto de la profecía, en esta oportunidad, vinculado a la corrección de errores que se pueden dar en la jerarquía, pues a ella no se le ha dado el don de la impecabilidad. Sabemos que también el Papa ha tocado el tema de la profecía extensamente en otras enseñanzas y hasta nos ha hablado de "la participación de los laicos en la función profética de Cristo", en su catequesis publicada en el *L'Osservatore Romano* (28-1-94).

La profecía tiene, además de lo que el Papa dice en esta oportunidad, la virtud de mostrarnos con mayor claridad y fuerza la voluntad de Dios, como por ejemplo, el sueño profético de Pablo que le indicaba ir a Macedonia en su acción apostólica.

¿Podría estar revelado en la Escritura a qué lugar concreto debe ir cada apóstol o cada grupo de evangelización, a lo largo de todos los tiempos? Ello es imposible en la Escritura, pero así obra el Espíritu Santo en todas las tareas apostólicas y en todos los tiempos, si no le ponemos obstáculos.

¿Hubiera Pedro bautizado a los gentiles, si Dios no le hubiera hecho ver aquella manifestación profética antes de hacerlo? De este modo, y no de otro, el Espíritu Santo sigue señalando la voluntad de Dios en la acción apostólica, con inmenso fruto. En este sentido, como el Papa lo subrraya, este mismo carisma de profecía, junto con otros, sirve "para el ejercicio de los ministerios" a los cuales la profecía misma da una eficacia muy particular que procede, como todo don perfecto, de lo alto (St 1, 17).

En la oración carismática, llamada así porque, enteramente abierta a

la acción del Espíritu, con mucha frecuencia se dan en ella gran variedad de carismas. Entre ellos, la profecía muchas veces señala una acción para seguir, un ministerio para realizar y con las características que inspira el Espíritu Santo. Entonces, el mismo Espíritu hace recordar el texto más oportuno y apropiado para ello. No nos ha de extrañar, porque se nos ha revelado: "¿Quién conocería tu voluntad, si tú no le hubieses dado la Sabiduría y no le hubieses enviado de lo alto tu espíritu santo? " (Sb 9, 17).

Lo más importante de este hecho revelado y profetizado es: "Sólo así se enderezaron los caminos de los moradores de la tierra y gracias a la Sabiduría (la del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo) se salvaron" (id., 18).

Entonces, se nos está revelando que esta manera de conocer la voluntad de Dios, concretamente, por medio del don profético, es precisamente "para enderezar nuestros caminos y para nuestra salvación". De ninguna manera entonces es algo para despreciar. Ni siquiera resulta "optativo", pues en ello nos va la salvación.

El Libro de los Hechos está impregnado de este modo de actuar del Espíritu Santo en las comunidades. San Pablo formaba ya en su tiempo estos mismos grupos de oración carismática, tal como funcionan hoy día, por la gracia de Dios. Los mismos Apóstoles practicaban este modo de oración, pues no era precisamente que el Espíritu Santo les hablara directamente sino que lo hacía por causas segundas, como son sus carismas: sus manifestaciones proféticas y la profecía.

Es poco creíble, entonces, que el mismo Espíritu Santo se presentara para decirles a ellos que separaran a Bernabé y Pablo para una misión que les tenía reservada. Lo más probable es que, estando en oración, alguno de ellos tuviera esta revelación y la comunicara a los demás Apóstoles. Cuando dicen: "El Espíritu Santo y nosotros decidimos..." seguramente que se ha tratado de una palabra de Dios escuchada en la oración carismática. Así aparecen los primeros cristianos unidos íntimamente a las tres divinas Personas, sin olvidar a ninguna y menos al Espíritu Santo, que el Padre y el Hijo habían derramado con generosidad y "sin medida" para realizar la gran obra de la Iglesia con eficacia sobrenatural.

Cerrarnos al carisma de profecía, tan propio de los hijos de Dios que

son conducidos realmente por el Espíritu Santo (cf. Rm 8, 14), sería nada menos que perder una enorme riqueza en la Iglesia y en cada comunidad y remover uno de sus cimientos fundamentales.

En realidad, alarma la poca importancia que se le da a este don en muchas comunidades. Y ello no puede darse sin graves consecuencias, porque nos estamos poniendo fuera de los planes de Dios y prefiriendo los nuestros.

Decimos, con mucha parsimonia, que "siempre hubo profetas en la Iglesia". Pero ése no es el punto. Todos somos profetas desde que hemos sido bautizados. Todos debemos aspirar a la profecía, "especialmente". Tal vez es el carisma que más edifique a la Iglesia después de la caridad. Pero aun siendo todos profetas y mayores que los del Antiguo Testamento (Mt 11, 11), el punto está en que no ejercemos la profecía, la posponemos, no la entendemos, no la vivimos, no creemos que podamos profetizar a pesar de que se nos ha revelado que profetizaremos (cf. Jl 3, 1) y que "vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán" (íd.); no la practicamos en una inmensa mayoría de miembros de la Iglesia. No nos podemos contentar, entonces, con que "siempre ha habido profetas en la Iglesia", para tapar esta otra realiad que nos interpela seriamente delante de Dios. Él nos da un talento al que nosotros enterramos por temor y por falta de fe.

¿No es la voluntad de Dios la que debemos realizar en este mundo? ¿Por qué, pues, buscamos la nuestra? Muchas veces nos sentimos impotentes para hacer el bien, y es que nos hemos olvidado de los planes de Dios, comenzando por nuestra santidad, base de todo cuanto debe ser hecho en la Iglesia. Así que debemos captar mejor el sentido del don profético. Por la profecía se señalan rumbos, acciones futuras, correcciones para crecimiento, indicaciones puntuales, siempre en plena concordancia con lo que ha sido revelado, en armonía con la Iglesia, como discernimiento cierto de una profecía inspirada por el Espíritu Santo.

Todo esto no es una excepción ni algo difícil ni imposible ni reservado para santos canonizados, pues nadie es canonizado en vida, ni siquiera los santos canonizados. Los dones espirituales o carismas son para todo el pueblo de Dios, incluyendo, y no excluyendo, a la jerarquía. Tal es el espíritu del Concilio y de la verdad revelada. Así nos habla también la Tradición.

No está de más señalar que la profusión de carismas se da con mayor fuerza y abundancia después de una gran alabanza al Señor de la Vida. Tampoco podemos olvidar en momento alguno que Dios, al hacernos "a su imagen y semejanza", lo hizo principalmente para comunicarse íntimamente con nosotros, personal y comunitariamente con nosotros. En este mundo, el Espíritu de Dios lo hace por medio de la riqueza de los carismas, entre los cuales, después de la caridad, brilla la profecía. Por eso quería san Pablo, como Palabra de Dios revelada, que todos aspirasen a ella especialmente.

CAPÍTULO V

La guía suprema del hombre

35. Guía indiscutible

En los capítulos anteriores, hemos podido observar que, en el plan ciertamente "maravilloso" del Señor, el Espíritu Santo es sin duda alguna, como lo define el papa Juan Pablo II, "la guía suprema del hombre y la luz del espíritu humano" (DV, 6). La afirmación del Papa coincide además con la afirmación del Concilio: "La comundiad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre" (LG, 1). Finalmente es el mismo Señor Jesucristo quien nos dice que el Espíritu Santo nos guía hasta la verdad completa. Por lo tanto, ¿puede haber en nuestra vida cristiana algo más importante que esta guía prometida por Jesús para conocer y vivir la verdad completa de todo lo que está revelado? ¿Podemos prescindir nosotros, como cristianos, de quien fuera guía del mismo Jesucristo? Pero no nos engañemos, porque el Espíritu Santo nos guía concretamente a través de sus carismas, como lo hemos estado viendo. Sus mociones e inspiraciones no son sino otros tantos carismas. Necesitamos, por tanto, lograr esta experiencia viva de ellos, si de verdad decimos que somos guiados por Él. Si no nos guían sus carismas, lo más probable es que nos guíen nuestros pensamientos y no más que eso.

El Espíritu Santo nos es revelado por Jesús como guía supremo. También nos señala el objetivo de esta guía: la verdad completa que significa, no sólo conocimiento sino también experiencia, vida plena, trato personal con las divinas Personas, con todas, no con una sí y con otras no. Aquí queda manifestado y sellado por Cristo que la verdad completa de la revelación sólo la podemos lograr por la Persona del Espíritu Santo que nos guía interiormente (cf. 1 Co 2, 12). No un libro, no una persona cualquiera, tampoco la misma Biblia, porque sin el Espíritu Santo se transforma en "letra que mata", como a tantos ha matado.

Por supuesto que la Biblia contiene todo lo que necesitamos saber para nuestra salvación y santificación, pero es imposible entenderla como Dios quiere y vivirla como Dios quiere, si no es a través del Espíritu Santo. Por eso mismo, ha habido tantas divisiones, separaciones y hasta conductas aberrantes que pretenden estar fundamentadas en la Biblia. Se hace más que evidente que no es un libro el que nos puede salvar sino las Personas divinas, conforme a su plan de salvación.

36. Nos hace participar de la naturaleza divina

Entre las gracias que Dios nos concede, la que tal vez más nos asombra es la participación no sólo de la vida divina sino también de la naturaleza divina. Ello se nos ha revelado por san Juan: "Ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es" (1 Jn 3, 2); y san Pedro dice: "Su divino poder nos ha concedido cuanto se refiere a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento perfecto del que nos ha llamado por su propia gloria y virtud, por medio de las cuales, nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas, para que por ellas os hicierais partícipes de la naturaleza divina" (2 P 1, 3-4).

¿Cuáles son esas sublimes promesas de las que habla san Pedro? Hay una que es de especial interés para nosotros. El mismo Pedro nos dice que "el Espíritu de gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros" (1 P 4, 14). San Pablo añade a todo esto: "Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto, reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen, cada vez más gloriosos; así es cómo actúa el Señor que es Espíritu" (2 Co 3, 18).

Jesús nos ha hablado de que el Padre y Él mismo harán morada en nosotros y que el Espíritu Santo habitará en nosotros para siempre. ¿Puede acaso no participar de la vida divina y de la naturaleza divina quien es templo de Dios trino y uno?

Pero, entre las promesas de Jesús y los textos que hemos visto, el Espíritu Santo se perfila como el hacedor de esta transformación maravillosa y de esta participación de la vida divina:

1) Porque el Espíritu Santo es nexo de unión entre el Padre y el Hijo. En el plan del Padre, por los méritos del Hijo, nos hace participar de su mismo Espíritu. El Espíritu Santo se hace, entonces, Espíritu de nuestro espíritu, de un modo semejante a como es Espíritu del Padre y Espíritu del Hijo. ¡Sublime misterio que jamás meditaremos suficientemente! Porque es el Espíritu del Padre y del Hijo, y ¡nuestro! ¡El que nos relaciona tan íntimamente con la Trinidad! San Epifanio llama al Espíritu Santo: "el lazo que une a la trinidad", y ciertamente a nosotros con la Trinidad.

2) El Espíritu Santo lo hace en este mundo, en concreto y según el plan de Dios, además de los sacramentos y la vida litúrgica de la Iglesia, además de las virtudes teologales, a través de los dones, frutos y carismas que nos van dando la semblanza de Cristo, quien los portó en plenitud. Si todos los auxilios que se nos dan en la Iglesia: jerarquía, profetismo, sacramentos, liturgia, etc... no nos hacen producir los frutos del Espíritu Santo ni portar sus dones ni sus carismas, por poner obstáculos, no nos servirían para nada y sería esto una señal inequívoca de andar sin Espíritu. El valor supremo de la Iglesia son las Personas divinas, sin las cuales todo lo demás es y seguirá siendo "letra muerta" porque, como está escrito, "sólo el Espíritu da la vida".

3) San Pablo nos revela una de las cosas más maravillosas en el plan de Dios: El Espíritu Santo es "quien sondea las profundidades de Dios". La razón de ello es que "nadie conoce lo íntimo de Dios sino el Espíritu de Dios". Este sublime conocimiento el mismo Espíritu Santo lo revela a nosotros, y los carismas tienen mucho que ver en esto, pues por ellos se manifiestan las cosas del Cielo, aun en este mundo.

Además, es la experiencia que debemos anunciar, por lo cual somos trasmisores de la vida divina y no solamente de ideas y conceptos que de ninguna manera son suficientes. Por supuesto que el marco más adecuado de este prodigio es la oración y la contemplación, donde "aprendemos palabras no de sabiduría humana sino aprendidas del Espíritu Santo" y las trasmitimos a los demás, con el calor y la fuerza del Espíritu Santo. (cf. el precioso texto de san Pablo en 1 Co 2, 9-13). De este modo concreto es como llegamos a ser profetas del Nuevo Testamento.

Recordemos las palabras del Papa, sobre este *rol* profético, porque no tienen desperdicio alguno: "Se trata de anunciar, comunicar, hacer vibrar en los corazones, las verdades reveladas, portadoras de la vida nueva concedida por el Espíritu Santo." La misma "vida nueva", "la nueva criatura", "la vida en el Espíritu", el hecho de ser "recreados por Dios" y "nacidos del Espíritu Santo", nos dan la pauta de nuestra íntima e impensada relación con la Divinidad.

La intimidad divina la conocemos por medio de aquel que la sondea y la revela a nosotros, en su acto de llevarnos a la verdad completa y enseñarnos todo, como nos ha dicho Jesús.

Jamás imaginemos que la vamos a sondear nosotros con nuestra in-

teligencia. La revelación del Espíritu Santo ilumina nuestra inteligencia y la potencia para movernos ya dentro de la lógica de la fe, o sea, con los nuevos elementos que nos da la fe para nuestra inteligencia.

Hay muchas cosas de Dios, y es por demás lógico que así sea, que "nuestros ojos jamás han visto ni nuestros oídos han escuchado ni al corazón del hombre han llegado jamás". Es, como hemos visto, la obra inefable del Espíritu Santo en nuestra intimidad, que nos hace ir más allá de la verdad objetiva revelada por Cristo, que no puede ser aprehendida como un simple conocimiento sino que debe poseer la riqueza de la vivencia que la misma palabra revelada por Cristo implica. Y eso es obra del Espíritu Santo.

Él ilumina nuestra inteligencia, dándonos aún mayor conocimiento y mayor vivencia de esa misma verdad revelada por Cristo. Por algo Jesús nos dijo que era conveniente que Él partiera, "si no, no habría Espíritu Santo". Es decir, todo este crecimiento prfundo de la verdad revelada por Él permanecería enredado en nuestros propios criterios humanos, como suele suceder con harta frecuencia, y se desvirtuaría o no lo entenderíamos, como les pasaba a los Apóstoles "antes de recibir el Espíritu Santo". Por eso decimos hoy que "andan sin el Espíritu Santo" quienes no entienden las cosas que son del Espíritu de Dios. Es el discernimiento que Dios nos ha dado (cf. 1 Co 2, 14).

El don del Espíritu Santo, don increado, es el tesoro más grande que Dios nos ha regalado y haremos bien en vender todo lo que tenemos con tal de quedarnos con ese "tesoro", con esa "piedra de gran valor" que nos hace conocer y vivir el valor de todo lo que Cristo nos ha revelado, de toda la riqueza de cada uno de los dones otorgados por Dios, de la Iglesia, de los sacramentos, de la Liturgia, de la oración, de la contemplación, de la alabanza, de la Palabra revelada, y nos da la vida eterna que consiste en conocer al Padre y al Hijo. Este objetivo no puede ser alcanzado jamás por nuestra razón ni por nuestra voluntad, porque los caminos de Dios y sus pensamientos no están al alcance de hombre alguno, si Él no los revela (cf. Is 55, 8-9). Por eso, la fe se apoya enteramente en la palabra de Dios y en su poder y no en la sabiduría del hombre.

Toda esta maravilla la realiza el Espíritu Santo, ordinariamente, a través de la oración, la contemplación y la alabanza. El mismo Juan Pablo II nos dice, como ya lo hemos visto, pero conviene señalar una vez más,

que "la oración en el Espíritu Santo es la expresión cada vez más madura del hombre nuevo que por medio de ella participa de la vida divina" (DV, 65). En este mundo lo hace a través de toda la riqueza que ha derramado Dios a su Iglesia y con los carismas, de un modo especial. Por eso, con ellos se edifica la misma Iglesia.

37. Importancia de dejarse guiar por el Espíritu Santo

Sería una pena para la Iglesia que este "dejarse guiar por el Espíritu Santo" finalizara en un abstracto que no deja nada para lo concreto de nuestra vida. Admitimos que el Espíritu nos guía, pero no sabemos cómo lo hace o suponemos que lo hace de alguna manera que en realidad no nos interesa mucho, por estar ocupados en nuestras propias cosas y estar guiados por nuestros criterios de siempre.

En primer lugar, "ser guiados por el Espíritu Santo" significa "no ser guiados por nuestro propio criterio". Pero muchos de nosotros, si hiciéramos esto, nos quedaríamos en un vacío absoluto, porque en realidad no sabemos cómo nos guía el Espíritu de Dios.

Una de las grandes enseñanzas de Cristo consiste precisamente en esto mismo. Él no se deja guiar por criterios propios que podrían surgir perfectamente de su ser en cuanto hombre. Pero Jesús dice: "El Hijo no hace nada por su cuenta" (Jn 5, 19). Para Jesús, lo único que vale es la voluntad del Padre, los pensamientos y los criterios de su Padre y no los propios. Eso es lo que Él vino a hacer a este mundo.

Nos está enseñando que debemos hacer, por encima de cualquier otra cosa, incluso de nuestros criterios, la voluntad suprema de Dios que es sabiduría para los que la cumplen. Jesús juzga por lo que oye de su Padre, no por lo que Él pueda elaborar "por su cuenta". Nos enseñando que la relación que tenemos con Dios es absoluta, pero en realidad es lo mejor que podemos hacer en este mundo para nuestro bien y el bien de los demás.

¿Cómo nos guía, entonces, el Espíritu Santo? Su guía se hace palpable y visible mediante de los carismas que son dones espirituales sensibles: podemos, a través de ellos, "ver y oír" lo que nunca hemos visto y oído, como se nos ha revelado, y también "hace llegar a nuestros cora-

zones cosas que jamás antes han llegado". El Espíritu, como lo hemos visto al tratar del discernimiento, hace todo eso con amor, paz y gozo.

¿Qué vemos en concreto? Las manifestaciones prometidas por Jesús: "El que me ama será amado por mí y por mi Padre y yo mismo me manifestaré a Él" (Jn 14, 21). El Espíritu Santo nos manifiesta la presencia viva y operante de Cristo en nuestra vida, las cosas del Cielo, los ángeles, María, los santos, imágenes como las que Dios les hacía ver a los profetas y luego se las explicaba, cuando era necesario. Pero estas imágenes se caracterizan por estar saturadas de sentido, por la utilidad para la enseñanza, por su oportunidad, por su profundidad.

¿Qué oímos en concreto? ¡La voz de Dios!: "Escuchas su voz." Lo dice el Señor. Esta voz del Señor, que puede ser escuchada de mil modos diferentes en nuestra imntimidad, casi siempre será alguna verdad revelada o una verdad que se da dentro de la Revelación, de lo que llamamos el "depósito de la fe", o nos señala acciones que debemos emprender, o nos anuncia lo que ha de suceder ("les hablará de las cosas futuras"), nos previene, nos alienta, nos anima, nos ama, nos pide cosas, etc. Esta palabra escuchada no es una nueva revelación. Todo lo que nos dice está contenido en el depósito de la fe, no es necesario que se aparte de ello y mucho menos que contradiga lo revelado, pues sería el discernimiento de no ser el Espíritu de Dios sino el espíritu del error.

¿Qué cosas llegan en concreto a nuestro corazón? Especialmente la manifestación de su presencia, de su amor, de su calidez, el abrazo del Padre, el perfume del Señor o de María, de lo cual ya nos hablaban los santos Padres. Cuando realmente se cree, se está participando de la verdad que Jesús nos ha revelado, y es entonces cuando ya "no nos llama siervos sino amigos" (Jn 15, 15). Se cumple así el objetivo por el cual Dios nos ha hecho "a su imagen y semejanza". Pero ¿quién puede llegar a este trato íntimo con Dios, si no es llevado por el mismo Espíritu Santo?

Por lo tanto ser guiados por el Espíritu Santo significa, en concreto, que Él mismo nos va haciendo escuchar su voz, nos va manifestando la gloria de Dios, nos va llevando a través de sus carismas a la verdad completa y por ellos nos enseña todo. De este modo concreto infunde en nuestros corazones su misma ciencia y nos hace "amigos de Dios".

Ningún otro don espiritual lo puede realizar con tanta eficacia y claridad. Por más amor, paz y gozo que tengamos, ello no nos indica, por ejemplo, la voluntad de Dios para cosas puntuales, como hacen la profecía y las manifestaciones proféticas y carismáticas. Por más que se sea paciente, bondadoso, manso, fiel y tenga dominio de sí mismo, no por ello se tiene una comunicación viva ni un diálogo fluido entre Dios y el hombre, como se realiza por los carismas. Aunque recibamos todos los sacramentos, éstos tampoco nos dan la riqueza de la manifestación espontánea y libre de Dios. Es más, los sacramentos tienen su propia gracia, la "gracia sacramental" que, si la viviéramos por el Espíritu Santo, ya tendríamos esta misma intimidad con Dios. Con los dones sucede otro tanto.

Pero el carisma rompe el velo de lo intangible, inaudible e invisible para hacernos entrar en una vivencia y en un conocimiento práctico, mucho más profundos y vivenciales, que sólo el Espíritu Santo puede otorgarnos. Lo único que debemos tener en cuenta es no separar lo que Dios ha unido. Si tenemos los carismas, es necesario que tengamos los dones y los frutos, así como si tenemos los dones y los frutos es necesario que tengamos los carismas.

Todos los profetas del Antiguo Testamento han tenido esta experiencia carismática en forma particular. El mismo Job ha tenido una experiencia de tipo carismático cuando, después de su tormento exclama: "Antes te conocía sólo de oídas, pero ¡ahora te han visto mis ojos!" (Jb 42, 5).

¿Cómo se dan los carismas, cómo vienen, cómo se experimentan?

Sabemos que se dan "gratuitamente" y "como el Espíritu Santo quiere", y también que "hay que aspirar a todos ellos"; que "no debemos permanecer en la ignorancia de ellos"; que "debemos aspirar especialmente a la profecía" y "no avergonzarnos de ella". Pero, por encima de todo, que son "para edificación de la Iglesia" que es el tema desarrollado en este trabajo, pues ello mismo nos está señalando cómo el Espíritu Santo es realmente el formador de toda comunidad eclesial, comenzando por la misma Iglesia universal.

Vienen a través de la fe. De un modo muy especial, por la experiencia pentecostal, pues Pentecostés fue el inicio oficial de la profusión de los carismas por el Espíritu Santo. Por eso y otras razones más, el Papa está pidiendo a toda la Iglesia esta experiencia. También vienen por la

disponibilidad de nuestros corazones para recibir el don del Espíritu Santo, cosa que podemos hacer desde el bautismo sacramental, pero no siempre hacemos.

Se experimentan, podríamos decir, "en vivo y en directo". Sin su experiencia personal se hace más difícil hablar de ellos. Por otra parte, el hombre siempre encontrará mil "peros" para poder llegar a discernirlos debidamente y hasta pensará muchas veces que "son necedad". A veces, el Señor nos sorprende en cualquier momento con sus carismas, pero lo más corriente es que se den en clima de oración y especialmente en la oración carismática comunitaria.

San Pablo nos dice que todas estas cosas del Espíritu Santo las hablamos "no con palabras aprendidas de la sabiduría humana", pues la más grande sabiduría del hombre, del hombre natural, "es incapaz de conocer las cosas que son del Espíritu de Dios" (1 Co 2, 14). Entonces, hablamos estas cosas aprendidas del Espíritu Santo, expresando "realidades espirituales" y "en términos espirituales", y lo hacemos ciertamente desde el Espíritu Santo. Todo esto sucede en la oración, que se torna contemplativa a través precisamente de los carismas.

¿No decimos que los místicos "ven" a Dios, "lo escuchan", "reciben mensajes", son inspirados por Dios? Pues sepamos que todos esos dones son carismas del Espíritu Santo para todo el pueblo de Dios. Al hablar de "místicos" nos parece que eso no es para nosotros. Sepamos que, si ser místico es estar dialogando y viendo las cosas que el Señor nos quiere manifestar por medio de los carismas del Espíritu Santo, todos estamos llamados a ser grandes místicos, sobre todo si estamos acompañados de los dones y frutos del Espíritu Santo. Lo que nos parece para nosotros imposible, como la santidad, la vida mística, la contemplación, no se da solamente por nuestra falta de fe y de conocimiento sobre los maravillosos planes de Dios que son para todos sus hijos.

Por lo tanto, hay que ser santos y los santos viven el plan divino, creen y se abren al Espíritu Santo. En el plan divino existen los carismas como dones perfectos. Ser santo no es otra cosa que vivir la consecuencia divinamente lógica de la fe, que al estar apoyada en el poder de Dios y su sabiduría, se tiene plena experiencia de ese mismo poder y sabiduría. Nada más que por falta de fe, venimos a seguir ese plan divino de lejos y no atinamos a pensar que todo lo que se dice en las Escrituras también "es para nosotros, para nuestros hijos, para los que estuvieren

lejos, para cuantos llamare el Señor Dios nuestro" (Hch 2, 39). Nos lo ha dicho el primer papa de la Iglesia, pero parece que no le hacemos mucho caso. ¡Qué lástima! Porque es lo más sabio que podemos hacer en este mundo.

38. La lógica divina de la fe

De más está decir que los carismas se manifiestan especialmente en la oración y, cuando lo hacen, sin darnos cuenta siquiera, comenzamos a ser contemplativos. Al menos, es la contemplación en sus rudimentos, tal vez, pero eso mismo nos lleva a progresar y crecer por ese camino que es enteramente del Señor.

Lamentablemente la oración intensa, diaria, permanente, es un don que muchos han perdido. Incluso vamos por otros caminos que juzgamos por nuestra cuenta y sin ningún asidero en la revelación, como "más realistas" y "firmes". Con esta falsa excusa pues nos estamos apoyando en la sabiduría del hombre y no en el poder de Dios, que es lo contrario a lo que se nos ha revelado, dejamos la práctica de la oración y tachamos del Evangelio lo que nos ha dicho el Señor Jesús: "Orad sin interrupción." O, de una manera más farisaica, decimos: "Esto es simbólico." Sin embargo ¡tanta riqueza contiene la oración como para que el Señor nos dé semejante consejo! Y así es, porque todas las promesas del Señor se cumplen en la medida de nuestra fe, en la medida de nuestra obediencia a Cristo y renuncia de nuestros propios criterios. Éstos son permanente obstáculo para vivir la gracia que Dios ha reservado para nosotros desde la eternidad: "Con amor eterno te he amado; por eso he reservado gracia para ti" (Jr 31, 3).

Como Cristo debemos permanecer abiertos siempre, permanentemente, a la acción del Espíritu Santo en nosotros. Nos dice Juan Pablo II que "la actividad entera de Jesús de Nazaret se desarrollará bajo la presencia del Espíritu Santo" (DV, 20), pues "la actuación salvífica del Mesías, encierra en sí la acción del Espíritu Santo que se manifiesta a través de Él mismo" (DV, 17). De la misma manera debemos actuar nosotros, por fe. Pero sólo pueden suceder estas cosas, si creemos a Dios en su palabra, en sus promesas.

Si seguimos esta lógica de la fe, estamos siendo guiados por el Espí-

ritu Santo hacia la verdad completa de los carismas que habíamos olvidado por tanto tiempo y hasta despreciado. Todo lo que hace el hombre "espiritual", el hombre que de verdad cree, es seguir esta lógica divina de la fe, para su permanente asombro, cosa que la lógica humana, la del "hombre natural", no puede alcanzar ni comprender, pues sigue por caminos diametralmente opuestos a la fe.

De este modo, podemos recuperar lo que hemos perdido en la Iglesia: la riqueza y la trascendencia de la oración y la contemplación y la santidad de vida. Son las únicas condiciones que nos pueden llevar a ser más íntimos en la intimidad de Dios. Ello lo realiza el Espíritu Santo con todos sus dones, frutos y carismas, aumentándonos las virtudes teologales y vivificando toda la riqueza contenida en la Iglesia.

39. De la contemplación personal a la comunitaria

¡Importantísimo paso se ha dado en la Iglesia en este conducir del Espíritu Santo a la verdad completa! Ciertamente que Él nos está guiando a una verdad revelada que hoy la podemos entender más profunda y fructuosamente, del mismo modo como la entendieron en el inicio de la Iglesia, porque hoy se hace nuevamente realidad.

Desde hace mucho tiempo, en la Iglesia, aquello que había sido vivido y actuado por las primeras comunidades cristianas, como era la oración comunitaria con la libertad de los hijos de Dios, en que se daba la multiplicidad de los carismas y la contemplación, se fue limitando solamente a algunos místicos, sobre todo en el ámbito de las casas de religiosos y religiosas. Pero, de todos modos, por mucho tiempo, se había reducido esta actividad a la forma personal. La contemplación era eminentemente personal.

Pero el mismo Espíritu Santo nos da el carisma del "nosotros" comunitario, como lo llamaban los santos Padres, por el cual se aprecia mejor lo que es una comunidad eclesial y, unidos en el amor que el mismo Espíritu derrama en nuestros corazones (cf. Rm 5, 5), se vive en plenitud la unión comunitaria en el amor de unos con otros. Esta experiencia es rica y enriquecedora, porque todos dan y todos reciben, todos comparten el Espíritu de amor y de verdad en una armonía muy especial.

Aunque no siempre se llegue a esta perfección que es un verdadero pregusto de la vida eterna, sucede que la contemplación de las cosas de Dios, por la fe y los carismas, se ha hecho algo comunitario y no algo únicamente personal o aislado. El objetivo primordial de las comunidades eclesiales es precisamente esta unión que tanto ha querido el Señor que tuviéramos y que a veces queda como mero concepto o expresión de deseos solamente: no se trata, entonces, de una unión artificial, como la puede tener una sociedad cualquiera; tampoco una unión en lo superfluo y accidental sino en el amor cristiano que se nos ha revelado y en la verdad revelada, en trato íntimo con Dios, como una gran familia divina. El bien de uno enriquece al otro y el bien de los otros enriquece a cada uno, compartiendo de este modo los carismas, las misiones comunes y conociéndose según el Espíritu. En este sentido, el Espíritu Santo se revela como Espíritu de unión por excelencia y tal unión no puede proceder sino cuando el Espíritu Santo guía a cada miembro de la comunidad eclesial.

De este modo, se evita el error de ser guidos exclusivamente según las reglas de las relaciones sociales. Así es como algunas parroquias se covierten en clubes sociales y a veces hasta deportivos.

Tan importante es esta realidad atribuida al Espíritu de unión, que de esta actitud depende también la unión ecuménica. Si nos hemos separado por falta de Espíritu Santo, porque en realidad no lo tenían, como debían tenerlo, los hermanos separados ni la Iglesia en los tiempos de la separación, hoy, por el mismo Espíritu Santo, que debe guiar a cada cristiano, separado o no, porque éste es el plan que nos ha revelado Jesús, ciertamente que nos uniremos. Lo que faltó en ese tiempo, ahora se está dando y es la gran esperanza de la unión ecuménica y de la renovación en profundidad de la única Iglesia de Cristo.*

El Espíritu Santo es el único capaz de darnos la plenitud y el gozo de la más profunda y espontánea hermandad en el Padre y en el Hijo, unidos todos por el Espíritu Santo. Entonces llegamos a comprender el valor tremendo de la oración comunitaria carismática, en la que cada cristiano, inspirado por el Espíritu Santo, eleva espontánea y libremente a Dios su alabanza y acción de gracias, "por todo el bien que Dios nos ha hecho" y "por todas las maravillas" que vamos descubriendo que Dios

* Cf., del mismo autor, *Ecumenismo: obra del Espíritu Santo*, Buenos Aires, Lumen.

hace en su Iglesia viva, que realiza por sobre todas las cosas la voluntad de Dios y no la propia.

No sólo se da, entonces, la plenitud de la experiencia del amor recíproco, sino que se vive lo que es la Iglesia en su más íntima esencia, porque tal comunidad no puede ser otra que aquella de donde fluyen los ministerios apostólicos de cualquier clase, con el poder del Espíritu Santo, con "palabras aprendidas del Espíritu Santo", con las obras que son propias de Dios más que de nosotros, pues el Espíritu Santo pasa a ser "el Agente principal de la evangelización" y "con la eficacia de los prodigios y milagros". Esto que puede pensarse como algo imposible, nada más que por falta de fe, son todas las características del modo revelado en la Escritura para evangelizar: "Con la palabra, las obras, la eficacia de prodigios y milagros y con el poder del Espíritu Santo" (Rm 15, 18-19). Es nada menos que "la nueva evangelización" revelada en las Escrituras como plan de Dios para su única Iglesia.

Nos podríamos preguntar de dónde procede esta acción tan llena de Espíritu Santo y, sin ninguna duda, podemos decir que procede de la fuerte experiencia de Pentecostés, que nos permite ser verdaderos apóstoles, según el mismo papa Juan Pablo II. Incluso, nos dice el mismo Papa, necesitamos ser transformados y guiados por el Espíritu aun más que los Apóstoles (RM, 92). Pero esta transformación maravillosa se da de una manera muy peculiar en el misterio de PentecostÉs: "Los apóstoles viven una profunda experiencia que los transforma: Pentecostés" (RM, 24).

Cuando la oración comunitaria carismática se realiza, Jesús está presente como lo está allí donde dos o más se reúnen a hacer oración en común, pero el Espíritu Santo nos hace vivir y experimentar esta presencia a través de sus preciosos carismas que nos hacen contemplativos. Por eso nos ha enseñado el papa Juan Pablo II que "la Iglesia es una comunidad de carismas" (*Oss. Rom.* 26-6-92). Con ello, nos está diciendo que cualquier comunidad eclesial, diócesis, parroquia, instituciones, movimientos, grupos, que lleven el título que sea, debe ser también una comunidad de carismas, en las que no se debe permanecer ya más en la ignorancia de ellos, tal como está revelado (1 Co 12, 1).

También se debe evitar confundir los dones naturales con los carismas del Espíritu Santo o no tener experiencia de las manifestaciones carismáticas del Espíritu Santo, como es escuchar la voz de Dios en nuestra intimidad, ver sus manifestaciones concretas, vivir y palpar su presencia, a veces sensiblemente, como es en un abrazo, en un tomar la mano, posar la mano, que se se vive de muchas maneras. De lo contrario, que una institución o movimiento deba ser carismático, "como la Iglesia es carismática", pasaría a ser otro gran abstracto, sin realizaciones concretas, con lo que volveríamos a perder la inmensa riqueza que Dios nos quiere regalar.

Los carismas no sólo nacen y se multiplican en la oración comunitaria, sino que el carisma de uno enriquece al otro, viviendo una experiencia contemplativa común que va más allá incluso de donde llegaron los místicos: nos hacemos místicos, no sólo individualmente sino también comunitariamente: ¡Hermosísima experiencia, enteramente eclesial, compartida! Precisamente los carismas se dan para el bien común y para la edificación de la Iglesia.

La comunidad orante y carismática, como debe ser la misma Iglesia por voluntad de Dios, crece, en ese caso, "con crecimiento que viene de Dios" y no de los hombres, por más que se afanen en edificar lo que fuera de la voluntad de Dios no pueden hacer.

Todo esto que estamos viendo concurre a una mayor eficacia divina para edificar la Iglesia. Esto se canaliza en la nueva evangelización pedida por el Papa y no puede ser otra que la que Dios quiere y no la que nosotros queramos inventar. Si siguiéramos insistiendo temerariamente con lo nuestro, sin tener en cuenta la siempre nueva y renovada voluntad de Dios, Jesús nos podría decir: "¡Apártate de mí, Satanás!", y ya sabemos por qué.

40. Respetar, por encima de todo, el plan de Dios

¡Cuánto nos conviene a todos los cristianos dejar a un lado la insistencia en trazar planes por nuestra cuenta, en lugar de dejarnos guiar por el Espíritu Santo y gozar de esa libertad de los hijos de Dios que el propio Jesús la ha definido "como el viento"! Basta obedecer a Cristo para lograr esta experiencia hermosa y asombrosa. Tengamos en cuenta que cuantas veces trazamos planes propios, haciendo a un lado los de Dios, escandalizamos a Cristo, "por tener pensamientos que son de los

hombres y no los de Dios" (Mt 16, 23). Además de esto, estamos en plena tarea de sofocar al Espíritu Santo y apagar su luz, cosa que ningún cristiano debe hacer.

¿Acaso es así, como se nos antoja, que queremos edificar la Iglesia? ¿Acaso es así cómo pretendemos lograr "pescas milagrosas", de las cuales hasta nos hemos olvidado y reducido a mero simbolismo, para justificar nuestra fe escasa? ¿Acaso éste es el Camino, la Verdad y la Vida que Cristo nos ha revelado? ¡Ay de los sabios y prudentes que ya lo saben todo, mientras ignoran este dejarse conducir por el Espíritu Santo en la práctica cotidiana de sus vidas! ¡Ay de los que no quieren ser como el viento y, entonces, no escuchan la voz de su Señor en la intimidad de sus corazones! Quieren tenerlo todo medido, ordenado, clasificado, asegurado y pensado. ¿Cómo conocerán la dicha de ser guiados por el Espíritu de Dios como lo fue Cristo? ¿Cómo llegarán a conocer la dicha de la libertad de los hijos de Dios? ¿Cómo se las arregalarán para respetar esta libertad en los demás, si ellos no la conocen y hasta la niegan? ¿Acaso no se nos reveló que "donde está el Espíritu de Dios, allí está la libertad" (2 Co 3, 17)? ¿Podemos ignorar por un momento más que allí donde no está el Espíritu Santo está la esclavitud?

Cuando nuestro Señor Jesucristo nos dice que, si Él no nos da la libertad, no seremos libres, en la práctica, nos está diciendo que, si no nos da el Espíritu Santo o no lo acogemos, no seremos libres. Pero la verdad completa brilla especialmente en el Espíritu de la Verdad, la misma que Cristo nos ha revelado.

41. Más que un encuentro con Cristo

Con los dones, frutos y carismas del Espíritu Santo, no sólo imitamos a Cristo, que ya es un inmenso don, sino que comenzamos ya, desde este mundo, a vivir la vida divina con la admiración y la fascinación que ella necesariamente produce en nosotros, cuando estamos tan cerca de Dios que hasta lo podemos "tocar" y "hablar" con Él y decirle como el santo Job: "Ahora, Señor, te han visto mis ojos."

Verlo en las manifestaciones carismáticas es enriquecernos, pues los carismas son para eso y mucho más. Pero al tratar con Él tan íntimamente es como nos santificamos. Es conocer mejor su voluntad. Es crecer y renovarse sin interrupción, como nos pide la Iglesia. Es aquel "permanezcan en mí", dicho por Jesús y que, como sucede con todas sus palabras, tienen un profundo significado, que sólo podemos descubrir por aquél que "conoce las profundidades de Dios" y "nos las revela a nosotros", pues en Jesús está la plenitud del Padre y del Espíritu Santo.

42. Contemplación en la acción

Todo esto que puede darse cuando el Espíritu Santo quiere, se da de un modo especial en la oración y, sobre todo, en la contemplación. Por algo Jesús nos ha dicho que "oremos sin interrupción". Nada más precioso y eficaz podemos estar haciendo para resolver problemas, para evangelizar con la eficacia que quiere el Señor, para enseñar con la unción del Espíritu Santo, sin la cual nuestra enseñanza se reduce a una transmisión de noticias sin vida. TambiÉn nos sirve para aconsejar con la ciencia de Dios, para tratar con el prójimo con el amor de Dios. Es nada menos que el carisma de "espíritu de oración", "distinto de orar de vez en cuando", como decían los santos Padres.

Éste es el carisma que nos hace contemplativos en la acción, sin separar la oración de la acción, como tantas veces lo hemos hecho, para quedarnos sin una acción según Dios y sin oración. Dios es quien ha unido ambas y no las podemos ni debemos separar. El que se deja guiar por el Espíritu, concretamente por sus carismas, su acción evangelizadora no sólo se simplifica sino que se profundiza con la profundidad que sólo puede venir de Dios.

Con los carismas del Espíritu Santo y con el mandato de la Iglesia, somos auténticos evangelizadores ¿Por qué no lo queremos entender en su simplicidad y en su realidad? ¿Por qué insistimos en quedarnos sólo con el mandato y dejamos a un lado los carismas? De este modo no seremos buenos evangelizadores, como Dios quiere. ¿Acaso ignoramos que con esta actitud tan nuestra estamos amputando el plan de Dios para evangelizar? ¿No llegamos a advertir que éste es un signo de rebeldía que nos está señalando, en la práctica, cuánto nos falta aún para dejarnos guiar efectivamente por el Espíritu Santo? ¿Por qué rechazamos esta experiencia que nos asemeja tanto a la de Cristo y, además, ha sido de fundamental importancia para la humanidad de Cristo?

CAPÍTULO VI

La autoridad cristiana

43. La autoridad

Toda autoridad en la Iglesia debe ser ejercida no como cada uno quiere, sino en todo conforme a la voluntad de Dios. Toda autoridad debe ser guiada por el Espíritu Santo, de lo contrario, fácilmente es guiada por el espíritu del error, con el consiguiente daño para las comunidades concretas y para la Iglesia. Basta ser guiado por el propio criterio y prescindir del plan de Dios para ejercer la autoridad como un dominio esclavizante, pues pasamos a ser guiados por el espíritu del error. Es cuando las ovejas no escuchan la voz del Pastor y se disgregan, alejándose del redil. Las ovejas conocen al verdadero pastor. Es lo que nos ha dicho Jesús: El buen Pastor "va delante de ellas y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz. Pero no seguirán a un extraño, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños" (Jn 10, 4-5).

Jesús confiere a las ovejas un *rol* de discernimiento de sus propios pastores: "Conocen su voz"; "no siguen a un extraño"; "huyen de él"; "no conocen la voz de los extraños". Por lo tanto, una autoridad inteligente, con la lógica de la fe, debe ver en el hecho concreto de que las ovejas escuchan su voz un signo de su lealtad a Dios y un signo de estar pastoreando como Dios quiere. O sea, debe darse la unión perfecta entre pastores y rebaños.

Pero deben discernir que no están obrando conforme a la voluntad divina, cuando las ovejas no escuchan su voz, les resulta una voz extraña y terminan por huir de Él. ¿Se vacían nuestros templos? ¿Se van las ovejas? ¡Cuidado! ¿Qué estoy haciendo como pastor? ¿Y pretender, tal vez, justificar mi voz de pastor que resulta "extraña" a mis ovejas, que implica quedarme con un grupo muy reducido de fieles, diciendo que allí donde se llenan los templos es porque hay "proselitismo" o una acción superficial de su pastor? ¿No será que las ovejas están conociendo la voz de un verdadero pastor y van tras él y por ello se llenan esos templos? ¿No es esta la explicación que nos está dando nuestro Señor?

Andamos buscando discernimiento de las cosas que hacemos en la Iglesia. Ningún discernimiento mejor que el que nos da el mismo Jesús para reconocer a los verdaderos pastores. Las ovejas dan un veredicto cierto. Algunas veces, la voz de los pastores resulta extraña, porque se alejan del Evangelio y se aproximan a los criterios humanos, donde no radica la fe. Se actúa sin la fuerza del Espíritu Santo, sin los carismas.

Las ovejas saben que algo les hace falta y no saben qué es, pero se van a buscar lo que les falta. Lo grave de todo esto es que a veces lo van a buscar al lugar equivocado y, como dice la profecía de Ezequiel, "las devoran las fieras del campo" (Ez 34, 5). Pero, gracias a Dios, no siempre es así, porque van a otras parroquias a buscar y escuchar la voz de un pastor y no la de un extraño. La autoridad, pues, debe ser muy respetuosa del rebaño que Dios le ha confiado y ver en sus reacciones el reflejo de la propia actitud. Lo menos que se le puede pedir a un pastor es no espantar a su propio rebaño. Que se pueda escuchar sin inconvenientes su voz de pastor. El buen pastor viene "para que las ovejas tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10, 10). Al mal pastor no le interesa que sus ovejas vivan en esta abundancia sino que les transmite meros conocimientos, a veces prejuiciados, tal vez cualquier otra cosa, menos la vida abundante prometida por Cristo. Lo más probable, en este caso, es que ni siquiera él la está viviendo. Además, ¿cómo vivirla si está de espalda al plan de Dios?

El buen pastor da la vida por sus ovejas, pero a veces las ovejas ven que el pastor pone siempre a buen recuado su propia vida. Los malos pastores "se apacientan a sí mismos" (Ez 34, 2). No fortalecen a las ovejas débiles, no cuidan de la enferma ni curan a la que estaba herida, no tornan a la descarriada ni buscan a la perdida sino que las dominan con violencia y crudeza (cf. Ez 34, 4).

Cuando las ovejas huyen, los pastores, según la Revelación, deben preguntarse: "¿Qué he hecho con mi rebaño? ¿Por qué no reconocen mi voz como la voz del único Pastor, Jesucristo?" Porque suficiente poder ha dado Jesús a todos sus pastores para mantener a su rebaño unido con la fuerza del Espíritu Santo, compartiendo sus carismas, poniéndolos al servicio del bien común, sin esconderlos como los talentos o ignorar los que Dios les ha dado por medio de su Espíritu.

A veces, se pretende unir una comunidad eclesial sin el Espíritu de unión, porque se tienen otros planes. Pero, por más extraordinarios que se los juzgue, jamás pueden alcanzar la eficacia y la realidad de los planes de Dios para con su Iglesia. Todo esto las ovejas lo intuyen y dan su veredicto, permaneciendo con el pastor o huyendo de él a otros rebaños. La Palabra de Dios, en este aspecto, es suficientemente clara. Dominar y oprimir son dos cosas que el Señor no quiere para su Iglesia: "No ha de ser así entre vosotros." Es que quien quiera dominar a una sola persona, él mismo está dominado por su necedad. Y esto es así aun en las cosas humanas.

La autoridad en la Iglesia es un servicio humilde y lleno de fe: "El que quiera ser autoridad entre vosotros, será el servidor y el que quiere ser el primero será esclavo de todos." Si no se vive esta realidad, es mejor no ser autoridad.

El ejemplo supremo de autoridad es el mismo Jesucristo. Él no tuvo títulos ni rangos protocolares ni diplomas ni coronas materiales ni cetros formales, pero tiene plena autoridad moral sobre todos los seres humanos.

Por lo tanto, la autoridad no es un problema de dominio sino de testimonio de vida, al modo de Cristo nuestro Señor. Él no vino a ser servido (a dominar) sino a servir y a dar su vida (cf. Mc 10, 41-45). Sólo entonces las ovejas conocerán sin duda la voz del pastor.

Así como Jesús se santifica por nosotros, para que nosotros seamos santificados en la verdad, del mismo modo toda autoridad, por pequeñísima que sea, debe santificarse, para que los demás sean santificados. No tenga la menor duda de que reconocerán su voz de pastor, pero si no se santifica, las ovejas huirán de él.

44. El gozo de la verdadera autoridad

Equivocar el *rol* de la autoridad, como la concibe Jesús, es tan grave, como maravilloso es entenderlo y vivirlo como Cristo quiere que se ejerza.

El mismo Espíritu Santo hace contemplativos de la comunidad a las autoridades que la están ejerciendo como Dios quiere. En realidad Dios mismo los ha elegido para ello. ¡Ay de aquel que se las arregla, con malas artes, para ocupar un puesto en la Iglesia! Él mismo se define como mal pastor, porque "no entra por la puerta del redil sino que es un salteador". El buen pastor está al servicio de sus ovejas, "no para apacentarse a sí mismo, no para tomar su leche ni vestirse con su lana ni para sacrificarlas". Las ovejas "no tienen por qué pastar lo que los pies de la autoridad ha pisoteado y beber lo que sus pies han enturbiado". Tampoco han de topar a las ovejas más débiles para dejarlas afuera (cf. Ez 34, 19-21).

Pero la dicha del buen pastor es que, como servidor, secunda la obra del Espíritu Santo, quien es el formador de su comunidad, y saborea aquél tan poco entendido y practicado "dejarse guiar por el Espíritu Santo".

Esta experiencia del Espíritu como agente principal de toda comunidad, en la que se vive y gobierna, hace ver la obra del Espíritu Santo. El gobierno se toma bajo su protección, y los problemas, que uno mismo no atinaría a resolver, se resuelven orando y suplicando al Espíritu, que da luz y consejo a través de sus carismas, en especial de la profecía, que son precisamente para edificar la comunidad. Si se tiene en cuenta al Espíritu Santo, que es el alma de la comunidad, la autoridad deja de ser un dolor de cabeza y se ejerce con una paz que es necesaria, si no queremos terminar agobiados y maltratados. El mismo Espíritu Santo va señalando los caminos, los ministerios, según los carismas que va derramando en esa comundiad. Jamás podemos olvidar que la comunidad cristiana se hace en un mismo Espíritu y todo lo que debe hacer cualquier autoridad es que el Espíritu Santo viva plenamente en cada miembro de su comunidad. En este sentido son "ministros del Espíritu que da la vida y no de la letra que mata".

¿Acaso no vivimos en la ley del Espíritu Santo que nos da la vida en Cristo Jesús y nos libera de la ley del pecado y de la muerte?

¿No es acaso la Nueva Alianza la vida en el Espíritu Santo que inscribe en nuestros corazones la ley de la caridad, que es la cumbre de toda ley? ¿No somos todos sin excepción ministros del Espíritu Santo, como está revelado? Entonces la autoridad cristiana debe dar la primacía al Espíritu Santo, porque Él es el formador de toda comunidad eclesial. Si la autoridad es guiada por el Espíritu y cada miembro es guiado por Él, entonces tenemos la comunidad cristiana siempre guiada por el Espíritu Santo, ¡como Cristo!, y no al arbitrio de cada uno, para constituirnos en hijos rebeldes.

Cuando el Espíritu Santo invade todo nuestro ser para convertirse en Espíritu de nuestro espíritu, entonces vivimos como Cristo vivió y hacemos lo que Cristo hizo "en la justicia, paz y gozo, en lo cual consiste el Reino de los Cielos".

¡Cuánto gozo, paz y amor existe en una comunidad guiada enteramente por el Espíritu Santo! Es nada menos que la experiencia viva del

"nosotros comunitario" del que hablaban los santos Padres y lo vivían con sus comunidades; es el pregusto verdadero de la vida eterna. El mismo Concilio nos dice que "con el don del Espíritu Santo, el hombre llega por la fe a contemplar y saborear el misterio del plan divino" (GS, 15).

45. La obra de la autoridad es la obra del divino Pastor, cuando se obra con su mismo Espíritu

El Pastor Jesús cuida la comunidad. Más aún: vela por ella. Hace muchas cosas por ella, pero necesita de tus brazos, tus pies, tu boca, tus oídos, tu corazón de autoridad, para que seas pastor con Él y con su mismo Espíritu. Él es el que lo hace y tú eres su instrumento y como tal, lo secundas. El mismo Espíritu te mostrará lo que debes hacer, cómo debes hacerlo y cuándo, a través de los carismas. No dudes y confía en el Pastor Jesús y en la guía insustituible del Espíritu Santo. ¡Es el plan del Padre! ¡Infinitamente mejor que el tuyo! Pero comienza por la experiencia fuerte de Pentecostés, por algo el Papa te lo está pidiendo.

Todo, en tu comunidad, se ha de hacer partiendo de la oración comunitaria. Reúnelos, como Jesús reunía a sus Apóstoles y discípulos para orar, y háblales, porque entonces el Espíritu Santo hablará por tu boca. No lo dudes. Y, todos juntos, alaben al Señor. Una comunidad carismática, como debe ser toda la Iglesia, y además contemplativa, debe agradecer a su Señor las maravillas que Él hace en esa comunidad. ¿Cómo no agradecer al Señor por todo el bien que nos hace? ¿No es el motivo principal de los Salmos?

El temor a ser autoridad viene de pensar que somos nosotros los que tenemos que guiar a esa comunidad sin tener en cuenta que el que la guía es el Señor y que todo lo que se debe hacer, todo el esfuerzo, se debe poner en hallar la voluntad de Dios para esa comunidad por medio de los carismas del Espíritu Santo.

46. Los carismas en la comunidad

Ya nos ha enseñado Juan Pablo II que la Iglesia "debe ser una comu-

nidad de carismas". Mi institución, por tanto, mi parroquia, mi diócesis, mi movimiento, como que es parte indivisible de esta Iglesia, pues todos formamos un solo Cuerpo y una sola alma, debe ser también una comunidad de carismas.

Lo cierto es que esta "comunidad de carismas", o no la hemos entendido o la hemos ignorado. Lo peor sería despreciarla: estaríamos despreciando el plan de Dios para edificar su Iglesia. También puede suceder otra cosa: creer con presunción que ya se tienen los carismas, confundiéndolos con las capacidades humanas o los talentos personales. Ellos solos por sí no son carismas. Por más inteligente que sea una persona (cualidad intelectiva, pero no carisma), si no es elevada esa misma cualidad por la fe y los carismas del Espíritu, permanecerá en lo que es: una simple cualidad humana que necesita la guía del Espíritu. ¡No lo olvidemos! En esto es necesario reconocer nuestras culpas para no seguir en la peligrosa rutina de siempre que, incluso, puede trasformarse en un tobogán.

Hasta no hace mucho tiempo atrás, ni siquiera pensábamos en los carismas. Como hoy se vuelve a hablar de ellos, hemos llegado, al menos, a reconocer el carisma propio de cada institución o movimiento o de cada orden religiosa. Pero no se trata de ello solamente, en absoluto, y muchos se han quedado estancados en este concepto. Los carismas van mucho más allá del "carisma institucional" o del carisma propio de cada movimiento o de una orden religiosa, con el carisma de su fundador. Por lo tanto, no debemos limitar la gran variedad de carismas del Espíritu Santo al que es propio de la institución, de un movimiento o de una orden religiosa. Debemos recordar la enseñanza del papa Juan Pablo II sobre los carismas, de que el Espíritu Santo traza "un camino individual de santidad y de misión". Estos objetivos, que hacen a cada una de las personas, están marcados por los carismas que el Espíritu Santo reparte a cada uno "respetando a la persona" y "según su misión". Dice el Papa que ni siquiera "puede ser idéntico a las demás personas que forman esa comunidad". Para que los carismas vayan conformando nuestra individualidad cristiana y hasta nuestra propia santidad, distinta a cualquier otra, podemos deducir la gran variedad de carismas que están en juego y que no sólo se trata de un "carisma genérico" para la institución o movimiento, sino que también se dan multiplicidad de otros carismas para cada persona. Es lo que hace a la diversidad de las comunidades y de las personas, que siempre debe ser respetada. Se equivoca la autoridad cuando pretende unificar lo que es diverso. La unidad debemos hallarla en la caridad. Resulta paradójico que, cuando pretendemos hacer la unidad en lo que es diverso, atentamos contra la caridad, que es lo único que nos debe unir.

Una parroquia, entonces, es una comunidad de carismas. Una institución, un movimiento, una orden religiosa inclusive, lleve el título que sea, debe ser también una comunidad eclesial de carismas. Pero ¿vivimos, en la práctica, la intensidad de esta verdad revelada o seguimos aún en la ignorancia de los carismas, contrariando las Escrituras? En la práctica cotidiana, ¿está presente el ejercicio de los carismas en mi parroquia, en mi institución, en mi movimiento, en mi orden religiosa? ¿O más bien siguen brillando por su ausencia o, lo que es peor creemos que ya se dan sin darse? Pero si no están, ¿cómo pienso edificar mi parroquia, mi institución, mi movimiento, mi orden religiosa? Lo más probable, cuando obramos sin los carismas, es que sigamos ignorando su naturaleza y su acción en la vida eclesial comunitaria; que no hayamos comprendido lo que nos pide el Papa para lograr la fuerte experiencia de Pentecostés, que es la fuente primaria de los carismas y la aceptación total e integral de la persona del Espíritu Santo, de la cual nos hemos alejado tanto y durante tanto tiempo.

El papa Juan Pablo II, en el discurso inaugural de la IV Conferencia Episcopal Latinoamericana, en Santo Domingo, les decía a todos los obispos: "¡Ábrete a Cristo, acoge al Espíritu Santo para que en todas tus comunidades tenga lugar un nuevo Pentecostés!" Pero mientras la gracia de Pentecostés siga siendo un abstracto para muchos, algo "optativo" que, si se quiere se toma y si no se deja, nunca llegarán a "optar" por esta gracia pentecostal que es parte integrante y esencial del plan de Dios. Difícilmente lleguemos, entonces, a la vivencia plena de los carismas y a la vida en el Espíritu Santo, que es la Nueva Ley.

La voluntad de Dios no es para elegir sino para cumplir. La gracia pentecostal es una de las notas olvidadas de la Iglesia. Ella misma tiene su nacimiento en esta gracia y por ella la Iglesia se mantiene y se renueva, ¿cómo puede ser dejada a la libertad nuestra lo que es una voluntad expresa de Dios que se ha hecho además explícita en el Concilio Vaticano II y ser, además, nuestro bautismo sacramental "de regeneración y de renovación en el Espíritu Santo" (Tt 3, 5) y ciertamente de renovación carismática?

Si el bautismo no es algo que podamos dejar o tomar, entonces la renovación carismática en el Espíritu Santo, que el sacramento implica como "gracia sacramental", es decir, como gracia propia del sacramento, tampoco puede ser reducida a algo que se pueda tomar o dejar. Estaríamos poniendo obstáculos al bautismo sacramental y, por lo tanto, anulando sus efectos.

No confundamos la gracia de Pentecostés o al mismo Espíritu Santo como una devoción cualquiera que puede tomarse o dejarse. Si no podemos prescindir de la Eucaristía que es la presencia sacramental de Cristo, tampoco podemos prescindir de la gracia pentecostal que es la presencia real del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y de cada cristiano, como que es su alma. ¿Acaso no debemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo una misma adoración y gloria? Seamos, pues, consecuentes con nuestra fe.

A pesar de la diversidad de operaciones apostólicas en la Iglesia, cada uno personalmente puede estar dotado de carismas otorgados por el Espíritu Santo para enriquecer su propio trabajo, para darle mayor eficacia, para persuadir. Unos y otros podrán tener el carisma de sanar enfermos, expulsar demonios, resucitar a los muertos, liberar personas, tener la fuerza del Espíritu en su palabra, la unción del Espíritu en sus gestos, el poder de persuación, el de enseñanza, el de la ciencia de Dios, el de consejo, el de discernimiento, de profecía, de visión, de las manifestaciones proféticas, de escuchar la palabra de Dios y las múltiples manifestaciones del Señor, prometida a aquellos que lo aman.

¿Hemos visto estos carismas en la parroquia y los hemos recibido "con gratitud y consuelo" y como parte indivisible de nuestra evangelización, según el plan de Dios? ¿Hemos visto hecha realidad esta comunidad de carismas, tal como Dios la quiere? ¿No es cierto que, en muchas partes, ni siquiera se tiene la menor idea de lo que ello pueda ser o significar? ¿Por qué nos pasa esto en la Iglesia? Debemos ser sinceros y poner la mano en el pecho y decir tres cosas, que no son absolutas, gracias a Dios, sino que nos hablan de lo que suele suceder como lo más común:

1) No sólo no tenemos experiencia de los carismas sino que jamás se nos ha hablado de ellos a no ser en forma incompleta, reducida y limitada a algunos pocos y determinados carismas.

2) Aun habiéndolos visto, muchos no creen en ellos.

3) Si se dan, no creemos que los podamos tener nosotros, porque pensamos que son imposibles para nosotros.

Pero, al pensar de este modo, no lo hacemos como piensan la Iglesia y el Papa. Él nos está hablando de que "la Iglesia es una comunidad de carismas" y que "la vida de la Iglesia es Pentecostés todos los días, cada día y cada hora, en cada lugar de la tierra, en cada hombre y en cada pueblo" (Juan Pablo II, Homilía en la ordenación sacerdotal, del 22-3-94).

Obviamente lo que pertenece a la vida de la Iglesia no puede ser optativo, como a veces se dice. Pero este hecho tan lamentable es el signo de lo lejos que andamos aún del Espíritu Santo. Lo que dice el Concilio es verdad, no sólo para los laicos sino también para el clero: "No todos han sido fieles al Espíritu Santo" (GS, 43).

Todavía hay muchos que no son fieles al Espíritu Santo en la Iglesia, aun después del Concilio y de las palabras proféticas del Papa sobre los carismas y Pentecostés.

Toda esta lamentable realidad, que es necesario afrontarla y reconocerla si no queremos permanecer en la misma postura, nos pone más en evidencia cuánto deben renovarse muchas parroquias, instituciones y movimientos, incluso órdenes religiosas, en aquello que la Iglesia está pidiendo expresamente, como es la renovación en el Espíritu Santo, dejarse guiar por el Espíritu Santo, vivir la fuerte experiencia de Pentecostés y obedecer al Concilio, cuando les dice a todos los sacerdotes que deben descubrirse con sentido de fe, reconocer con gozo y fomentar con diligencia los multiformes carismas de los laicos (cf. PO, 9) y reconocer con el corazón abierto que "el Espíritu Santo es la fuente y fuerza dinámica de la renovación de la Iglesia" (DV, 2).

Todo esto está revelado, lo pide el Concilio, lo pide el Papa. De esta experiencia fuerte de Pentecostés nos hablan con lujo de detalles los santos Padres.

Pero ¿se procura esta actitud pedida por el Concilio o no se la tiene en cuenta? ¿Se hace algo concreto para descubrir con sentido de fe los carismas o para reconocerlos con gozo? ¿Se fomentan con diligencia o no se fomentan? Pero volvemos a la pregunta de siempre: ¿Cómo pensamos entonces edificar nuestra comunidad, nuestra parroquia, nuestras

instituciones y movimientos, nuestras órdenes religiosas? No nos resulte extraño que hallemos nuestra parroquia casi vacía, que las ovejas huyan de nosotros, porque la voz del pastor ha dejado de ser la voz de la Iglesia, la voz de Cristo. No le echemos la culpa a la serpiente del secularismo.

Tampoco nos extrañe que los movimientos o instituciones languidezcan, que las órdenes religiosas pierdan innumerables vocaciones, porque además del carisma propio que les han dado sus fundadores, necesitan la gracia de Pentecostés y el ejercicio pleno de los carismas individuales, pues ello pertenece al plan de Dios para todos sus hijos, ¡para edificar la Iglesia!

Como vemos, las consecuencias son graves. Por lo tanto, no es para tomar este asunto de capital importancia para la Iglesia a la ligera o superficialmente o como un asunto para postergarlo por más tiempo.

Sería una buena práctica que en las parroquias, conforme al plan de Dios, los consejos parroquiales, reunidos en oración comunitaria, indagaran la voluntad de Dios y le preguntaran con fe y humildad al Señor cuál es su plan para esa comunidad, qué deben hacer, qué es lo prioritario. Pero difícilmente se pueda entender esta oración sin la gracia de la fuerte experiencia de Pentecostés. Se sorprenderían escuchando la respuesta del Señor, esa respuesta que nunca hemos esperado, pero que es carisma del Espíritu Santo para edificar la parroquia.

La verdad es que no obran así en muchas parroquias sino que se abocan a trazar planes por cuenta propia, dejando a un lado lo que nos ha revelado el Señor y nos pide la Iglesia. Creen más en su acción que en el poder de Dios y por lo tanto ni siquiera están viviendo de fe (cf. 1 Co 2, 5). No podemos dejar de pensar que sin el Espíritu Santo estamos muertos como cuerpo sin alma, por más voluntad que querramos poner al mejor estilo pelagiano. Esto exime de cualquier otro comentario. Lo mismo sucede en las instituciones y movimientos. Nos reunimos, pero casi nunca para orar en profundidad. Nos contentamos con el clásico y formal "padrenuestro", "avemaría" y "gloria", y luego todo corre por cuenta nuestra, tomando resoluciones muy propias. Pero ¿dónde está la voluntad de Dios? ¿Dónde el Espíritu Santo? Porque "el Espíritu Santo es el don que viene al corazón del hombre junto con la oración" (DV, 65). No sólo nos hemos olvidado del Espíritu Santo sino también de la

oración. Es que el Espíritu Santo es quien acude a nuestra torpeza para orar, pero no lo hemos entendido. Hasta nos parece que con aquellas oraciones, rezadas incluso formalmente, basta.

La oración comunitaria la guía el Espíritu Santo o no existe: sería una parodia de oración. Pero ni siquiera se entiende cómo pueda hacerse. Son las consecuencias de no tener en cuenta al Espíritu Santo. Sin embargo, en virtud de la oración comunitaria carismática, de los mismos carismas que se dan en ella en abundancia, nos enseña el mismo papa Juan Pablo II, que "la vida de la comunidad se llena de riqueza espiritual y de servicios de todo género". De este modo, "la comunidad espiritual vive de la aportación de todos". ¿De la aportación de qué? De los carismas de todos. Ellos son para compartir y edificar la comunidad, conforme al plan de Dios.

Es así como el Espíritu Santo va edificando la comunidad y hace brotar una actividad valiente, vibrante, llena de frutos, con la fuerza del Espíritu Santo, con la "eficacia de los prodigios y milagros", aunque haya muchos todavía que equivocadamente, e incluso contra lo que se nos ha revelado, los detesten. Se han vuelto realmente "hombres naturales" que no entienden las cosas que son del Espíritu de Dios. Entonces, prima la "racionalidad" contra los argumentos de la fe: la prudencia humana contra la prudencia divina.

Pero de aquel hacer planes a espalda del plan divino, no puede salir otra cosa que lo que ya estamos viendo desde hace tiempo: templos vacíos de personas y de Espíritu, cada vez más vacíos; éxodos masivos a las sectas o movimientos pseudorreligiosos, satánicos, llenos de hechicerías de todo tipo, de magia blanca y negra, o bien se van obnubilados, atraídos por el engaño de poderes extraños o poderes de la mente que los creen superiores al poder soberano de Dios, que jamás han conocido. También observaremos disminución de las vocaciones sacerdotales y religiosas y hasta pérdida de esas vocaciones. Mientras excusemos este drama de nuestra profunda crisis de fe en la Iglesia con bonitas palabras, echando la culpa a la serpiente, actitud que hemos heredado, no podremos reconocer nuestra falta de fe.

Del mismo modo, las pescas milagrosas, dentro de este contexto, no se pueden visualizar. Pero tampoco se cree en "pescas milagrosas" y se adormecen en su ineficiencia, pensando cómodamente que aquello de las pescas milagrosas es un mero simbolismo. Pero la experiencia coti-

diana más elemental nos dice que, si le hacemos caso a Jesús, las podemos ver para nuestro permanente y renovado asombro.

Sin una "comunidad de carismas", toda Iglesia particular, toda parroquia, toda institución, todo movimiento eclesial, las mismas órdenes religiosas, estarán sin ruedas, inmovilizados, porque están intentando mover el edificio eclesial con sus propios pies, en lugar de ser desplazados sobre las ruedas del Espíritu Santo. Pesadez es lo que se siente a veces en la Iglesia por andar sin la libertad de los hijos de Dios, por no ser "como el viento", porque así son todos los que nacen del Espíritu. Lo ha dicho Jesús.

CAPÍTULO VII

El único modelo de Iglesia revelado en las Escrituras

47. Modelo de comunidad de carismas

El Señor quiso una Iglesia que brotara permanentemente de la gracia de Pentecostés, evangelizadora con el poder del Espíritu Santo; que sus miembros tuvieran los dones, frutos y carismas del Espíritu; que evangelizara no como lo podemos planear nosotros sino como Jesús quiso que hiciéramos, con la fuerza de la palabra "aprendida del Espíritu Santo, en el marco de la oración y la contemplación, con las obras del Padre, de lo cual nos dio ejemplo el mismo Señor Jesucristo, pues no vino a hacer su voluntad sino la de su Padre ni vino a elegir entre las voluntades de Dios sino sencillamente a cumplirla. También mandó a los suyos a obrar con lo que Pablo llama "la eficacia de los prodigios y milagros" (Rm 15, 19) y que esto mismo conforma la "característica de todo apóstol", junto con "la paciencia probada en los sufrimientos" (2 Co 12, 12). Éste es el plan de Dios para la nueva evangelización de todos los tiempos, y esto precisamente es lo que hallamos en una Iglesia en movimiento conforme a la voluntad del Señor, que nos ha sido revelada en los Hechos de los Apóstoles y a la cual le hemos dado el mezquino título de "Iglesia primitiva". Esta Iglesia "primitiva":

1) Nace, se mantiene, crece y se impone ante el mundo con la gracia y la fuerza de Pentecostés.

2) Está formada por testigos oculares y directos e íntimos de Jesús que, con la venida del Espíritu Santo, comprenden en profundidad el mensaje de la Buena Nueva y de todo cuanto ha sido revelado.

3) También han sabido interpretar las palabras de Jesús no sólo en cuanto al mandato de evangelizar sino también en cuanto al modo de hacerlo, pues por el mismo Espíritu Santo han comprendido la integralidad de ese mandato de Jesús, sin escandalizarse de Él, sin reducir todo a mero simbolismo. Tenemos entonces una interpretación fidedigna de todos estos mandatos que, hoy, a tantos les parece imposible realizar porque decretamos por propia cuenta y riesgo que "ya no se dan más", como excusa de nuestra poca fe.

4) Es una Iglesia que ve las "pescas milagrosas" y los "frutos abundantes", con lo cual "el Padre queda glorificado", nos dice Jesús (cf. Jn 15, 8).

5) Pero, por encima de todo, es una Iglesia que obedece a Cristo,

porque está llena de Espíritu Santo. Una Iglesia que es transformada y guiada por el Espíritu Santo, en un diálogo permanente entre Él y los cristianos, que no se puede explicar, si no es a través de la oración comunitaria carismática.

6) Tal vez lo único que necesitó, por la fuerza de las circunstancias es la formación progresiva de su estructura externa y visible: la creación de las autoridades, la fijación de liturgias y la confección de los primeros credos. En la práctica, y solamente en este sentido, podría justificarse que se diga que es "primitiva", pero llamarla absolutamente "primitiva", sin hacer un discernimiento a fondo no sería correcto.

7) Esta Iglesia revelada en las Escrituras y, debemos pensar que por algo se nos ha revelado, cuenta con todas las notas esenciales de la única Iglesia de Cristo, porque es una, santa, católica, apostólica, profética, pentecostal y mariana.

Si llamamos tan desaprensivamente "primitiva" a esta Iglesia, ¿cómo deberíamos llamar a muchas comunidades eclesiales de hoy que ya no tienen integralmente estas características, aunque formalmente y externamente estén estructuradas? ¿Cómo llamar a esas comunidades eclesiales a las que les falta el Espíritu Santo y, se puede discernir perfectamente por su desobediencia a Cristo, al Concilio y a los papas de hoy? ¿Cómo llamar a aquellas comunidades eclesiales cuyos templos están vacíos y sin vida, ni empuje, ni fuerza, por la ausencia del Espíritu Santo?

Una Iglesia, una comunidad eclesial, sin Espíritu Santo, es mucho menos que "primitiva", ni es ciertamente la Iglesia o la comunidad eclesial que Dios quiere conforme a su plan.

Por supuesto que la acción del Espíritu Santo siempre va a determinar las características particulares de la Iglesia de cada tiempo, pero sin modificar las características esenciales, porque eso ha sido revelación divina, pertenece al depósito de la fe y la Palabra de Dios es eterna, siempre nueva y nunca "primitiva". Aun los diez mandamientos que pertenecen a la Antigua Ley, ante la luz del Nuevo Testamento, adquieren todo su sentido y valor e incluso se pueden cumplir gracias a la ley del Nuevo Testamento, la ley del amor que nos ha revelado Cristo con palabras y, antetodo, con su vida, pasión y muerte y que "es más importante que la vida" (Sal 63, 4).

Volvamos a leer todo el Nuevo Testamento, guiados esta vez por el

Espíritu Santo. Cristo nos reveló con sobrada claridad un plan de evangelización que los primeros cristianos, en esa Iglesia "primitiva", llevaron a cabo sin reticencias ni temores ni vergüenza. La verdad es que, hoy, apenas si le hacemos caso. La razón seguirá siendo siempre la misma: muchos andamos todavía sin Espíritu Santo. Todavía nos falta acogerlo con el corazón abierto de par en par, porque nos dice la autoridad máxima de la Iglesia de hoy, que en eso consite la victoria del cristiano de todos los tiempos (cf. DV, 55). Sin embargo, esto mismo ya lo entendían y vivían en la Iglesia que llamamos "primitiva".

Los Hechos nos muestran una Iglesia que es modelo del hombre, único revelado en las Escrituras para todos los siglos, y se nos ha revelado en lo que verdaderamente es esencial a ella. Las cosas accidentales podrán cambiar con el tiempo, pero lo esencial permanece. No vamos a encontrar a un Cristo hoy mejor que ayer porque "Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre" (Hb 13, 8). Pero no sólo Cristo es así, también lo es el Padre y el Espíritu Santo, por la misma naturaleza divina de las tres Personas. Los que cambiamos somos nosotros, y ¡Dios quiera que "nos vayamos transformando en su imagen, cada vez más gloriosos"! Así es cómo obra el Espíritu Santo desde el inicio de la Iglesia y lo hará hasta el fin del mundo, porque "así obra Dios que es Espíritu" (cf. 2 Co 3, 18).

Lo más importante en la Iglesia son las tres divinas Personas, y ¿quién puede decir que la Trinidad era "primitiva" en la Iglesia "primitiva"? Sólo faltaba hacer explícito este dogma, pero eso no tiene la importancia de la realidad misma de Dios trino y uno que ya se vivía desde un inicio, aunque aún no estuviera explícito en alguna declaración oficial. Pero esto es enteramente accidental comparado con la realidad de las tres Personas divinas.

Las mismas cartas apostólicas de aquella Iglesia "primitiva" son fuente permanente de profundización en todas las épocas de la Iglesia. Y si viviéramos con la fe de Pablo, de Juan, de Pedro, de Santiago, de Esteban, de Felipe, hoy tendríamos una Iglesia más robusta en su integralidad. Cierto es que hoy hay muchos Pablos y que siempre los habrá, y ello es lo que mantiene a la Iglesia de todos los tiempos en vilo.

¿Las cartas apostólicas no contienen el mismo espíritu que ha de brillar en cualquier Iglesia y siempre? ¿No nos dice san Juan que si no queremos apostatar "debemos permanecer en lo que oímos desde un principio" (1 Jn 2, 24)? Lo que hemos oído desde un principio no es preci-

samente un mero simbolismo de cuanto nos ha dicho Jesús sino una tremenda realidad que se vive plenamente también en nuestro siglo y allí donde perdure la misma fe de los Apóstoles. Además, la Iglesia de todos los tiempos, como aquella "primitiva", debe asentarse y fundamentarse en el cimiento de los Apóstoles y profetas. Pero en nuestro tiempo, debemos decirlo con sinceridad, no tenemos mucho en cuenta su cimiento profético, que siempre debería ser actual, tal como lo es el cimiento apostólico. Hoy, muchos cristianos, ignoran el *rol* profético que les corresponde en la Iglesia.

Aquella Iglesia "primitiva" era totalmente carismática. Hoy, el papa Juan Pablo II nos dice que "la Iglesia es una comunidad de carismas". Sin embargo muchos católicos todavía no saben a qué se refiere, porque permanecen en la ignorancia de los carismas, cosa que se nos ha revelado a todos que no debemos hacer.

Aquella Iglesia se movía con la fuerza de Pentecostés. Hoy nos cuesta entender al papa Juan Pablo II, cuando nos dice que logremos la fuerte experiencia de Pentecostés. No sabemos a qué se refiere. Lo hacemos algo así como una devoción que, si se quiere, se toma y, si no, se deja.

Muchos ignoramos que se trata de una de las notas esenciales de la Iglesia y que la Iglesia es Pentecostés, hoy, como lo ha manifestado el Papa. Pero seguimos llamando "primitiva" a una Iglesia que nos supera en muchísimos aspectos de suma importancia para la vida de la Iglesia. Por supuesto que no se trata de volver a aquellos tiempos, porque no lo podemos hacer. Pero sí se trata de vivir hoy plenamente, como ayer, la plenitud del mensaje de Cristo, la misma experiencia que vivieron ellos con la fuerza del Espíritu Santo. Hoy, como ayer, contamos con esta misma fuerza, porque pertenece a la esencia del plan de Dios para nuestras salvación y santificación, pero es cuestión de aprovecharla, de apoyarnos en ella en todo momento, porque eso es vivir de fe.

Hoy, muchísimos párrocos pueden dar testimonio de lo mucho que les cuesta a los laicos salir a evangelizar del modo que sea. Pero ello es porque faltan los carismas del Espíritu Santo, que no han sido explicados suficientemente. Falta el acogimiento sincero y práctico del Espíritu Santo, conforme al plan del Padre. Hay mucha ignorancia de la persona del Espíritu Santo. A veces ni se enseña suficientemente. Falta más oración y contemplación.

Cuando el Espíritu Santo está presente en una parroquia, como lo que es: Señor y dador de vida, se dan en ella, como río de aguas vivas, la multiplicidad de los ministerios apostólicos, la concentración de fieles que vuelven al redil, las conversiones, las pescas milagrosas, los frutos del Espíritu Santo. Hasta los hechiceros y magos curiosos caen ante los pies de Cristo, por el Espíritu Santo, según el plan del Padre. Esto se puede ver hoy, se puede palpar, se puede vivir y damos testimonio de ello sin temor y sin vergüenza del Evangelio. Pablo VI tenía razón: "Vivimos un momento privilegiado del Espíritu Santo" (EN, 75). Allí donde se obedece plenamente a Jesús por obra y gracia del Espíritu Santo y no se piensa en meros simbolismos ni se cae en racionalismos que están condenados por la misma Iglesia, se dan estas cosas y las maravillas del plan de Dios. Entonces, toda la parroquia es "conducida a un gran acierto" (cf. Is 28, 29) que procede ciertamente de Dios y que pueden saborear todos los que forman esa comunidad: "Con el don del Espíritu Santo, el hombre llega por la fe a contemplar y saborear el misterio del plan divino" (GS, 15).

¿No es acaso todo esto que estamos viendo el fruto eximio de la renovación en el Espíritu Santo que el Concilio ha pedido a toda la Iglesia sin excepción alguna? ¿Qué estamos esperando, entonces, si no hay voluntad de Dios más clara que ésta? Mientras tanto, no se nos ocurra decir una sola palabra contra el Espíritu Santo ni contra sus carismas. Quedaríamos afuera del plan de Dios.

CAPÍTULO VIII

Los carismas en los ministerios apostólicos

48. La fuerte experiencia de Pentecostés

Jesús nos dijo que, así como no creyeron en Él tampoco creerán en nosotros. Pero también nos ha dicho que, así como creyeron en Él, también creerán en nosotros. La condición de que crean en Él y en nosotros, es que nosotros creamos en Él. Es lo que nos ha dicho Puebla: "Para evangelizar, debemos ser evangelizados." Ser evangelizado es permanecer abierto a todas las verdades reveladas, a todas las gracias y a todos los conocimientos que se nos dan por el Espíritu Santo (cf. 1 Co 2, 12).

Aquí llegamos a un punto crucial, concreto, relevante, clave de la abundancia de los carismas y de la vida en el Espíritu Santo. Los carismas se conocieron especialmente desde el día de Pentecostés, la realidad que transformó a los Apóstoles por completo y la única capaz de transformarnos a todos los cristianos por completo, integralmente, como una gracia de ciencia infusa, como la describían los santos Padres: "¡Qué artista es el Espíritu Santo! Instruye en un instante y enseña todo lo que quiere. Desde que está en contacto con la inteligencia, ilumina. Su solo contacto es la ciencia misma y, desde que ilumina, cambia el corazón" (san Gregorio).

Existe una concordancia común entre cuantos han tenido en sus vidas esta fuerte experiencia de Pentecostés. Pero llama la atención la integralidad de las gracias recibidas. Ellas son:

1. La conversión o la reconversión profunda.
2. La manifestación concreta del poder del Espíritu Santo, capaz de realizar ese prodigio en nosotros.
3. Conciencia plena y agradecida de la acción de Dios trino y uno en nosotros.
4. Aumento de fe, esperanza y especialmente caridad, lo que trae consigo un interés por el bien del prójimo que antes no teníamos, al menos, con tanta fuerza o, sencillamente, no lo teníamos.
5. Se despierta el gusto por las cosas de Dios: hambre y sed de Dios.
6. Inteligencia y nueva visión de los sacramentos y de la Liturgia, así como de toda la riqueza de la Iglesia.
7. Especial atención a la Eucaristía y al sacrificio eucarístico y al sacramento de la reconciliación.

8. El descubrimiento gozoso de la alabanza que brota del corazón agradecido por todo el bien que reconocemos que Dios ha obrado y sigue obrando en nosotros.
9. Se despierta un gran deseo de servicio.
10. De ser testigos de lo que Dios ha hecho con nosotros.
11. Un amor especial a María.
12. Un amor enorme y bien fundamentado a la Iglesia.
13. Un amor especial a los obispos y sacerdotes.
14. Un gusto indiscutible por la oración personal y comunitaria.
15. Un despertar al mundo de los carismas del Espíritu Santo.
16. Conocer el don de la contemplación.
17. La experiencia de la manifestación concreta de múltiples carismas, diversos en cada uno.
18. Vivencia plena de los frutos del Espíritu Santo, como discernimiento indiscutible en toda comunidad y en toda persona.
19. Sacrificio en el servicio por los demás, que antes no teníamos.
20. Vida plenamente centrada en la Trinidad.
21. Amor a las tres Personas divinas a quien se les da una misma adoración y gloria.
22. Deseos de ser santos, como una voluntad de Dios que debe ser cumplida como cualquier otra.
23. Ocuparnos más en las cosas de Dios, desprendiéndonos de las horas perdidas en frivolidades.
24. Deseos de ser adoradores en espíritu y en verdad.
25. Darnos cuenta de que el Espíritu Santo nos lleva al amor del Padre y del Hijo y que nos los hace presentes por medio de sus preciosos carismas, de un modo que jamás hubiéramos imaginado antes de esta experiencia.
26. Conocimiento claro de los planes de Dios y discernimiento de los errores comunes que nos desvían más frecuentemente de estos mismos planes que son esenciales para nuestra vida cristiana.
27. Un gran deseo ecuménico, con la clara conciencia de que el ecumenismo es obra del Espíritu Santo, así como la división de los cristianos se produjo y sigue produciendo por la falta del Espíritu Santo.
28. Gran conocimiento de nuestro pecado y de nuestra pecaminosidad, pero de nuestro pecado como lugar del encuentro con la misericordia de Dios.

Nosotros nos ufanamos muchas veces con lo que llamamos "progreso dogmático" o sea, la mayor inteligencia de los misterios revelados a lo largo del tiempo, pero nada más próximo y, diría, rebalsante, a este "progreso dogmático" que la fuerte experiencia de Pentecostés, que no sólo nos da un fuerte progreso en el conocimiento de las verdades reveladas sino también en su más profunda vivencia, y ello, no como fruto de nuestra inteligencia, sino por la obra inefable del Espíritu Santo en su acto de conducirnos a la verdad completa y enseñarlo todo.

Muchos cristianos que han pasado por esta experiencia podrían añadir muchas cosas más. No en vano el Papa pide a toda la Iglesia lograr esta fuerte experiencia pentecostal.

Si quisiéramos sintetizar qué es lo que pasa en nuestros corazones, podríamos decir que el Espíritu Santo se instala para siempre en nuestra intimidad, como Espíritu de nuestro espíritu. Es como ser sellados por Él e instalarlo en nosotros, pues vivimos la realidad de que somos templos del Espíritu Santo, es el amor de Dios que comienza a hacer su obra en nosotros. Es el amor que nos regenera, nos levanta, nos convierte, nos eleva, nos santifica, nos da el poder necesario para trabajar en su Reino como Dios quiere. En él lo hallamos todo: hallamos cumplidas plenamente las promesas de Cristo. Sin esa fuerza no podríamos vivir el Evangelio. Si por faltarnos el Espíritu Santo estamos muertos, como cuerpo sin alma, por el Espíritu Santo estamos vivos, con la vida eterna que el mismo Espíritu va edificando en nosotros. Tenemos entonces la viva experiencia de haber sido "huesos secos" sobre los cuales ha soplado "el Espíritu de los cuatro vientos" y los ha hecho revivir, pero con una vida nueva, enteramente nueva. Verdaderamente hemos sido "sellados por el Espíritu Santo" para la gloria de Dios Padre y como la gran victoria que Cristo nos ha logrado a pesar de nuestro pecado.

Por tanto, es necesario ir a la pregunta clave: ¿Cómo se logra en concreto esta experiencia fuerte de Pentecostés, que el mismo Papa ha calificado de "fuerte"?

Podemos decir que haciendo lo mismo que hicieron los Apóstoles, cuando Cristo les pidió que permanecieran en Jerusalén a la espera del Espíritu Santo, junto con María, y como lo hicieron ellos: en oración comunitaria, transformada en el primer grupo de oración carismática, cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos y acudió a la torpeza que tenían para orar y los cubrió de carismas y manifestaciones del poder de Dios.

Por lo tanto, además de creer en la gracia de Pentecostés, sin confundirla con los sacramentos, sólo resta pedirla: nos uniremos varios hermanos en un lugar cualquiera que será nuestro cenáculo. Estaremos en oración, como los Apóstoles, junto a María que estuvo presente en el primer Pentecostés, escucharemos la proclamación del Evangelio, pues así lo recibieron los primeros gentiles (cf. Hch 10, 34-48) y, por último, convencimiento pleno, en fe, de que el Espíritu Santo irrumpirá en nosotros, como lo prometió Cristo, para darnos la plenitud de la vida eterna y hacer penetrar en nuestro ser toda la riqueza de la Iglesia y de sus dones, frutos y carismas para la permanente edificación de la Iglesia, como Dios quiere.

Tengamos pues la certeza de que el Espíritu Santo irrumpe en nuestras vidas como jamás lo habremos experiementado antes de esta experiencia. ¡Cuánto más el Padre nos dará el Espíritu Santo a cuantos se lo pedimos en el nombre de su Hijo! ¿Puede ser despreciada una gracia tan grande y tan fuerte? Por eso la Renovación carismática en el Espíritu Santo es tarea de toda la Iglesia y de todas las Iglesias. No exclusiva de un movimiento o una institución. Porque la Iglesia toda ella es carismática: "Comunidad de carismas"; porque la Iglesia es un perenne Pentecostés, como lo ha dicho Pablo VI; porque "la vida de la Iglesia es Pentecostés todos los días, cada día y cada hora, en cada lugar de la Tierra, en cada hombre y en cada pueblo", como lo ha dicho proféticamente el papa Juan Pablo II. Pero principalmente, porque éste es el plan revelado por Dios para su Iglesia.

Teniendo en cuenta estas características que hemos visto en el primer Pentecostés y en el Pentecostés de los gentiles, podemos resumir un modo práctico semejante, para lograr esta experiencia;

1) Creer en ella. (Preparar a las personas.)

2) Pedirlo desde un inicio.

3) Reunirnos comunitariamente, como los Apóstoles.

4) En oración. Con la intercesión de María.

5) Escuchar la proclamación del Evangelio, como lo hicieron los gentiles.

6) Suplicar en conjunto el don del Espíritu Santo.

7) Tener el convencimiento, en fe, de recibirlo y confiar en su acción, aunque en ese momento no sintamos nada en especial.

De estos puntos, el primero, segundo y séptimo son esenciales, pues el bautismo en Espíritu Santo y fuego puede ser experimentado de cualquier otra forma, pero los otros puntos son por demás convenientes.

Esta experiencia se repite a lo largo de todos los tiempos, en forma personal o comunitaria, como se repitió en la misma Iglesia del inicio, en diversas circunstancias, con diversas personas y no solamente con los Apóstoles. Pero lo fundamental es sentir la profundidad y la vivencia de un cambio que sabemos es producido por la acción de Dios en nosotros. Además necesitamos ser bautizados en el Espíritu Santo y fuego por Jesús, todos los días.

La importancia de esta experiencia es que la ha pedido Jesús y la ha pedido con insistencia su vicario en la tierra, el papa Juan Pablo II. No podemos desperdiciar una gracia tan grande que Dios nos regala para poder vencer en la práctica, con el poder y la sabiduría del Espíritu Santo, todos los problemas, las tentaciones, las opresiones, las persecuciones, las incomprensiones, la faltas de verdadero celo apostólico, la falta de comprensión del Evangelio y, en realidad, el desconocimiento de la integralidad de las gracias que necesitamos para ser cristianos de verdad. Jamás llegaremos a ser una comunidad de carismas, como debe ser la Iglesia, si no aceptamos la realidad del Espíritu Santo, de sus dones y de su acción fecunda en la Iglesia.

Por otra parte, el pedido universal del Papa coincide con la gracia universal de Pentecostés. Nadie en la Iglesia puede permanecer, entonces, ajeno a esta gracia, porque pertenece a la esencia del plan de Dios: "Recibiréis al Espíritu Santo (concretamente, como se refiere Jesús, en la gracia de Pentecostés)... y seréis mis testigos" (Hch 1, 8). Este "Bautismo en Espíritu Santo y fuego" lo recibirán "dentro de pocos días" (Hch 1, 5), en clara referencia al misterio de Pentecostés.

El Espíritu Santo es la fuente de agua viva; la fuente de toda comunidad de carismas; la fuente de todos los ministerios apostólicos de la Iglesia universal; la fuente de la vida divina. Por eso Jesús nos invita a venir y beber gratis de esta agua de vida (cf. Ap 22, 17). Por eso Jesús la da "sin medida" (Jn 3, 34). ¿Podemos acaso rechazar esta invitación de Jesús? ¿Puede ser esto algo "optativo"? La condición es tener "sed de Dios", más que de otra cosa ajena a sus planes. "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba", y Jesús nos da la explicación de esto: "Porque está escrito que 'de su seno correrán ríos de agua viva'." El mismo san Juan nos aclara, como Palabra de Dios, que "esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en Él" (Jn 7, 39). Si creemos en Él, debemos hacer lo que Él nos dice. Es además el consejo de nuestra Madre: "Hagan lo que él les diga."

Acerquémonos a este fuego del Espíritu Santo y saldremos encendidos como brasas. Entonces, ese carbón sucio y feo que somos sin el Espíritu Santo, con Él se transforma en brasa ardiente, irradiando la luz de su amor que todo lo puede, contemplando maravillados ese flamear del fuego del Espíritu Santo en todo nuestro ser, como flamea el fuego en el carbón encendido y transformado en brasa, llena de luz y de calor: "Fuego vine a traer a la tierra y ¿qué quiero sino que arda?" (Lc 12, 49)

* * *

Padre, por tu Hijo Jesucristo, te pedimos, como lo quiso Él, que ese mismo fuego del Espíritu Santo arda en mí y en cada cristiano, para producir en todos nosotros la unión en el amor y en la verdad, así como pedimos sus dones, frutos y carismas abundantes para la extensión de tu reino y edificación de la Iglesia.

49. Ejemplos prácticos

Antes de terminar este trabajo, vamos a dar uno que otro ejemplo para poder comprender, de alguna manera, cómo los carismas obran prácticamente.

Todo arranca desde la oración carismática que es contemplativa en su crecimiento y renovación constantes. Es necesario también descubrir

la enorme fuerza de la oración comunitaria espontánea y guiada por el Espíritu Santo con sus carismas. De otra manera se hace mucho más difícil que se den los carismas, especialmente la profecía para los ministerios que se han de realizar. No podemos poner excusas a nuestra crónica falta de oración de cualquier tipo.

El papa Juan Pablo II nos ha hecho notar que "aquellos que dicen no tener tiempo para orar, que "lo que no tienen en realidad es amor" (Discurso en Viedma, Argentina). Tal vez no se les ha enseñado el riquísimo acto de orar y, menos aún, se les ha hablado, tal vez, de los carismas en la oración. Entonces, no saben cómo hacerla ni sienten atractivo alguno en sus intentos siempre fallidos y, de este modo, dejan de orar, limitándose a hacerlo formalmente y, tal vez, rutinariamente y por siempre, sin que nadie les abra nuevas perspectivas de oración que han sido reveladas por Dios. Pero si Jesús nos dijo que oraramos sin interrupción, ello mismo nos está dando la pauta de su tremenda importancia para nuestra vida de fe. Todos en la Iglesia debemos volver a la oración y descubrir en ella su profunda riqueza para nuestra vida y para hallar mejor la voluntad de Dios. Cuando nos hacemos contemplativos por obra y gracia del Espíritu Santo que "acude a nuestra torpeza para orar" y nos hace conocer sus carismas en la oración, entonces la sed de Dios se convierte también en sed de oración, porque "la oración por obra del Espíritu Santo (no con nuestras solas fuerzas) llega a ser la expresión cada vez más madura del hombre nuevo que por medio de ella participa de la vida divina" (DV, 65). ¿A quién no le va a interesar participar de la vida divina en este mundo? Pues vaya sabiendo que lo hacemos por el mismo Espíritu Santo y con la gracia de sus carismas que aumentan las virtudes teologales absolutamente necesarias para nuestra íntima unión con Dios y los seres humanos.

La edificación de la Iglesia, con todo lo que ello significa, depende en gran parte de los carismas, pues están ordenados a ello en el plan divino. No se puede concebir un grupo de oración carismática que no esté abierto a la acción apostólica en su más amplio sentido.

En el servicio al prójimo, el cristiano halla su plena realización. Por lo tanto, cuando se sale a trabajar en los múltiples ministerios evangelizadores, cada uno de ellos, inspirado en la misma oración, tiene su propio o sus propios carismas, como sanar, liberar, resucitar muertos, palabras de conocimiento dadas por el Espíritu Santo sobre la comunidad o

las personas o los ministerios. Se da el carisma precioso de la unción del Espíritu Santo, la ciencia, el discernimiento, las múltiples manifestaciones del Señor, visiones, profecías, que nos indican lo que se ha de hacer.

De este modo, cuando estábamos organizando llevar a la práctica la revista *Resurrección*, en realidad eran tantos los problemas y nuestra incertidumbre, que le estábamos dando muchas vueltas para lanzarnos de una vez y comenzar. Es importante aclarar que el grupo de trabajo se hizo en oración. El mismo Señor fue seleccionando las personas con su admirable providencia. Se lo habíamos pedido, y el Señor siempre escucha la oración de sus hijos, cuando le pedimos lo que Él quiere. Y para ello nos ayuda el Espíritu Santo (cf. Rm 8, 26-27). Estábamos en oración, cuando un hermano escuchó que el Señor nos decía: "Ha llegado la hora." Obedientes a esa palabra, nos largamos a publicar el primer número de la revista. Tuvimos muchas dificultades más e imprevistos desagradables que parecían comprometer ese incicio. Pero "de todo nos libró nuestro Señor", como está revelado, y todo se arregló de tal manera, tan maravillosamente, que no dudamos que el Señor tenía razón: debíamos comenzar. Además nos había dicho que confiáramos en Él porque estaba en la misma barca que nosotros. También un hermano recibió una profecía. Nos decía el Señor, en medio de nuestras graves dificultades, que "íbamos a tener un encuentro con una persona y que no nos iba a quedar duda alguna de que Él estaba con nosotros". Fue la persona que nos solucionó la aparición del primer número, de la mejor manera y con una reducción apreciable en el costo. Cuando la palabra profética se cumple en la realidad es algo que nos maravilla y nos hace agradecer a Dios y alabarlo. Realmente Jesús está con nosotros, como lo *prometió en su Evangelio: "Todos los días." El Espíritu Santo es real*mente el agente principal de la evangelización, a través de sus carismas.

Este testimonio puede parecer exagerado, rebuscado o inventado, pero de esta misma forma actúa el Espíritu Santo en las obras apostólicas, cuando existen grupos orantes, como apoyo insustituible a esa obra. Nos parece que, si hiciéramos las cosas como a nosotros se nos ocurre, fracasaríamos. Al tiempo que escribo esto llevamos ya más de cincuenta y seis números de la revista, y el Señor sigue sorprendiéndonos con su providencia y sus carismas.

* * *

Se estaba orando en un retiro predicado por un laico. En medio de la oración, esta persona sintió que el Señor le pedía imponer las manos a otra que estaba en esa misma reunión. El predicador se resistía a hacerlo, porque no era su carisma y tampoco le gustaba imponer las manos. Pero la insistencia del Señor pudo más, porque se le hacía evidente este llamado. El Señor llevó al predicador a esa persona y le impuso las manos, orando por ella en lenguas.

Luego, esta persona dio testimonio a la comunidad, diciendo que cuando se acercó alguien y le impuso las manos sobre sus hombros, sintió un gran calor en la espalda y todos los dolores, que de continuo padecía desde hacía tiempo, desaparecieron por completo. Esta persona estaba en la práctica del control mental, desviada de su fe por creer en otros poderes que no son los de Dios. Pero, al ver lo que el Señor había hecho en ella, sintió el deseo de apoyarse totalmente en este poder de Dios y renunciar a los poderes de la mente, en el nombre del Señor.

Discernimiento de este ejemplo: El Señor mueve al predicador a imponer las manos. Esto no contradice la Revelación, pues el mismo Señor dice: "Impondrán las manos sobre los enfermos y éstos quedarán sanos" (Mc 16, 18) Y esto lo dice de cualquiera que tenga fe (cf. Mc 16, 17).

La imposición de manos no es aquí un acto sacramental sino un simple gesto de amor y de intercesión que no debe ser confundido con un acto sacramental que se hace en otro contexto. Nadie puede pensar seriamente que, si le damos una palmada en el rostro a una persona como un simple gesto de confianza o amistad, estamos usurpando el acto del sacramento de la confirmación. De la misma manera, nadie puede pensar que, por imponer las manos a un enfermo, como por otra parte lo pide el mismo Señor a cualquiera que tenga fe, estemos usurpando el gesto sacramental de imponer las manos. De todos modos, el Señor le indica al predicador que lo haga. Hay cierta resistencia de su parte. Ésta, muchas veces, obedece al temor de estar obrando por cuenta propia, que es lo que el predicador quiere evitar. Pero el Señor lo conduce suavemente a cumplir con esta misión. El predicador ni siquiera sabe por qué debe hacerlo (es "como el viento") ni siquiera conoce a la persona ni sabe qué le pasa. Pero obedece al Señor. Sólo por el testimonio de esta persona a la que le impuso las manos se entera de qué es lo que obró el Señor: una sanación física y una sanación interior. Ello significa

muchas cosas en la persona que ha recibido y experimentado esta gracia del poder y del amor de Dios. ¿No se convertirá acaso en testigo de lo que el Señor ha hecho con ella? ¿No dará testimonio a sus familiares y amigos, en el trabajo, en todas partes? Y allí mismo se estará convirtiendo en testigo de Cristo y evangelizadora, tal vez, en su forma primaria, pero llamada a crecer en este sentido. ¿No dice el evangelio: "Fue sanado él y se convirtió él y toda su familia"?

Mientras en el predicador también suceden muchas cosas. El Señor le ha dado una lección para que no se resista a las mociones del Espíritu Santo. Que no tenga miedo a "ser como el viento", que no se sabe adónde va ni de donde viene. Pero la voz del Espíritu Santo es lo que hay que escuchar siempre, porque nos dice Jesús: "Escuchas su voz." El predicador comprueba que el Señor ha obrado por medio de Él. De este modo se hace contemplativo en la acción. El mismo es testigo de todo lo que está pasando en esa evangelización. Como vemos, en ella no se actúa sólo con palabras, sino con poder. Y en eso consiste el Reino de los Cielos, "no en palabrería sino en poder" (1 Co 4, 20).

* * *

Otras veces se trata de liberaciones de opresiones y obsesiones o de malos espíritus, como el odio, la envidia, falta de perdón, rencor o resentimiento. También se trata de conversiones muy profundas que son verdaderas resurrecciones de muertos, de la peor muerte. El sacerdote puede apreciar estas conversiones en el sacramento de la reconciliación.

Lo fundamental es comprobar experimentalmente, por medio de estos carismas del Espíritu Santo, cómo el Señor sigue obrando en su pueblo lo mismo que ayer en el Evangelio, cuando hay fe y se hace lo que Él pide, ya sea lo que ha sido revelado o lo que mueve a hacer en ese momento por medio del Espíritu, que jamás dejará de coincidir con lo que está revelado.

Jesús lo hace de este modo que fundamentalmente es el que Él ha escogido, según el plan del Padre, en su infinita sabiduría, para extender su Reino, para destruir el reino de Satanás, para la alabanza espontánea de los hijos de Dios, al ver sus maravillas en plena acción. También sirven para la santidad, pues todo lo que de alguna manera acerca a Dios nos santifica.

Tengamos en cuenta finalmente que a los profetas de hoy, que son más grandes que los profetas del Antiguo Testamento, incluyendo al más grande de ellos, que es Juan el Bautista, siguen viendo las mismas manifestaciones de aquellos profetas. El Señor les hace ver alguna manifestación como la de Pedro, al que le hace ver una mesa bien servida, y luego el Señor le explica de qué se trata y le da algunos mensajes para que lleve a la práctica. Así obran los carismas. Así está revelado. Sólo nos hace falta creer y vivir.

CONCLUSIÓN

A modo de conclusión, será útil sintetizar la naturaleza y la forma de acción del Espíritu Santo, como formador de comunidades.

1. No es posible concebir la Iglesia de Cristo sin la guía concreta y palpable del Espíritu Santo a través de los dones, frutos y carismas.

2. Tampoco puede concebirse comunidad eclesial alguna, religiosa, clerical, institucional, así como grupos y movimientos eclesiales, sin esta guía suprema y concreta.

3. Así como la misma Iglesia tiene su inicio oficial el día de Pentecostés, que es la fuerte experiencia del Espíritu Santo en nosotros por la fe y los carismas, toda comunidad eclesial debe apoyarse en este inicio y contar, como lo desea Jesús y lo desea el Papa, con esta fuerte experiencia que es una poderosa gracia de transformación, como lo hemos visto en los Apóstoles y en cuantos realizan esa experiencia.

4. Si "la Iglesia es comunidad de carismas", porque lo es desde su inicio y por virtud de la acción del Espíritu Santo en ella, mi parroquia, mi institución, mi movimiento, mi grupo eclesial, mi orden religiosa, cualquier comunidad eclesial, debe ser "una comunidad de carismas". De lo contrario, no se edificaría a sí misma y perdería toda su fuerza y vitalidad, según Dios.

5. Si el "hombre natural es incapaz de entender las cosas que son del Espíritu de Dios, pues para Él son todas necedad", tratemos por todos los medios de dejar de ser "hombres naturales", pues estamos diciendo que "al Espíritu Santo no lo conocemos o no lo entendemos" o lo llamamos "el Gran Desconocido". El desprecio, la ignorancia, la indiferencia "sobre las cosas que son del Espíritu de Dios" son la señales más obvias de estar pensando como "el hombre natural". Tengamos en cuenta que lo que menos comprende este hombre natural son los carismas.

6. Si los carismas se dan en abundancia en el marco de una comunidad orante, como se nos revela por san Pablo, mi comunidad debe ser orante y carismática por excelencia. Esto se entiende perfectamente, si logramos la experiencia de Pentecostés, por la cual comenzaron a manifestarse los carismas y se siguen manifestando.

7. Los carismas son dados gratuitamente, pero deben ir indivisible-

mente unidos a los dones y los frutos del Espíritu Santo, como discernimiento fundamental de su validez y eficacia y discernimiento de la persona que tiene tales o cuales carismas.

8. Se debe contar con el convencimiento pleno de que el Espíritu Santo, en el plan de Dios, es el formador de toda comunidad eclesial.

9. Tengamos siempre en cuenta la sabia reflexión de Juan Pablo II: "La oración por obra del Espíritu Santo es la expresión cada vez más madura del hombre nuevo que por medio de ella participa de la vida divina" (DV, 65).

10. La renovación en el Espíritu Santo no sólo es el clamor del Concilio Vaticano II, sino que lo hallamos en la raíz de nuestro bautismo sacramental, que es "de regeneración y de renovación en el Espíritu" (Tt 3, 5). En la medida que todos los católicos (en realidad todos los cristianos) nos aboquemos a esta obra común, estaremos cumpliendo el plan de Dios para nuestra salvación y santificación, para edificación de la única Iglesia de Cristo y bien del mundo.

11. No olvidar jamás la gravedad de una sola palabra dicha contra el Espíritu Santo, como nos advierte Jesús.

12. Toda autoridad constituida por voluntad de Dios, en la Iglesia y en cada comunidad eclesial, tiene como misión sagrada secundar la obra del Espíritu Santo. Sólo así será un servicio liberador y no un dominio.

13. Se nos ha revelado que "el Cuerpo crece con crecimiento que viene de Dios" (Col 2, 19). Por lo tanto, no depende exclusivamente de las capacidades humanas, sino de la fe con que esas capacidades humanas se pongan al servicio de la Iglesia, reconociendo que, por encima de todas las cosas el Señor es el que da el crecimiento. Esto mismo nos obliga a todos a estar abiertos a la acción del Espíritu Santo. Él nos hace comprender nuestra instrumentalidad en el plan de Dios.

14. Recordar siempre el discernimiento fundamental de saber que, si no somos conducidos por el Espíritu Santo, lo somos por el espíritu del error.

15. Si, a pesar de todo lo que se ha tratado en este trabajo, seguimos sin saber cómo actúa el Espíritu Santo en la Iglesia y en las comunidades eclesiales, repasemos con humildad el libro de los Hechos de los Apóstoles y las cartas apostólicas.

16. Toda renovación en el Espíritu Santo es una vuelta a las fuentes originales del Evangelio, del cual nunca debemos apartarnos y en el cual el Espíritu nos hace vivir la intensidad y la profundidad de la Palabra de Dios, en su misión de "llevarnos a la verdad completa" y "enseñarnos todo".

17. No olvidemos jamás que el Espíritu Santo es "Señor y dador de vida", de vida eterna. Él es quien nos da el conocimiento profundo del Padre y del Hijo, en lo cual consiste la vida eterna y al que, "junto con el Padre y el Hijo, le debemos una misma adoración y gloria" (credo).

18. Toda la Escritura no puede ser entendida según la ciencia de los hombres ni según las propias capacidades, aunque sea un especialista o un erudito en la materia porque, sin el Espíritu Santo, se transforma en "letra que mata", como está revelado (2 Co 3, 6) y como verificamos por amarguísimas experiencias.